

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA**

19

LIMA, 1984

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

19

LIMA, 1984

Academia Peruana de la Lengua
Conde de Superunda 298
Lima 1 - Perú

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Nueva época

Lima, 1984

Número 19

ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

DIRECTOR : Augusto Tamayo Vargas
CENSOR : Aurelio Miró Quesada Sosa
TESORERO : Luis Jaime Cisneros
SECRETARIO : Estuardo Núñez
BIBLIOTECARIO: Alberto Tauro

Académicos de Número

Guillermo Hoyos Osore	(1941)
Aurelio Miró Quesada Sosa	(1947)
José Luis Bustamante y Rivero	(1956)
Rafael de la Fuente Benavides	(1956)
Héctor Velarde	(1956)
Alberto Wagner de Reyna	(1961)
Luis Jaime Cisneros	(1965)
Estuardo Núñez	(1965)
Augusto Tamayo Vargas	(1965)
Guillermo Lohmann Villena	(1971)
Francisco Miró Quesada	(1971)
Martha Hildebrandt	(1971)
Juan Ríos	(1975)
Alberto Escobar	(1975)
Mario Vargas Llosa	(1975)
Javier Sologuren	(1975)
Fernando Romero	(1976)
José Tola Pasquel	(1976)
Alberto Tauro	(1979)

Luis Alberto Sánchez	(1980)
Luis Hernán Ramírez	(1980)
Carlos Germán Belli	(1980)
Antonio Cornejo Polar	(1980)
José Agustín de la Puente	(1980)
Enrique Carrión Ordóñez	(1980)
Manuel Solari Swayne	(1980)
Miguel Angel Ugarte Chamorro	(1980)
Andrés Aramburú Menchaca	(1982)
José Luis Rivarola	(1982)
Manuel Pantigoso	(1982)





HOMENAJE A DON VICTOR ANDRES BELAUNDE
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión Pública del 19 de julio de 1984)

DISCURSO DE DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS
A NOMBRE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA
LENGUA

El Centenario del nacimiento de Víctor Andrés Belaúnde no puede dejar de ser celebrado en el seno de la Academia Peruana de la Lengua, ya que él formó parte de los reorganizadores o refundadores de nuestra Corporación en 1917 y la dirigió entre 1947 y 1966. Es la figura rectora de nuestra Academia en ese lapso que está bajo el signo idealista de José de la Riva-Agüero, Director por diez años entre 1934 y 1944, que pasa por los veinte años de Belaúnde y que adquiere concreción y encauzamiento en los doce años ejemplarizadores de Aurelio Miró Quesada Sosa entre 1967 y 1979.

No puedo dejar de recordar que en las postrimerías de su actividad de Director y de su vida, nos tocó ingresar a tres miembros de la actual Directiva de la Academia, junto con el recordado Pedro Benvenuto Murrieta. Y que nacimos así para la vida académica, bajo su paternal y efusiva personalidad. Fue él quien saludara nuestra presencia; y su verbo generoso y fluente unió en el caso personal la

tarea de escritor y de maestro universitario al ancestro arequipeño común y a la amistad que unía a su familia con la de mi padre. Dentro de la generación arielista, el médico Manuel O. Tamayo, muerto a los 31 años, dedicó los últimos años de su cortísima existencia, al estudio de las ciencias políticas al lado de los generadores de un nuevo examen de nuestra cultura, entre los que figuraba el entonces impetuoso crítico de la sociedad peruana: Víctor Andrés Belaúnde. Fueron las primeras décadas de este siglo las que vieron plasmarse con criterio científico y con erudición sintética del positivismo finisecular y de reacción idealista, a una auténtica generación de pensadores y entre ellos destacaría Belaúnde por la pasión de su verbo, por la pasión de su peruanidad, por la pasión posterior de su fe.

Un académico ilustre, miembro de su generación y del que hemos de celebrar pronto también el Centenario de su nacimiento, Oscar Miró Quesada, Racso, se encargó de señalar en expresivas notas las calidades de la persona y de la obra de Belaúnde, al pie de sus restos, en el momento mismo de la emoción producida por su repentina y a la vez singular muerte, a los 83 años, después de haber pronunciado un discurso ante las Naciones Unidas, foro donde brillaba su madura y crepuscular voz llena de los hermosos contrastes de personalidad barroca, donde el conceptismo se unía a la expresión alambicada y brillante, pronta al chispazo que encendiera el fuego de sus oraciones alimentadas por el rico arsenal de su lenguaje.

Al año siguiente, otros dos académicos nos hablaron de Belaúnde al conmemorarse el primer año de esa su muerte, que se confunde desde entonces, por la continuidad de las fechas en diciembre, con la celebración de su nacimiento: José Jiménez Borja, quien hizo un estudio detenido del pensamiento de Belaúnde a través de su extensa bibliografía, pero particularmente centralizado en *Peruanidad*, como cifra final de su intenso buceo en la realidad

nuestra, con la serena quietud de una luminosa senectud, más allá de los duros adjetivos de su agresiva actitud juvenil que pueden apreciarse en *Meditaciones Peruanas*; y Mariano Iberico Rodríguez, quien lo siguió a través del proceso dialéctico de Kant, Pascal, San Agustín, que llevan de lo más cercano a lo más lejano en el tiempo, pero que por reversión del pensamiento conducen a la síntesis viviente de Belaúnde que se refleja en su amado maestro de Hipona. La predilección de Víctor Andrés Belaúnde por este tema se halla en su libro *San Agustín y la filosofía de la juventud* editada por Lumen en Lima, en 1946.

La personalidad de Víctor Andrés Belaúnde estuvo hábilmente diseñada por un discípulo fervoroso como José Pareja Paz Soldán. Su obra toda se resume en la nota introductoria a *Peruanidad* que ha escrito otro de sus discípulos, César Pacheco Vélez, en la quinta edición publicada por el Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú. Y habría que citar entre sus más connotados panegiristas a Alberto Tauro, que trazó su papel ante la historia de nuestra patria y a Carlos Cueto, que al llamarlo "Amauta" señaló su rol de educador, sumándose a los que vieron su eminente carácter académico y docente en el transcurrir del Perú del presente siglo. Ambos mis compañeros generacionales reaccionaron entonces y reaccionarían hoy con el mismo sentimiento ante similar memoria de tan ilustre pensador.

Hay un párrafo de Carlos Cueto, en 1963, en el homenaje a Víctor Andrés Belaúnde, que puede repetirse hoy teniendo como figura central del acto el mismo personaje histórico de entonces: "Señor Presidente de la República, estoy convencido de que usted está vinculado a don Víctor Andrés, nuestro gran maestro, no solamente por los vínculos de la sangre; hay también una identidad tan fundamental, tan esencial como ella, que palpita como contrapunto y como resonancia, como fondo en la obra de ustedes, a

saber: la convicción de que el Perú actual debe considerarse como el delta en el cual desembocan los legados del Perú y que, a la vez, la Historia del Perú, los legados del Perú deben constituir un estímulo incesante para que las generaciones de hoy y de mañana hagan de nuestro país, el país que debe ser ...”.

En *Arequipa de mi infancia*, primer tomo de sus *Memorias* aparece la ciudad formadora de su personalidad: una sociedad compuesta principalmente por hidalgos de clase media, donde no existe mayormente el brillo de las ciudades centro de latifundistas o forjadas como la capital dentro de una incipiente burguesía donde hay una sociedad bursátil y comercial al lado de los grandes propietarios urbanos. En Arequipa se dan la mano los señores empobrecidos, los políticos sin fortuna, los revolucionarios de todas las causas y los chacareros que forjan el espíritu de la población, los mismos que alimentan la infancia de un poeta como Percy Gibson o los devaneos filológicos de un escritor como Francisco Gómez de la Torre, que hurga en los habitantes de los alrededores las variaciones fonéticas y morfológicas que corresponden a características peculiares del campesinado chacarero de la Arequipa básica del siglo XIX y que se proyecta a las primeras décadas de este siglo.

Ha sido ya tantas veces citado un párrafo sobre Arequipa de auténtica entraña literaria. “Mi vieja ciudad, mi vieja casa; paisaje soleado bajo el domo azul; alameda de sauces; campos tornasolados de trigo; blancas canteras de lava volcánica que tallaron tus hijos para decorar el alba majestad de tus templos; aguas cristalinas que parecen aire” ...; y que terminan con aquello de: “vieja catedral inundada de luz, resonante con las notas del órgano en los días de dolor y de alegría, entre cuyas torres, por el espacio abierto, se yergue como frontispicio gigante la cumbre nevada del volcán tutelar” ... Ese aliento poético surge muchas veces dentro de su obra sociológica y dentro de

sus ensayos filosóficos, pero se hizo muy presente en su estudio sobre Amado Nervo, poeta mexicano del paso del modernismo al postmodernismo y de preocupación metafísica al lado del sentimiento del amor, y que muriera entre sus brazos, en Montevideo, un día de 1918.

El segundo plano de la formación de la personalidad de Belaúnde se da en Lima, donde llega tan joven entre la desgracia del padre y la ambición de un adolescente lleno de inquietudes, que se traducen desde el primer momento en su aproximación a los otros jóvenes críticos de la realidad peruana, a la que atacan por las condiciones del medio premunidos de su idealismo novecentista que surge de las mismas bases de su formación positivista universitaria, como reacción antitética en un momento del proceso cultural del Perú. Frente a maestros como Manuel Vicente Villarán estarían los jóvenes arielistas como Francisco García Calderón, gran conductor del pensamiento socio-político de la juventud hispanoamericana del novecientos, y en cuyas filas se va alineando Víctor Andrés Belaúnde en Lima y concretamente en la Universidad de San Marcos.

La visión del Perú desde fuera, el enfoque de un país sudamericano visto dentro del contexto universalizante de la cultura occidental y su identificación con un pensamiento continental que tiene por maestro de la palabra poética a Rubén Darío y por maestro de los ideales contrarios al pragmatismo anglosajón del uruguayo Rodó; y la búsqueda de una personalidad mestiza que tenga de indio y de español, completan los rasgos forjadores de un pensador de la primera mitad de este siglo, en el que la iluminación de la fe readquirida como luz de la madurez le da caracteres especiales que tratan de hallar la plenitud que él pretende alcanzar a través de la figura de San Agustín.

Podríamos dividir la vida intelectual de Víctor Andrés Belaúnde en varias etapas, aunque en todas ellas aparezca

la misma personalidad exultante con una vigorosa salud espiritual y física.

Sus balbuceos —aunque sean balbuceos muy enérgicos— los tenemos en sus tesis universitarias donde su preocupación está entre el estudio y la crítica de la filosofía positiva y su intensa preocupación por el Perú, que no ha de cejar: ya por sus límites que son como las líneas de su corazón, ya por la antigüedad de sus instituciones, ya por sus infortunios. Sus investigaciones se suman a su imaginación alimentada por un rico venero de lenguaje que va profundizándose en el camino. Y así vemos remover mitos amazónicos al lado de las condiciones sociales del antiguo Perú Incaico y reproducirse el legendario paso de las huestes de ese imperio hacia las cuencas verdes del Amazonas.

Pero una segunda etapa, definida en conclusiones, estará presente en lo que ha de reunir con el sugerente título de *Meditaciones Peruanas*. Sus ensayos sobre “psicología nacional” y su estudio sobre “la crisis presente”, que se complementaría con el de “la vida universitaria peruana”, responden a una aguda crítica de nuestra sociedad, donde la palabra ácida está unida a un temperamento de abierto desmenuzamiento de nuestro carácter, con minuciosa severidad que recordaría en parte al González Prada aún vivo y que ha de merecerle de muerto el elogioso comentario de *Mercurio Peruano*, en su segundo número de agosto de 1918. “Como en todas las figuras excelsas —concluirá Belaúnde— las garras del león sabían aprisionar rosas”.

La larga lista de nuestros defectos se halla en el primer plano de la conciencia del Belaúnde de los años que corren entre 1910 y 1918. *Nuestra incoherencia; nuestros rencores* (que no llegan a la grandeza del odio); *nuestra ironía* (que no pasa de la burla y el ingenioso chiste); *nuestra ignorancia* (que corre pareja con nuestra suficiencia); *nuestro decoratismo* (que alcanza la nota peyorativa de lo que entendemos hoy por huachafo); *nuestra pobreza sentimental* (que

muestra la chatura de un espíritu que no pasa de la sensibilidad), constituyen referencias que son duros esquemas críticos sobre una realidad que no llega a formar una verdadera personalidad nacional. Y sin embargo, Belaúnde reacciona con intensa preocupación amorosa frente a ese niño herido que no ha logrado alcanzar adultez y que muestra empero tan profundas afecciones en su organismo. A este análisis de la personalidad peruana continúa el análisis también de la consecuente crisis en que se debate el Perú de la primera guerra mundial, con situación financiera desesperada y con agudas tensiones sociales, que ausculta ya particularmente en su campaña política de Arequipa, en 1915.

Con una mayor serenidad, no exenta de su pensamiento crítico de entonces, vendrán sus ensayos sobre la "realidad nacional" de 1917-1918 en que va aplicando a casos concretos su visión correctiva dentro de un más moderado concepto, ya que llamará "deficiencias de la cultura nacional" lo que antes fueran características de una patológica psicología social. Y así llega a crear con noble afán ese extraordinario logro del periodismo culto nacional que fue el *Mercurio Peruano*, nominado así en homenaje al antiguo *Mercurio Peruano*, el del siglo XVII, producto de la Sociedad Amantes del País. Allí Belaúnde estampa aquellas palabras que han de ser lemas y consagración de toda su obra futura: "esa especie de pasión por el Perú que era el alma de la gloriosa revista (la antigua) necesita transmitirse de generación en generación, sino queremos que la conciencia nacional languidezca o se extinga" ... "Deseamos seguir ahondando en el suelo patrio, penetrar en los secretos de nuestra vida pasada, plantear nuestros problemas desde el difícil y único punto de vista, para contemplarlos, que es *el punto de vista propio*" ... "Queremos por último, que nuestra inspiración literaria, que languidece de exotismo y de artificio, se remoce acudiendo a las eter-

nas fuentes de la tierra y la historia" ... "No entrabarán nuestra acción ni sectarismos de escuela, ni estrechos intereses de círculo. Nuestra fe profunda en los grandes valores que ha restaurado la filosofía idealista contemporánea no es incompatible con la intensa comprensión y el respeto por todas las ideas; y nuestro empeño nacionalista no amenguará, por cierto, la atención que prestaremos a las cuestiones de interés para el continente y a los problemas que plantea esta hora tan grave para la humanidad". Así se condensaba el pensamiento del idealismo novecentista aplicado al Perú y comenzaba a aparecer en él claramente la imagen de un Perú mestizo, que habría de alimentar Belaúnde y su generación frente al radical autoctonismo que surgiría fuertemente en la década de los años veinte. La cultura peruana y su organización institucional para Belaúnde habría que verlas desde el punto de vista estrictamente nuestro; es decir, con perspectiva y conclusiones peruanas.

La tercera etapa de la vida intelectual de Belaúnde estará dada por el exilio correspondiente a su oposición a la dictadura de Leguía, demagógica y corrupta, que analizará en una tercera parte de sus *Meditaciones Peruanas*, que habrá de suprimir en alguna de las ediciones. Considera cómo Leguía inició el camino de la destrucción de las instituciones y el empleo sistemático de la corrupción como método político. Pero el exilio que sufre entonces habrá de abrirle el campo de la vida internacional. Su contacto directo con los problemas de nuestros países y la investigación de los mismos en universidades y centros de investigación, que ya había adelantado, lo llevarán a la conciencia de las corrientes latinoamericanistas e iberoamericanistas a través de su estudio de la revolución emancipadora de América Latina y en particular a través de la figura de Bolívar, a quien admira pero al que a la vez enjuicia en su variante política final de la para él prematura Federación

de los Andes. A través de esta experiencia intelectual de continentalidad, se muestra recalcitrante nacionalista y su espíritu alimentado por la vuelta a un catolicismo no sólo practicante sino pensante, lo conduce a una síntesis de la realidad nacional, que así bautizará su libro, en pugna con los ensayos de José Carlos Mariátegui, a quien admira y combate; y, más tarde, a los textos de *Peruanidad*, donde se hacen concretos sus pensamientos sobre el Perú, sobre su personalidad mestiza, sobre sus condiciones, sobre el pasado en que ha de afirmarse el porvenir que él cree intuir.

Y así podemos plantearnos esta cuarta etapa definitoria y sintética de la personalidad de Belaúnde que, volvemos a insistir, muestra la salud de su temperamento por sobre cualquiera deficiencia o sobre cualquier camino de su pensamiento que pueda parecernos errado a algunos de nosotros. Como lo ha dicho César Pacheco Vélez la trayectoria de meditación sobre el Perú concluye o "culmina" en el libro cenital de Belaúnde: *Peruanidad*. Y por otra parte, su mundo de las ideas, su plano filosófico, se hace creación en *La síntesis viviente*.

En *Peruanidad*, Belaúnde define los caracteres del Perú como Nación, como Patria y como Estado, deviniendo todos esos conceptos del proceso histórico en la formación de una entidad espiritual. Y establece su tesis sobre el signo de la cultura peruana entre las cuatro posiciones que él cree encontrar en los estudiosos de ese ente nacional que se denomina Perú: la peninsularista que nos considera como apéndice de la cultura hispana; la autoctonista que nos aprecia sólo en función del elemento indígena anterior a la conquista; la fusionista que piensa que esos dos elementos están unidos por mera yuxtaposición; y lo que él considera la peruanidad integral: una síntesis viviente, o sea "la asunción hecha por los elementos hispano-católicos de los elementos biológicos, telúricos y culturales existentes en

el Perú al tiempo de la conquista". En verdad no puede tenerse un criterio de simple o compleja asunción de los elementos aborígenes a una cultura occidental, pues el proceso de mestizaje es múltiple y se continúa realizando dentro de una transculturización y ósmosis permanentes. Es claro que la generación novecentista buscó un indigenismo sui géneris y trató de interpretar los valores culturales autóctonos, pero se opuso al criterio extremo de la asimilación de lo occidental a un fondo indígena fundamental dentro de una indigenización de lo europeo, que era sólo modificado por las fuerzas culturales procedentes de la península ibérica.

Nadie puede negar el sentimiento de aproximación al indígena en la obra de Víctor Andrés Belaúnde. Si tuvo una visión conservadora con respecto a la idea de su asimilación a una nacionalidad integral, no puede negársele su profundo afecto por los problemas de la población denominada indígena y su caluroso sentimiento de ser copartícipe de la parte cultural que le corresponde tan primordialmente en la constitución mestiza de nuestra entidad cultural. "Os diré que uno de los momentos más gozosos de mi vida fue aquél en que pude descubrir un manto de Paracas en el hall principal de las Naciones Unidas", dirá en su discurso de agradecimiento al homenaje que se le tributó al cumplir 80 años de vida. Y al encontrar así una representación viva del Perú reconoce el legado y al mismo tiempo la perennidad de ese aporte indígena a la concepción totalizadora de nuestro país. De allí partirá para sentir la emoción de "la grandeza en los destinos del Perú", que no escapan ni pueden escapar a la tradición indígena de nuestro país.

Se ha planteado respecto al indigenismo y como ejemplo, en el último tiempo, una discusión en torno de la posición de Arguedas con respecto a ello. Es indudable que en el primer capítulo de *Los ríos profundos*, el niño Ernesto (Arguedas) ve el muro incaico como esencial y el encalado del segundo piso sólo como un elemento que da

luz a la base; pero a través de toda su obra se puede señalar que el mestizaje que él representa significa la absorción continúa de lo occidental al mundo autóctono peruano. Frente a ella surgiría la tesis de Belaúnde de considerar que en el momento mismo del encuentro de las dos culturas se enciende la chispa de una nueva cultura que es la auténtica peruana. El serio estudio de Belaúnde lo lleva a los campos diversos de las instituciones peruanas que a través del virreynato y la república corresponden a esa síntesis viviente que se produce en el momento mismo del encuentro-choque. Octavio Paz ha hablado de ese nacimiento por violación de lo indígena, de la cultura mexicana. El problema del Perú como ente cultural y los problemas del Perú como organización nacional forman, pues, el vasto panorama de ese libro fundamental y presto a la polémica que es *Peruanidad*, texto básico para la interpretación de nuestra realidad cultural.

El mismo término de "síntesis viviente" que se convierte en una teoría filosófica sirve para sus estudios de este carácter, que lleva al pensamiento cristiano sobre las ideas sociales y políticas. La síntesis viviente está respaldada por sus conceptos de inquietud y serenidad que pasan de Pascal a Spinoza y culminan en la iluminación y trascendencia de San Agustín.

Habría que agregar a esas dos direcciones del pensamiento de Belaúnde, la del internacionalista que se inicia en el conocimiento de los problemas peruanos de frontera, que adquiere su madurez en los estudios del nacimiento de los estados independientes latinoamericanos con la figura central de Bolívar y su aplicación serena, con la luz plácida de una senectud iluminada, en su actuación en las Naciones Unidas, donde el discurso está por sobre el ensayo. A través de conferencias y discursos, Víctor Andrés Belaúnde resplandece como tribuno. Enrique Chirinos llega a decir que "no obstante su obra publicada, a despecho de la

aptitud polémica que tan noblemente ejercita respecto a José Carlos Mariátegui en *La Realidad Nacional*; o de la hondura del análisis que practica en *La crisis presente*; o de la erudición jurídica, geográfica o histórica de *La constitución inicial del Perú*; o de las intuiciones felices y los espléndidos hallazgos de *Peruanidad*; o de la poesía filosófica que impregna las páginas contadas cuanto substanciosas de *Inquietud, serenidad y plenitud*; yo diría que el don de escribir es secundario en quien nació con el don de hablar, y lo ha cultivado a lo largo de su vida de conversador infatigable y de tribuno impaciente. Por eso, para mi gusto, el libro mejor de Belaúnde es la colección de Discursos que pronunció en el Congreso Constituyente de 1931 como representante por el departamento de Arequipa". Habría que añadir a esa cita de Chirinos, sus discursos en las Naciones Unidas y los constantes de diverso género pronunciados a través de su multifacética existencia. Habría que señalar no sólo su elocuencia de tribuno, sino su calidad de manejador del lenguaje y el estro poético que hay detrás de sus manifestaciones de elocuencia, donde hay brío y énfasis pero también delectación en el oficio misterioso de la palabra. Y eso se ratifica por una frase de ese mismo político citado: "Yo no conozco provincia de la belleza que sea ajena a su entusiasmo". Tal vez si en ello estriba toda la obra múltiple de Víctor Andrés Belaúnde, por dentro del análisis objetivo está siempre ese impalpable palpar por la belleza que es base de la poesía y de la prosa de aquellos excelsos cultivadores de la palabra oral y escrita. Resumen de su existencia de escritor se halla en ello. Y la Academia Peruana de la Lengua al recordar a Víctor Andrés Belaúnde en el Centenario de su nacimiento, lo hace no sólo como el Director que fuera de la Corporación, sino por esa inapreciable contribución que a través de su obra hizo de la palabra, fundamento del lenguaje.

Al terminar estas frases en torno a la figura señera de Víctor Andrés Belaúnde hay que volver otra vez a sus propias emocionadas frases al cumplir ochenta años de vida, tres antes del paso a su consagración final: "Aunque son contados y breves mis días quiero concluir con una visión auroral" —decía; para terminar: "Mi luz crepuscular próxima a la noche, no atenuada por el Nirvana, pero sí enaltecida por la plegaria está más cerca de la luz de la aurora que del sol del mediodía" . . .

Y esa luz auroral la sentimos todavía como un rasgo de su inmortalidad. Si por un lado somos sueños o somos nada, podríamos añadir unas entrecortadas palabras de una carta de Van Gogh a su hermano Theo: "Si somos tan ligeros como eso, tanto mejor para nosotros, ya que nada se opone entonces a la posibilidad ilimitada de la existencia futura". Allí estaba basada la fe de Belaúnde. Nosotros pensemos que tuvo bien ganada esa inmortalidad que él pensaba entre su capacidad de soñar y su capacidad de creer.

PALABRAS DE DON MARTIN BELAUNDE MOREYRA
AGRADECIENDO, A NOMBRE DE LA FAMILIA, EL
HOMENAJE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA
LENGUA A DON VICTOR ANDRES BELAUNDE

Señor Ministro de Educación;
Señor Director de la Academia Peruana de la Lengua;
Señores Académicos;
Señoras y Señores:

En nombre de la esposa y de los hijos de Víctor Andrés Belaúnde, me corresponde expresar una vez más nuestro agradecimiento por el homenaje que hoy le rinde a su memoria la Academia Peruana de la Lengua.

En este mismo recinto, casi 21 años antes, tuvo lugar una hermosa ceremonia al cumplirse el octogésimo aniversario de Víctor Andrés Belaúnde y en la cual el anterior gobierno constitucional le otorgara las Palmas Magisteriales en grado de Amauta, con la asistencia del señor Presidente de la República, siendo Ministro de Educación don Francisco Miró Quesada, dilecto amigo y colega intelectual de mi padre y bajo el auspicio del entonces Jefe de la Casa de la Cultura, el recordado José María Arguedas.

Ha querido el destino que nos reunamos nuevamente en este lugar para develar la imagen de Víctor Andrés Belaúnde, que permanecerá aquí junto con la de muchos otros valores de la cultura nacional, de distintos signos ideológicos

y políticos pero unidos por una común dedicación a las mejores causas del Perú.

Nuestras principales instituciones culturales congregadas en esta casa, representan la tradición intelectual del país. Víctor Andrés Belaúnde fue un preclaro exponente del pensamiento peruano en muchos de sus aspectos. No me corresponde a mí desarrollar un análisis crítico de su obra, porque tal misión ha recaído en otras personas con mejor título que el mío para acometer esa tarea. Considero oportuno, sin embargo, evocar algunos pasajes del pensamiento de Víctor Andrés Belaúnde que tuve el privilegio de escuchar directamente en el diálogo cotidiano.

Entre ellos deseo mencionar la permanente vinculación que él trazó entre la orientación ética, la formación humanista y la educación para el trabajo. Basado en un amplio concepto de la cultura, consideró que ésta frustraría su realización si no se sustentaba en el más alto respeto de los valores ético-religiosos de la fe cristiana. Pero al mismo tiempo estimaba que la formación ética debía estar acompañada de un sólido bagaje humanista que ampliara la perspectiva del hombre respecto de su mundo exterior y de la sociedad en que se desenvuelve, uniendo este concepto universal a una visión nacional, que le permitiera vivir arraigado a la tierra y los hombres del Perú. Por ello creía que la formación cultural tenía que estar unida a un profundo conocimiento del Perú como expresión cabal de una consciente adhesión nacionalista, en la cual el amor patrio no estuviera reñido con una apreciación realista de nuestras limitaciones.

Y como un tercer factor agregaba, influido por sus experiencias en el exterior, particularmente en los países anglosajones, la necesidad de que la educación no sólo sirviera para formar intelectuales y literatos, a pesar de ser él uno de ellos, así como científicos, profesionales y técnicos en los diversos niveles, sino fundamentalmente que formara a los hombres y mujeres del Perú para realizar un trabajo

socialmente útil e individualmente remunerativo, pero enmarcado dentro de una escala de valores.

De ahí que desarrollara en varios ensayos y principalmente en *Peruanidad*, una teoría sobre las motivaciones individuales del trabajo, colocando en el más alto lugar de la escala, al trabajo como deber y en orden descendente al trabajo como vocación creadora, como voluntad de dominio, como búsqueda de gloria, como realización de un interés, como reflejo de una necesidad y por último como resultado de una coacción física, situación casi lindante con la esclavitud de antaño y con los trabajos forzados de las modernas dictaduras totalitarias. Al desarrollar este esquema reconoció, sin embargo, que todas estas motivaciones no necesariamente se presentaban aisladas y que en muchísimos casos el trabajo creador era el resultado del impulso simultáneo de varias de ellas, destacando el trabajo colectivo en beneficio de la comunidad al cual consideraba la expresión mejor lograda del trabajo como deber.

Para terminar desearía aludir a la vinculación de más de cinco décadas entre Víctor Andrés Belaúnde y la Academia Peruana de la Lengua, a la que fue incorporado en 1917 por Ricardo Palma y que tuvo el honor de dirigir desde el fallecimiento de don José de la Riva-Agüero en 1944 hasta su propia muerte en diciembre de 1966. Creo que fue precisamente en esta institución en la que plasmó sus propias teorías, desplegando personalmente el más noble y desinteresado esfuerzo en beneficio de la cultura nacional y de la comunidad intelectual del Perú.



OSCAR MIRO QUESADA DE LA GUERRA
(1884 - 1981)

HOMENAJE A DON OSCAR MIRO QUESADA DE LA GUERRA EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión Pública del 28 de agosto de 1984)

DISCURSO DEL ACADEMICO DON ESTUARDO NUÑEZ: "OSCAR MIRO QUESADA Y LA DIMENSION HUMANISTA DE SU OBRA"

Estamos convocados en este recinto para rendir homenaje a un ilustre exponente de la cultura peruana en el Centenario de su nacimiento. Se llamaba Oscar Miró Quesada de la Guerra, pero el público que lo leyó extensa y fervorosamente lo conoció como *Racso*, el seudónimo que él escogió, deletreando al revés su nombre de pila. No pretendía con este seudónimo afirmar o proclamar una posesión material como en el caso de Pedro Paz Soldán y Unanue quien adoptó el apelativo "Juan de Arona", o una amarga protesta del mismo al transformarlo en "Juan sin tierra", o una efectista vanidad: "El Conde de Lemos", con que se adornaba Abraham Valdelomar, o una elaborada suma de cualidades (como en el caso de "Martín Adán"), o una confirmación de oficio como sucede con "Juan Croniqueur" (en el caso de José Carlos Mariátegui). "Racso" es la mera y llana expresión de modestia y de humildad intelectual, un simple nombre de pila leído al revés, de alguien que no quiere ufanarse de nada, de quien no ambiciona reconocimiento,

recompensa o prebenda. Así Racso (el seudónimo) resulta el símbolo de la modestia de Oscar Miró Quesada y encarna una actitud ejemplar de desprendimiento ante la vida, ante los hombres y frente a la cultura de su época.

Tengo una lejana deuda contraída con Don Oscar, allá en mis tiempos de estudiante de los primeros años de secundaria. Bullían en mis adentros unas primeras inquietudes de larvada vocación por las letras, manifestada en el voraz afán de enterarme de cuanto encerraba ese mundo insondable de la cultura. Yo no sabía aún qué era la filosofía y Don Oscar me la enseñó en pocas y llanas frases que leí de él, con las quintas esencias de su saber expuestas en un breve artículo publicado en "El Comercio". En un destartalado cuaderno de recortes que todavía conservo de esos años míos de escolar, figura la página de "El Comercio" que atrajo mi curiosidad: un artículo de Racso titulado "¿Qué es la filosofía?". Una llana y clara explicación contenida en él, me dio las primeras luces para orientarme en el universo del saber. Supe así inicialmente resolver el enigma que atormentaba mi ignorancia.

Más tarde vinieron los cursos regulares y, ya en la Universidad, las magistrales lecciones de Mariano Iberico y también mi voluntario desplazamiento al campo de la literatura en su historia y en su teoría. Le pago a Racso tardíamente una deuda que ahora saldo junto con mi nostalgia de esos años jubilosos de aprendizaje que no volverán.

Muy joven todavía, a los diecisiete años, ingresa como estudiante de medicina a la Universidad de San Marcos. Pero, interrumpiendo esos estudios, viaja a Francia, país que significó para Miró Quesada la realización de un ideal formativo. Allí tomó contacto con una cultura irradiante y deslumbrante para un joven de su edad —los 19 y 20 años—. Dominando el idioma francés, asimiló con un fervor y una entrega total, los mejores logros de esa cultura en el campo de la ciencia aplicada, la filosofía y el perio-

dismo. A su regreso, a fines de 1905, trocó los estudios médicos por los de Letras y Jurisprudencia, seguidos éstos con asiduidad e inquietud renovadora ante el conservadurismo retardatario de la Universidad de entonces.

Pertenecía a la generación del novecientos, grupo brillante que ya, desde antes de haberse incorporado algunos de sus miembros a la cátedra universitaria, o fuera de ella, produjo un vuelco en el destino histórico-cultural del Perú.

De aquella primera experiencia de contacto y de aproximación a la cultura francesa y de su posterior frecuentación de la bibliografía de ese origen, deriva el sello particular de su prosa sencilla y cristalina, guiada por la lucidez de su mente privilegiada, que recuerda a los grandes escritores galos, forjadores del idioma como dechado de pulcritud y de claridad aun tratando los temas más abstractos de la ciencia y de la filosofía. Puso Miró Quesada estos dones de claridad y de fácil medio de transmisión del pensamiento, al servicio de la renovación de las ideas de acuerdo con la modernización de los conocimientos, tarea que la Universidad no alcanzaba a realizar entonces, dada su orientación tradicionalista y retórica.

Si bien Miró Quesada aparece desde sus comienzos incorporado a un grupo y participa de sus inquietudes [con una aportación respetable: *Problemas ético-sociológicos del Perú* (Lima, 1908), de que nos ocuparemos más adelante en sus dos proyecciones], prosigue después con una planificada tarea de difusión de ideas y conocimientos y, desprendido del grupo generacional, se perfila solitario en un vasto empeño de divulgación didáctica del saber de su tiempo y de su espacio.

Fue tarea inmensa la que se propuso culminar gracias a la naturaleza que le brindó longevidad. Llegó a cumplir los 97 años de vida que él hizo más largos, sacrificando en aras de la cultura las horas de descanso o de ocio que otros desperdician sin beneficio para nadie.

Abarcó con singular destreza intelectual todas las facetas de la cultura de su época. Caracteriza el conjunto imponente de su obra una ilimitada voluntad de entrega al estudio y a la meditación acerca de la realidad social del Perú ya fuese en el campo de la sociología, de la educación, de la salud y principalmente del derecho penal y de la geografía, dentro de un vasto proyecto de extensión universitaria. Lejos de intereses elitistas su obra se proyecta a la comunidad, sin perjuicio de cultivar otros sectores de la cultura como las letras y la filosofía en las que su aporte es también tan valioso como su tarea divulgadora de los adelantos científicos de nuestro siglo.

* * *

En la imposibilidad de abarcar en una breve disertación todo el volumen de su obra, nos vamos a permitir señalar sólo las facetas de su extensa producción intelectual que lindan con el campo de las humanidades.

Podrían establecerse tres "constantes" en la actividad intelectual de Racso: 1) la de divulgación; 2) la de renovación y 3) la de creación y meditación. Estas "constantes" a veces se entrecruzan o confluyen en el largo proceso de su vida.

La divulgación es un programa que estuvo vigente durante toda su existencia. Servirá para caracterizar a su autor frente al lector común. Su vehículo es el periódico y su destinatario un público heterogéneo de mediano o bajo nivel cultural, para el que hacía accesibles los aspectos más disímiles de la cultura especializada. De esa suerte dio un nuevo contenido y función al periodismo. Dice Jorge Basadre al respecto:

"El suyo ha sido un periodismo raro en cualquier ciudad del mundo pues ha divulgado ideas y teorías a veces abstrusas en lenguaje sencillo y

claro; qué distinto de ese periodismo dirigido a la búsqueda de la nota sensacional en la actualidad volandera, al culto de la superficialidad y a la exacerbación de los instintos más groseros del público lector”.

La divulgación supone la apertura de metas culturales en quienes todavía no habían alcanzado la posibilidad de cumplirlas y al mismo tiempo instaurar un criterio de “extensión” de la cultura hacia sectores marginales de la población. Ese programa de divulgación tomó su punto de partida en un enunciado teórico que antes había formulado Racso en una de sus obras más estimables: *Problemas ético-sociológicos* (Lima, 1907), libro escrito a los 22 años de edad y muy elogiado por José de la Riva-Agüero, quien lo califica como “hermano gemelo del magnífico libro de Francisco García Calderón sobre el Perú contemporáneo”, y en el cual Miró Quesada consigna sus reflexiones acerca de nuestra organización política y judicial, el fomento de la agricultura, la inmigración y necesidad del incremento demográfico, la alimentación popular y la salubridad pública, la colonización, la educación popular, la economía y otros capitales problemas de la sociología peruana.

Sus apreciaciones sobre todo este conjunto de cuestiones se avalan con el conocimiento de las fuentes sociológicas entonces contemporáneas: Julián Huxley, F.H. Giddings, L. Gumplowicz, Ch. Letourneau, J.M. Guyau, Spencer, Worms, De Greef, lo cual acusaba una información muy completa y al día de la sociología de fines del XIX y comienzos del XX.

De esta suerte, Miró Quesada juzgó aplicables a la realidad peruana el razonamiento de los sociólogos positivistas, cuya resonancia en los estudios acerca de la realidad latinoamericana es innegable. Así nace su honda preocupación por la educación de los indios, por la autogenia y la

inmigración que son formas del crecimiento demográfico, por la higiene de las grandes mayorías, por la alimentación popular, en general por todos los problemas que agobiaban a la población mayoritaria, sin excluir el factor económico.

Un hombre de su generación que participaba de esas mismas inquietudes sociales, Víctor Andrés Belaúnde, publicó, forjado en la misma inquietud, casi al mismo tiempo, un libro complementario: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (Lima, 1908), en el cual utiliza también el pensamiento sociológico contemporáneo para estudiar las características del Perú del pasado, en tanto que Miró Quesada lo aplicaba al Perú del presente, y por eso su volumen de 1907 podría haberse titulado *El Perú actual y los modernos sociólogos*.

El examen de los males que agobiaban a las mayorías nacionales y sus conclusiones, requerían mostrar que sus ideas funcionaban en la práctica y para ello escribe libros de divulgación complementarios como *Las enfermedades evitables* (Lima, 1916), *La formación del profesorado de enseñanza secundaria* (Lima, 1908), *La salud y el cuerpo humano - nociones de anatomía, fisiología e higiene* (Lima, 1914).

Estos textos de divulgación, al parecer elementales, no agregan nada sustancial a su vasta bibliografía. No son sin embargo los sencillos compendios de un modesto maestro de escuela. Representan en realidad la puesta en acción, el aparato práctico destinado a ilustrar el programa que había propuesto y esbozado teóricamente en los capítulos de aquel libro de doctrina social, en el cual había estudiado, a la luz de la ciencia social contemporánea, los problemas candentes del Perú y esbozado sus soluciones. Y para demostrar que estas soluciones eran posibles escribió, en forma sencilla y accesible, los libros auxiliares correspondientes. Racco era el teórico pero al mismo tiempo el pragmático, el pensa-

dor que elucubra pero a la vez el modesto y diligente realizador de la idea.

Tuvo un especial carácter su obra de divulgación que nunca descendió a nivel inferior ni cayó en el simplismo exagerado. Consiguió antes bien mantener sus enseñanzas en un nivel decoroso. Fue “divulgador” pero no “vulgarizador” porque aunque en el uso común divulgar y vulgarizar son términos equivalentes, hay que establecer entre ellos algún matiz de diferencia. Mientras vulgarizar es “hacer vulgar o común una cosa”, divulgar —según el diccionario oficial— es “publicar, *extender*, poner al alcance del público una cosa”. Y esto es lo que hizo Racso: poner al alcance del público conocimientos nuevos o desconocidos de las humanidades y de la ciencia, “extender” el radio de acción de la cultura. Por eso se justifica su loable campaña de “extensión universitaria”, o lo que es lo mismo, de “extensión cultural”, idea y campaña que antes que nadie emprende en el Perú. Y por eso su pensamiento está orientado a lograr grandes síntesis, producto de la exacta comprensión de extensas lecturas.

En su obra de divulgación derrochó energías preciosas a sabiendas de que esa tarea no habría de significar para él la consagración definitiva y tal vez sólo una nombradía efímera. Pero lo hizo consciente de que ese esfuerzo significaba un servicio a la comunidad, aun convencido de que su obra de divulgación perdería vigencia a medida del transcurso del tiempo y del progreso de los medios de comunicación y de los conocimientos.

* * *

Esa otra “constante” que hemos denominado “de renovación”, recoge la preocupación y búsqueda de un nuevo sentido para diversos campos del saber que, en su época, estaban disociados de la realidad nacional y del adelanto

científico, como sucedía con la pedagoga, el derecho y la geografía. Racco se ocupó primeramente de la formación universitaria de los maestros y propugnó, para ese menester, la creación de una sección pedagógica en la Facultad de Letras de San Marcos que con el tiempo se convertiría en una Facultad de Educación y con cuyo modelo se crearon otras tantas en diversas universidades del país.

Otro campo objetivo de su meditación constructiva fue el Derecho. En más de un estudio aboga fervorosamente por la nacionalización de las leyes, muchas de ellas elaboradas con criterios extraños a nuestra realidad o inspiradas en un criterio centralista y capitalino. Se había legislado a espaldas del resto del país conformado en su mayor parte por una población indígena marginal y sin vínculo con la civilización occidental, bajo cuyo modelo se habían formulado las leyes.

Otro aspecto del Derecho fue también objeto de su tarea renovadora: la modernización del Derecho Penal, mucho antes de la dación del Código de 1924. Cuando propició la introducción de la ciencia criminalística en los estudios universitarios de la especialidad, no fue acogida su iniciativa. Sólo después de bregar muchos años y gracias a una campaña seguida con voluntad indoblegable pudo lograr la creación de la Cátedra de Criminología en la Universidad de San Marcos y señalar los rumbos científicos que debían introducirse en la investigación del delito y el delincuente, según propugna en estudios memorables.

Gracias a la reforma universitaria de 1919, la universidad retardataria y obsoleta que él había encontrado, pudo hacerse más permeable a sus proyectos de modernización de sistemas de enseñanza, tanto en la Educación como en Derecho y también en la Geografía del Perú.

La inquietud intelectual de Miró Quesada, sostenida y documentada en varias publicaciones: *Elementos de Geografía Científica del Perú* (1919), *La nueva geografía y la*

enseñanza universitaria (1923) y *Lecciones y conferencias de Sociogeografía* (1924), estuvo igualmente dirigida a la renovación e implantación de los estudios geográficos bajo nuevas bases. Persiguió demostrar la importancia de esta disciplina como factor de la educación cívica y pivote de integración nacional en un país como el Perú de compleja estructura física, social y económica. Hasta la década de los años 20, la Geografía (aun después de los estudios de Paz Soldán y Raimondi y de los de tantos estudiosos extranjeros viajeros por el Perú) resultaba en los manuales escolares y aun en los universitarios, una materia estéril meramente descriptiva, enumerativa de datos inconexos y obsoletos; sin contenido coherente ni rigor sistemático. Mientras tanto, la Geografía, a partir de Alejandro de Humboldt y otros investigadores europeos de alto nivel como Ritter y Ratzel, había adquirido la estructura de una verdadera ciencia inspirada en la relación de la tierra, el hombre y la sociedad; una ciencia que estudia la interdependencia y la recíproca conexión entre la naturaleza y los fenómenos físicos y biológicos entre sí y con el hombre o, en otras palabras, la disciplina que reúne los datos de las ciencias físicas y naturales con los de las ciencias antropológicas y sociales e investiga las leyes que rigen la vida del hombre sobre la tierra o sobre un sector de la misma.

En su manual de *Geografía científica del Perú*, Miró Quesada incorpora esos nuevos conceptos en un texto dedicado al estudio de la realidad geográfica nacional y aplica los criterios modernos a nuestro complejo panorama terreno y humano, con acopio de datos nuevos y seguros. El autor define a la Geografía como ciencia conexional —por las conexiones que supone entre distintas otras disciplinas— y así introduce capítulos novedosos como los dedicados al estudio del mar peruano, los ríos y los lagos, a la geografía de las plantas y animales, a la geografía humana y social, a la geografía económica. Considera a la ciencia geográfica

como una verdadera disciplina cultural que afirma el vínculo entre el habitante y su medio ambiente y contribuye a fijar en aquél el sentido de su identidad, en un cuadro de vida verdaderamente estimulante y nacionalista. Jorge Basadre considera a esa obra de Racso:

“un hermoso libro que reconcilió a muchos lectores con aquella ciencia entendida en su sentido cultural e integral, con sentido renovador pues primaban entonces textos que concedían preferencia a la lista de los nombres de los lugares del territorio y a la fase política”.

No cabe duda que la *Geografía del Perú* abrió nuevas perspectivas, completadas con sus posteriores estudios críticos sobre la materia, y creó el ambiente propicio para posteriores estudios técnicos y especiales sobre geografía económica y sobre geografía física, y sobre cartografía aplicada al Perú.

Las tareas de renovación emprendidas por Racso entrañaron, en consecuencia, una viva lección para orientar a los juristas peruanos, una fecunda orientación para los educadores y una segura guía para los geógrafos.

* * *

El campo de la creación fue otra de las “constantes” en el vasto horizonte de sus intereses intelectuales. Cultivó la poesía desde sus años juveniles pero no ingresó en los cauces de la ficción narrativa aunque sí esporádicamente en el teatro. Se detuvo primeramente en una forma poética penetrada de la efusión sentimental todavía dominante en su época de formación aún inficionada del legado romántico.

En su libro *Versos*, subtítulo *Anima triste* —editado tardíamente en 1923— reunió esa producción preparatoria

de otras expresiones de su afán creador. Sus poemas teñidos de íntima melancolía, revelan el impacto primigenio que recibió su alma adolescente a raíz de lecturas de Víctor Hugo y de Giácomo Leopardi. Epígrafes y versiones revelan su devoción por aquellos románticos de buena estirpe. Pero no quedaron allí sus predilecciones pues se extienden a otros poetas posteriores —los simbolistas— como Jean Moréas, de quien traduce partes de *El libro de las estancias*, y Henri de Régnier y André Fontainas, amén de otros colaboradores del *Mercure de France*, revista leída apasionadamente.

Habría de descubrir en este hurgar afanoso de las esencias de la poesía francesa un libro capital en su formación y en su destino: el de Marie Jean Guyau titulado *Versos de un filósofo*, que también traduce y que, en cierta manera, sirve para descubrir que en el fondo de su propia poesía se anidaba una inquietud filosófica.

De aquellas primeras aproximaciones al romanticismo, queda la traducción en prosa, cuidada y excelente, del “Canto nocturno de un pastor errante del Asia”, una de las más significativas producciones poéticas del notable romántico italiano Giácomo Leopardi. Ese poema corresponde a la línea “cósmica” del gran poeta, en que palpita el alma de un hombre pero también el alma del mundo, el sentido del misterio universal y el sentimiento del dolor humano y cósmico. Esta versión de Racso —aparecida en *Actualidades* de Lima (Nº 236, 5.X.1907)— señala además de su devoción por la cultura italiana, su preferencia por ese poeta con quien se sintió identificado. Hay ecos lejanos de Leopardi en algunos versos de Racso.

Tanto como Leopardi, fue Víctor Hugo el poeta admirado por la vastedad de su mensaje y el sentido ecuménico de su poesía, acorde en el ánimo de Racso, con el idealismo filosófico de Fouillée, Boutroux y Guyau, que lo lleva, un día más próximo a nosotros, a escribir los capítulos de su

libro *La realidad del ideal* (Lima, 1922) y a discrepar posteriormente del pansexualismo psicoanalítico de Freud.

Pero la poesía no fue el norte capital de su enorme inquietud intelectual. Responden la mayor parte de sus poemas a estímulos de la vida diaria y fueron ejercicios con que entretuvo sus horas de calma y sosiego en descanso transcurridas durante sus vacaciones de verano en Ancón y Chorrillos o del invierno en Chosica, según reza la indicación del lugar y fecha de cada poema.

Pero bien pronto hubo de llegar al convencimiento de que la forma más adecuada para volcar su pensamiento creador estaba en un género distinto, o sea el tratado o la monografía o principalmente el ensayo, definido como concepción libre y artística de una materia mediante reflexión rigurosa que, como dijo Mariano Picón Salas, permite "conciliar la poesía y la filosofía" y tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos. El ensayo es un género literario fronterizo entre la literatura de creación y la literatura de reflexión o de ideas, en el cual la libertad de lo poético resulta atemperada y encauzada dentro del rigor de lo didáctico.

Este es el género que Racso cultivó con singular fortuna en piezas memorables y con ellas nos ha legado un nutrido conjunto de ensayos que nos ayudan a vivir y pensar al compás de los nuevos aportes de la ciencia y de la técnica contemporánea.

Difícil sería imaginar el panorama de nuestra cultura sin ese trabajo meticuloso de divulgador, sin esa entrega desinteresada al esfuerzo de hacer accesible la complejidad de tantos aspectos de la nueva ciencia como la teoría de la relatividad, la teoría de los "cuantos", la física nuclear, la cibernética, etc. Como hombre de nuestro tiempo hizo frente al reto que significó para él el mundo de las transformaciones tecnológicas.

Era así fundamentalmente un ensayista que se movía entre la reflexión y la curiosidad intelectual orientada a las más diversas esferas del saber humanístico. Pero nada estaba tan lejos de su intención como la erudición.

Su bagaje humanístico nutría la intención didáctica de mostrar el saber moderno ligado al progreso social y científico dentro de la era de modernización y cambio que vivimos.

Complementariamente, su vasta y multifacética producción se dirigió al cultivo del ensayo filosófico y estético. Con este ropaje genérico toman fisonomía característica sus trabajos *La realidad del ideal* (Lima, 1922), *La renovación de la estética por el toreo* (Lima, 1951) y su disertación *Dualidad en Cervantes y en el Quijote* (Lima, 1953). Bastará glosar el segundo y tercero de los nombrados, para formarnos una idea cabal de la lucidez de su reflexión. En su ensayo sobre el toreo, el autor analiza las concepciones de la estética tradicional para establecer que la teoría estética reduce la amplitud de la obra de arte al concebirla como limitada a su falta de verdadera realidad, considerándola mero simulacro o imitación o simple apariencia. Pero el arte taurino es bello por ser arte de realidades, que arrebatan y conmueven, por no ser simple imitación o simulacro. En consecuencia, el toreo es un arte que escapa a la teoría tradicional de la estética, y plantea entonces el autor la necesidad de revisar y renovar esa teoría estética que frente al toreo resulta insuficiente. Para formular y reforzar su argumento Racso se inspiró en el arte de Juan Belmonte, figura memorable que también documentó otro ensayo en el Perú, el de Abraham Valdelomar. El de Racso podría figurar al lado de los mejores ensayos de nuestra literatura.

Su ensayo *Dualidad en Cervantes y en el Quijote* (Lima, 1953) había sido antecedido en muchos años por un estudio conmemorativo publicado en *El Comercio*, el 23

de abril de 1916, fecha del tercer centenario de la muerte de Cervantes, modelo de síntesis crítica que fue muy alabada por Ricardo Palma, de cuyo elogio surgió la iniciativa para incorporar a Miró Quesada a nuestra Academia, cuando ésta se reorganizó el año siguiente.

En el posterior y nuevo ensayo, Racso conduce la exégesis hacia la formulación de una teoría sugestiva, expuesta después de analizar la obra inmortal, en la cual se enlazan idealismo y realismo, siempre recurrentes, y así expone:

“En el libro famoso, a semejante hondura de doctrina se aúna la belleza de la expresión y el signo supremo del literato cumbre: la potencia creadora de personajes. Son grandes escritores los que fijan tipos eternos más reales que los seres vivientes. Por eso es grande Homero, por su Aquiles y su Ulises; por eso es grande Shakespeare, por su Hamlet y su Otelo; por eso es grande Cervantes, por su Quijote y su Sancho. Pero Homero y Shakespeare y cuantos ingenios parecidos forjaron tipos de sempiterna recordación, les dieron vida en obras distintas, separadas en el tiempo, actuando en lugares y momentos diferentes, cual fragmentos parciales de una verdad incompleta. Sólo Cervantes supo juntarlos y ofrecer en la misma novela los dos personajes supremos conviviendo en la duración y en el espacio, encadenados en peripecias coexistentes; formando, por su simultaneidad permanente, el hombre total”.

Nada más acorde con su modestia, desprendimiento y altruismo intelectual que la tarea de traductor. La cultivó desde temprano vertiendo en nuestra lengua muestras de la poesía italiana y de los simbolistas y parnasianos franceses.

Y así la tarea empezada en su juventud con la versión de poemas notables de valor universal y unos ejercicios poéticos de buena factura, desemboca más tarde en el ensayo, pleno de inquietud cultural y singular capacidad de análisis, cultivado en sus años de madurez. El ciclo de su "constante" creadora es latente hasta la última etapa de su fecunda existencia.

* * *

Las tres "constantes" que hemos esbozado provinieron de una personalidad singular privilegiadamente dotada de valores y capacidades que rara vez coinciden en un solo ser. Fue —como ha dicho César Pacheco Vélez— "un precursor múltiple, un adelantado en la comprensión de los grandes problemas y descubrimientos científicos de su tiempo, un testigo iluminado de su siglo".

A lo largo de toda su existencia dominó el signo de la generosidad y el desprendimiento. Toda su obra fue un acto de entrega a la causa de los demás, a los desposeídos de bienes espirituales y materiales. Lo animaba el deseo y la voluntad de elevar la condición precaria de la cultura del Perú, de sacar a éste de la condición de país disminuido y de ponerlo en un nivel compatible con los avances científicos universales.

Tal vez una de sus cualidades más características fue la curiosidad intelectual que no le daba respiro ni reposo. Su interés por las cosas de la cultura era inmenso y arrollador. Nada escapó de su curiosidad insaciable (de allí su interés por el hipnotismo y el espiritismo), ningún aspecto de la ciencia, ningún resquicio de la tecnología más reciente (de allí su interés por la electrónica y la cibernética). Pero esa curiosidad no lo llevaba a la satisfacción de un deseo egoísta, pues su decisión fue siempre convertir esa voluptuosidad del hallazgo o el descubrimiento o el invento en

materia dispuesta para ser conocida por quienes no disponían de los medios para lograrlo. No concebía el disfrute intelectual sin compartirlo con los demás.

El recuerdo de Racso permanece vivo tanto en los lectores anónimos que leyeron sus textos de divulgación como también en los iniciados en los menesteres de la cultura que apreciaron críticamente su obra de creación.

Para justificar su memoria no habría expresión más justa que este hermoso párrafo con el que corona su informado y revelador trabajo sobre Copérnico que calza con exactitud en el caso de Racso:

“La verdadera muerte es el olvido, ese segundo sudario de los muertos a que alude el poeta, más destructor e implacable que la mortaja material. Pero este anonadamiento definitivo de los que fueron depende de nosotros, de nuestra actitud ante la vida, pues no mueren los que continúan en el espíritu de sus admiradores”.

Racso continúa en nuestro recuerdo y en nuestro espíritu con su viva lección y quizás aun, desde el Olimpo de los sabios y los buenos, vela porque nunca se extinga su programa de *divulgar* la ciencia, de *renovar* la cultura y de *crear* con el pensamiento y la palabra.

DISCURSO DEL ACADEMICO DON JOSE TOLA PASQUEL: "OSCAR MIRO QUESADA Y LA DIMENSION CIENTIFICA DE SU OBRA"

La trayectoria intelectual de Oscar Miró Quesada constituye un caso excepcional en la historia de la cultura peruana. Iniciado muy joven en los estudios filosóficos y literarios, e interesado muy tempranamente en el periodismo, prosiguió luego el estudio del derecho. Más tarde y a lo largo de toda su vida, fue ampliando el campo de sus intereses intelectuales hasta el punto de que, finalmente, no hubo materia de importancia cultural a la que no prestara atención con su energía y seriedad características, animado por un firme propósito de difundir el resultado de sus estudios a través del periodismo.

En la enseñanza universitaria, que ejerció en la Universidad de San Marcos por muchos años, lo vemos catedrático de sociología a los 26 años, de derecho penal a los 31, y a los 36 de criminología, cátedra de la que fue fundador en nuestro país.

Su producción escrita comprende, además de varios millares de artículos periodísticos, más de treinta libros. Unos y otros están consagrados a temas de actualidad relativos a los más diversos dominios del saber, destacando entre ellos los que dedicara a dar a conocer asuntos cientí-

ficos de sumo interés, que eran de difícil acceso al gran público. A este último aspecto de su amplia y meritoria tarea educativa deseo dedicar preferentemente estas palabras en homenaje a su ilustre memoria.

Sorprende en su extensa obra no sólo la variedad de los temas que estudió y explicó, sino, sobre todo, el consumado esmero que puso en recurrir a las fuentes más autorizadas que tuvo a su alcance, con el fin de tratarlos con la mayor fidelidad, empeñándose luego en exponerlos con suma claridad y detalle para hacerlos llegar a sus innumerables lectores. En esa abundante producción no sólo son de importancia los trabajos dedicados a los temas de sus preferencias juveniles: la Filosofía, la Literatura, el Derecho, el Arte, sino a otros, alejados de ellos, en que se manifiestan su deseo de saber y su incansable trabajo intelectual. Admira particularmente, entre sus obras, las que dedicó a ciencias tan diversas como la Astronomía, las Matemáticas, la Física, la Química, la Biología, la Geografía la Psicología, la Medicina y la Economía.

Sorprende más aún saber que, en su empeño por comprender profundamente lo que deseaba explicar luego con rigor pero con sencillez, no vaciló en realizar el esfuerzo considerable de iniciarse en el estudio de las matemáticas superiores en una edad relativamente avanzada. En particular, pasados ya los cincuenta años de edad, y requerido por las exigencias de sus lecturas científicas, emprendió el estudio del cálculo infinitesimal, materia que es de difícil acceso, más aún en momentos en que estaba solicitado por otras importantes tareas.

Un homenaje a Oscar Miró Quesada no puede reducirse, a mi juicio, a la narración de su biografía, ni a los elogios que con justicia merecen su personalidad humana y los propósitos que animaron a su obra intelectual. Creo que requiere, sobre todo, un esfuerzo por dar a conocer esa obra, cuya elaboración ocupó parte importante de su vida;

describir sus méritos e inducir a consultarla para aprovechar las muchas enseñanzas que contiene: ideas y conceptos que no han perdido su valor y que fueron, sin duda, resultado de laboriosos estudios y largas meditaciones. Por tales razones trataré de describir en forma muy abreviada lo más esencial de algunos de sus trabajos más significativos que se refieren a temas científicos.

En 1919 publica Racso sus "Elementos de Geografía Científica del Perú", libro del que publicó una segunda edición revisada, en 1924. Fue su propósito, al escribir esa obra, contribuir a una reforma sustancial de la enseñanza de la Geografía en nuestras escuelas y universidades. En la introducción aclara su intención de evitar que la enseñanza de la geografía, materia de tanta importancia para el conocimiento adecuado e integral del territorio nacional y de todas sus características y posibilidades, se redujera únicamente a "una simple enumeración árida y muerta de nombres de continentes, islas, cabos, puntas, mares y países, para convertirse en un verdadera ciencia".

El libro se divide en tres secciones que se refieren a la geografía física, la geografía biológica y la geografía económica y política. Reunió en ellas una abundante información que recogió en las mejores fuentes. Al mismo tiempo que una circunstanciada descripción del país, de sus regiones, de sus características físicas, de su población, de la fauna y de la flora, aprovechó de todas las ocasiones para añadir informaciones históricas, explicaciones científicas de carácter general y datos estadísticos de mucho interés, acerca de la agricultura, la ganadería, la pesquería, la industria, la minería, los medios de comunicación y el comercio; con todo lo cual el libro da una interesante visión del Perú en la época en que fue escrito, y constituyó, en su tiempo, una valiosa contribución a la educación de nuestro pueblo.

En 1920, al año siguiente de la publicación del libro de geografía científica, la Sociedad Geográfica del Perú

publicó un conjunto de conferencias que ofreció Racso a invitación de esa ilustre corporación. Esas conferencias estuvieron inspiradas en propósitos didácticos análogos a los del libro antes mencionado, y fueron consagradas a la Antropogeografía o Socio-geografía. En la introducción a la primera conferencia manifiesta su convicción acerca de la urgente necesidad que existía en nuestro país de informar al gran público sobre los progresos de la ciencia en todos los dominios. Es interesante notar que señala, entre otras cosas, la importancia de la extensión universitaria, actividad de la que sin duda fue precursor entre nosotros y que sólo en años recientes ha comenzado a alcanzar un cierto grado de desarrollo en nuestro medio.

Una de las obras que evidencian más claramente el esforzado trabajo de Racso por despertar el interés por la difusión del conocimiento científico fue su libro sobre "La Teoría de la Relatividad y la Teoría de los Quanta" publicado en 1940 por la editorial Ercilla. Tuvo su origen esta obra en 22 artículos que publicó en "El Comercio" con ocasión de la publicación del famoso libro que escribieran Einstein e Infeld sobre "La evolución de la física". En esos artículos Racso explicó con ejemplar cuidado y claridad los aspectos sobresalientes de esas dos grandes teorías, su importancia incalculable para la ciencia y sus trascendentales consecuencias en los órdenes científico, tecnológico y filosófico. Dice a propósito de su propio trabajo: "como el objeto principal de nuestra obra es explicar en forma clara los principios fundamentales de la relatividad y de los Quanta, hemos prescindido de toda pretensión literaria al escribirla; por lo tanto, su estilo podrá resultar, a veces, incorrecto, porque hemos sacrificado deliberadamente la forma al fondo; la elegancia retórica y la belleza verbal a la exactitud y sencillez de las explicaciones".

Es interesante señalar que el contenido del libro fue conocido por el propio Einstein quien, en una carta que

dirigió al autor, expresó su admiración porque un diario hubiera podido ofrecer a sus lectores una exposición tan precisa y detallada de un tema científico de tal dificultad; y agregó que, en su opinión, expresaba con toda propiedad, lo esencial del contenido intelectual del libro que él había escrito en colaboración con Infeld.

El libro de Miró Quesada consta de más de 200 páginas y está dividido en tres partes que tratan de la física mecanicista y del campo electromagnético, de la teoría de la relatividad y de la teoría de los Quanta. Las ideas de Einstein son explicadas con frecuentes menciones del libro a que nos hemos referido, en términos tan sencillos que su sentido puede ser entendido con pocos conocimientos previos y se puede lograr así una comprensión suficiente de una teoría que apasionó en su tiempo a la opinión mundial y que ha revolucionado nuestras nociones fundamentales acerca del universo, del espacio y del tiempo, y cuya comprensión rigurosa y cabal requiere del empleo de las más poderosas y difíciles técnicas matemáticas, al par que un profundo conocimiento de las ciencias físicas.

En 1944 publicó Racso un libro filosófico-científico de naturaleza muy distinta: "El Número y la Realidad". Interesado ya por entonces, seriamente, en las matemáticas, y convencido de su importancia en el desarrollo de todas las ciencias, no deja de aparecer muy clara, como siempre, su vocación filosófica, cuya presencia aparece evidente en la bibliografía que acompaña al libro. Sin embargo, desde la introducción destaca con claridad su interés por los aspectos puramente matemáticos. Dice así: "las matemáticas pueden ser consideradas como la ciencia fundamental, porque a ella tienden todas las otras ciencias cuando se desarrollan y perfeccionan". Esta afirmación la justifica y la ilustra citando con entusiasta admiración a los más célebres matemáticos fundadores del análisis y del álgebra modernos: Gauss, Cauchy, Abel y Galois, y a los creadores de la teoría

del número real: Cantor y Dedekind. Dice, al referirse a sus creaciones, que ellas "han hecho ascender al pensamiento matemático a las cumbres abstractas de la metafísica y de la idea pura". Sus convicciones a este respecto, que expresó en diversas formas en sus escritos, concuerdan con las de grandes filósofos y científicos contemporáneos. Para citar solamente a uno de ellos que se cuenta entre los más célebres físicos de los últimos cien años mencionaré una breve y famosa frase de Max von Laue: "La matemática es la ciencia que proporciona de la manera más pura y directa la vivencia de la verdad". Este juicio es coincidente, en su espíritu, con otros semejantes que expresó Raco en muchas oportunidades.

El libro a que me estoy refiriendo, es decir el referente al número y la realidad, es sin duda, principalmente, de índole filosófica. Para Miró Quesada "Las matemáticas plantean a la mente del hombre tres problemas filosóficos de extraordinaria importancia para el desarrollo y el perfeccionamiento del saber humano: su carácter necesario, su naturaleza de conocimiento progresivo o extensivo y la sorprendente coincidencia de ese conocimiento con la realidad". "¿Por qué —se pregunta— las verdades formuladas por el cálculo son necesarias y aumentan el saber, y cómo es que las operaciones matemáticas llevadas a cabo por el sujeto se aplican al objeto?". Y añade: "mientras no se dé respuesta adecuada a esas interrogaciones, permanecerá sin solución el problema fundamental de las matemáticas, y el hombre dispondrá de un precioso instrumento de estudio y de proceso intelectual de esencia desconocida". Concluye la introducción refiriéndose a su trabajo como un ensayo sobre algunos problemas filosóficos principales planteados por las matemáticas.

El libro se divide en tres partes, cada una de las cuales trata de una de las tres cuestiones que antes he mencionado y que, según piensa, toca a la teoría del conocimiento mate-

mático explicar. En consecuencia, esas tres partes tienen los títulos siguientes: "La verdad apodíctica" (es decir que no admite contradicción), "El conocimiento extensivo" y "La coincidencia empírica", respectivamente.

En la primera parte define y compara las tres clases de verdades que llama asertóricas, problemáticas y apodícticas. Pone en relieve la importancia de las últimas, entre las cuales las verdades matemáticas constituyen el modelo por excelencia. Destaca su naturaleza inminente y su carácter lógico. En lo que toca a su apriorismo, se refiere a la distinción entre el conocimiento puro y el empírico. La doctrina kantiana y los criterios del gran filósofo le dan ocasión para mostrar el carácter necesario, no contingente, de los conocimientos matemáticos, para establecer finalmente que son conocimientos apodícticos.

Siguiendo siempre a Kant plantea una cuestión esencial en estos términos: "¿cómo explicar este misterio gnoseológico de un conocimiento apodíctico, necesario, a priori, basado en juicios analíticos y que, a la vez, permite aumentar el conocimiento y agregar nuevas verdades a las ya conocidas, como si se tratara de juicios sintéticos?". Este problema central de la filosofía de las matemáticas le permite, entonces, explicar con sencillez y claridad las teorías que intentan darle respuesta: el criticismo, el empirismo, el formalismo, el logicismo y el intuicionismo.

El resto de la primera parte del libro trata acerca de otras cuestiones que interesan a la naturaleza del conocimiento matemático, particularmente en relación con el concepto de número. Termina con una descripción de la matemática abstracta y con un comentario filosófico sobre la definición del número.

La segunda parte comienza con un examen del saber matemático en que examina y refuta la afirmación vulgar, frecuentemente repetida, de que el conocimiento matemático

no aumenta el saber. Apoya su explicación con citas de los grandes matemáticos Emile Pocard y Henri Poincaré.

En la última parte trata acerca de la sorprendente aplicabilidad de los métodos y de los resultados de las matemáticas a las ciencias de la naturaleza y, en épocas recientes, a otros muchos campos del conocimiento. A ese propósito manifiesta sus convicciones con estas palabras: "se necesita la ceguera de un dogmatismo filosófico obstinado para no darse cuenta de que la posibilidad de la coincidencia empírica es evidente, y que los hechos cotidianos de la vida suministran, continuamente, ejemplos de la aplicación de las matemáticas a la realidad". Ilustra su afirmación con diversos y clásicos ejemplos tomados de la mecánica y de la astronomía, y hace referencia, mencionando sus más importantes contribuciones, a Galileo, Kepler y Newton, entre aquellos quienes, al sentar las bases de esas ciencias, demostraron, con evidencia indiscutible, el papel fundamental que toca a las matemáticas en el estudio de la naturaleza. Hoy no sería difícil escribir largas páginas sobre las innumerables y sorprendentes aplicaciones que tienen las matemáticas tanto en las ciencias naturales cuanto en las que no lo son en sentido estricto.

La parte final del libro que Racso consagró al número y la realidad está dedicada a examinar las razones de orden filosófico de la coincidencia entre los resultados de las matemáticas y la experiencia, y al mecanismo de esa coincidencia.

El libro que he descrito tan sucintamente considero que tiene importancia en el análisis de la evolución del pensamiento de su autor. No obstante su brevedad —tiene solamente 70 páginas— muestra elocuentemente su creciente convicción acerca de la extremada importancia de las matemáticas para el conocimiento y la investigación del mundo físico, sin que por eso deje de estar permanentemente pre-

sente en su pensamiento su profunda vocación filosófica y su preocupación de siempre por llegar a un vasto público.

En 1945 publica Oscar Miró Quesada, en colaboración con su hijo Francisco, un libro que titulan "El Problema de la Libertad y la Ciencia". En esta ocasión, el principio físico de indeterminación de Heisenberg, que se expresa matemáticamente por las llamadas relaciones de incertidumbre, sugieren a Racso —lo que es típico en él— un tema filosófico profundamente humano: el tema de la voluntad libre del hombre, el cual se propuso examinar "de manera objetiva e imparcial", como él mismo dice. Para hacerlo, contó entonces con la colaboración de Francisco Miró Quesada, a la sazón joven filósofo, profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos y estudiante de matemáticas en la Facultad de Ciencias.

Las relaciones de incertidumbre de Heisenberg constituyen la traducción matemática del hecho imprevisible y sorprendente de que ninguna medida experimental puede permitir el conocimiento simultáneo de la posición de una partícula de materia y, al mismo tiempo, de cuál es su estado de movimiento, es decir su velocidad y su dirección. Los principios de la mecánica clásica permiten determinar enteramente el movimiento de un sistema cuando son conocidos en un instante inicial la posición y el estado de movimiento de sus diferentes puntos. De esa manera resulta lo que constituye el determinismo de la mecánica clásica, cuyos éxitos resonantes, especialmente en la astronomía, habían llevado a los físicos a tratar de constituir una física teórica en la cual tuviera cumplimiento un determinismo de la misma naturaleza.

La nueva mecánica, que es consecuencia de los refinados resultados experimentales de los últimos 100 años, y, particularmente, el principio de indeterminación, han acabado con la noción del determinismo integral que constituía hasta hace poco una especie de dogma científico.

Es esa quiebra del determinismo la que sugirió a Miró Quesada su libro sobre la Libertad y la Ciencia, cuyo examen es requerido para conocer otra fase importante de la evolución de su pensamiento.

Al animismo, cuyo ejemplo clásico está contenido en la mitología griega, se opuso el determinismo científico que tuvo expresión dramática en la mecánica newtoniana. Los admirables resultados logrados mediante esta última influyeron definitivamente en el desarrollo científico del siglo XIX y plantearon el problema del determinismo en las acciones humanas y el de la negación del libre albedrío, cuestión moral de enorme trascendencia y de graves consecuencias prácticas. Los defensores del libre albedrío, que por entonces no podían dejar de reconocer la validez de la tesis determinista en lo que respecta al universo material, negaban sin embargo el determinismo en lo que respecta a lo espiritual y, en particular, en lo relativo a la libre determinación de las acciones humanas.

Desde que los hallazgos de la física moderna pusieron en tela de juicio la validez del determinismo en el mundo físico, en especial desde que fue admitido el principio de indeterminación de Heisenberg, no fue ya indispensable recurrir a un doble criterio para juzgar acerca de la existencia del libre albedrío. En el libro que comento, Oscar Miró Quesada y su hijo Francisco se aplicaron a tratar en primer lugar acerca del problema de la libertad en tanto se admitía sin limitaciones el determinismo de los fenómenos naturales. En segundo término trataron acerca de las consecuencias, en lo que respecta a esa cuestión, de las restricciones impuestas al determinismo por los recientes descubrimientos de la física.

En sucesivos capítulos expusieron las teorías de la libertad debidas a Kant, a Bergson y a Hartmann. A partir del capítulo V la exposición se traslada al campo de la física. En cuatro capítulos sucesivos son expuestas, en forma su-

cinta, las complejas cuestiones relativas al principio de incertidumbre de Heisenberg y a su explicación desde el punto de vista cuántico. Citaré las frases con que termina esa exposición: "por eso en el reino de los átomos impera el principio de incertidumbre, porque el quantum de acción de la luz que ilumina lo que se observa, presiona la realidad observada, la desplaza de su posición primitiva y altera su velocidad inicial, de modo que desaparecen las bases mínimas de toda previsión, fundamentos del determinismo y consecuencias de la ley de causalidad".

"De donde resulta que existe una región del universo, el mundo de los átomos, donde las cosas acontecen a espaldas del determinismo y dentro de un grado de espontaneidad tan manifiesto, que todo ocurre como si las últimas partículas de que está hecha la materia fueran libres".

"Por lo tanto, si en nombre del determinismo universal de la mecánica clásica había que resolver, metafísicamente, el problema de la libertad humana, en nombre de la teoría de los Cuanta y del principio de incertidumbre propio de la física atómica puede aceptarse la libertad del espíritu, porque hay una región de la realidad, el mundo de los átomos, donde también reina la espontaneidad".

En el último capítulo, interesado, como era su intención, ya no solamente en el principio de incertidumbre, sino en su aplicación a la cuestión relativa a la existencia del libre albedrío se pregunta si la indeterminación física que resulta de las relaciones matemáticas de Heisenberg es verdaderamente real o si es que sólo deriva de la imperfección de nuestros conocimientos.

Después de dar cuenta de la posición, a ese respecto, de varios físicos célebres cuyas opiniones son discrepantes, y de señalar que algunos de ellos se inclinan a atribuir a la indeterminación un valor ontológico, y otros, Einstein entre ellos, quienes piensan que sólo lo tiene cognoscitivo, es decir condicionado por las limitaciones de nuestro cono-

cimiento, hace notar que, en tanto los físicos "son de enorme exigencia en lo que atañe a la problemática meramente física, son de enorme vaguedad en lo que respecta al planteo de los problemas filosóficos".

Por tanto, según su opinión, la falta de concordancia de las opiniones de los físicos, dejan la cuestión en el dominio de la filosofía y toca a los filósofos analizar la cuestión con arreglo a sus propios métodos.

Al terminar su obra, los autores se pronuncian explícitamente a favor de la realidad de la indeterminación, a cuyo fin no sólo toman en consideración el principio de incertidumbre sino otros fenómenos físicos de diferente naturaleza en que ocurre, también, una forma de indeterminación.

Todo el libro constituye una prueba de la importancia que llegó a atribuir Racso al conocimiento científico en la solución de los problemas filosóficos. Lo expresa con toda claridad en una de las frases finales de la obra: "Una consecuencia importantísima derivada del análisis del problema de la libertad y de las modernas teorías de la física, es la necesidad imperiosa que tiene la filosofía de tomar en cuenta los resultados de la ciencia".

Me referiré ahora a otro de sus trabajos acerca de un tema que toca a la física.

El 6 de agosto de 1945 tuvo lugar la destrucción de la ciudad de Hiroshima debido a la explosión de la primera bomba atómica. Tres días después fue destruida de la misma manera Nagasaki. La acción destructiva se debió a la tremenda cantidad de energía liberada por fisión nuclear instantánea de una carga de Uranio (U-235). El poder explosivo fue equivalente, en cada caso, al de 20,000 toneladas de trinitro tolueno (T.N.T.), el explosivo más poderoso hasta entonces conocido. En Hiroshima hubo 66,000 muertos y en Nagasaki 39,000. No obstante que en aquella época se mantenía en el más completo secreto el gran proyecto que estaba en marcha, con el propósito de superar las

extraordinarias dificultades científicas y tecnológicas de la fabricación de una bomba atómica, ya habían trascendido los descubrimientos fundamentales que aseguraban su posibilidad. No eran desconocidos, en particular, los trabajos decisivos de Otto Hahn y Friedrich Strassmann, de 1938, que demostraron la fisión del núcleo del átomo de uranio por el bombardeo con neutrones y la posibilidad de que esa fisión fuera capaz de producir una explosión de gran potencia.

A raíz de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki Racso inició la publicación, en "El Comercio", de una serie de artículos con el fin de dar a conocer al gran público la razón de la enorme potencia explosiva de la bomba atómica. En el mismo año 1945 esos artículos fueron publicados en un libro al que tituló "La Bomba Atómica. Explicación de su potencia prodigiosa". Por entonces las publicaciones especializadas acerca de ese tema eran muy pocas. Ya eran conocidas, como he señalado, las célebres experiencias definitivas de Hahn y Strassmann y no eran desconocidos los principios teóricos que permitían calcular la energía desarrollada por la desintegración atómica.

De todo ello Racso dio cuenta detallada, aunque en términos elementales, en su libro de 50 páginas. Desde luego, no le fue posible descubrir la reacción en cadena ni su realización práctica, en 1942, en la pila atómica de Fermi en la Universidad de Chicago. No obstante, logró dar una coherente explicación del núcleo de uranio.

El idealismo, de Racso al par que su admiración profunda por los logros de la investigación científica, se pone de manifiesto en uno de los párrafos finales de su libro: "Algún día —dice— veremos a la fuerza de los átomos desencadenar su potencialidad lentamente, y ese día será el tabor de los pueblos. Gramos de materia desintegrable moverán la maquinaria de la industria, y reducida así a casi nada el precio de la energía creadora, los bienes materiales

de esa manufactura baratísima resultarán al alcance de todos. Y entonces han de desaparecer las desigualdades humanas provenientes de la disparidad de fortunas; todos tendrán lo necesario para la vida, y los hombres serán diferentes por lo que son y no por lo que tienen. Un mundo nuevo edificado sobre la inteligencia y la virtud hará efectiva la fraternidad de los seres humanos; con honores y rangos debidos a sus merecimientos y no a sus monedas. Y lo que hoy es bomba atómica que destruye y mata, será mañana fuente de energía creadora que ennoblece y vivifica”.

Han pasado cuarenta años de que esas palabras fueran escritas por el gran humanista que fue Oscar Miró Quesada. Si bien sus profecías no se han realizado aún, podemos alentar la esperanza de que sean cumplidas algún día.

La última de las obras de Miró Quesada de contenido científico, que deseo mencionar, fue publicada en 1950 y se tituló “Copérnico, su vida y su obra”. Tuvo su origen en la conferencia que ofreciera en la sesión organizada por la Academia Nacional de Ciencias de Lima el 24 de mayo de 1943, al celebrar el cuarto centenario de la muerte del ilustre astrónomo polaco.

Como en todos los escritos científicos de Racso, en este libro aparece desbordante su entusiasmo por las conquistas intelectuales del hombre. Describe con la más honda simpatía la vida del gran sabio. Al exponer su admirable obra destaca su papel decisivo en el desarrollo del conocimiento y de nuestra concepción del universo desde su época hasta nuestros días. En la conclusión de su libro rinde un emocionado homenaje de admiración a la personalidad del célebre genio polaco, cuya obra —dice— “constituye un triunfo de la razón sobre el testimonio ilusorio de los sentidos”. Y termina expresando su admiración no sólo por la penetración de su pensamiento sino también por la invencible

independencia de su mente creadora que superó todos los arraigados prejuicios de su tiempo.

He examinado, en forma muy incompleta desde luego, algunas de las obras de Racso. A pesar de eso confío en que no hayan quedado dudas acerca de su labor educativa poco común y de la influencia que esa labor ha ejercido en la cultura de nuestra patria. En mi concepto sus artículos y libros científicos han tenido parte importante en el largo y laborioso proceso, aún en marcha, por el que, en forma paulatina, se está tomando conciencia entre nosotros de la necesidad urgente de impulsar de manera efectiva el desarrollo científico y tecnológico. Esa tarea, en la que él dio un ejemplo inigualado, no ha terminado todavía; pero hoy son muchos los que siguen su ejemplo y trabajan ardorosamente por los mismos ideales.

Al estudiar la vida de Oscar Miró Quesada, al rememorar su personalidad cálidamente humana, su permanente ansia de saber acerca de todo lo que puede interesar a los hombres, y al recordar su natural bondad, su entereza moral, su transparente sencillez y su esforzado empeño por compartir con todos el resultado de sus estudios, viene a la memoria, inevitablemente, la bien sabida frase de Terencio. Creo, en efecto, que pocos tuvieron, entre nosotros, como él, el derecho de decir con toda justicia: "Soy hombre y nada de lo que atañe a la humanidad me es ajeno". Y por todos esos motivos aparecen diáfanas, a mi entender, las razones por las cuales tantas mentes preclaras han coincidido en ofrecerlo a la juventud como ejemplo de humanista, de sabio y de maestro.

PALABRAS DEL ACADEMICO DON FRANCISCO MIRO
QUESADA AGRADECIENDO, A NOMBRE DE LA FA-
MILIA, EL HOMENAJE DE LA ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA A DON OSCAR MIRO QUESADA

Dr. Augusto Tamayo Vargas, Director de la Academia Pe-
ruana de la Lengua y Director General del Instituto Nacio-
nal de Cultura;

Dr. Estuardo Núñez, Secretario de la Academia;

Dr. José Tola Pasquel, Rector de la Pontificia Universidad
Católica del Perú:

Cuando, hace poco tiempo, agradecí en la vieja Casona de San Marcos el homenaje que, por iniciativa del Dr. Gastón Pons Muzzo, Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se rindió a la memoria de mi padre, con ocasión del Centenario de su nacimiento, sentí una emoción tan profunda que apenas podía hablar. La emoción se debía al hecho de que se tratara de mi padre; pero se intensificaba hasta hacerse irresistible porque allí, en la misma sala que se realizaba el homenaje, había estado múltiples veces con él y habíamos participado juntos en la vida de la cultura. Esta emoción se repite hoy, mayor aún si es que es posible, porque estoy en uno de los lugares que más frecuenté en su compañía. A cuántas sesiones solemnes de la Academia Peruana de la Lengua hemos venido juntos, a

cuántas incorporaciones. Aquí nos hemos escuchado el uno al otro, y aquí, una de las últimas veces que vino, recibió el Premio Nacional de Cultura en Periodismo y Comunicación Social.

Veo no sólo el mismo sitio, respiro no sólo la misma atmósfera, sino que, el encontrarme en esta sala ligada a nuestras vidas, mis recuerdos se despiertan, incontenibles, y me proyectan hacia un pasado de afectos y de afinidades intelectuales. Porque las sesiones solemnes de la Academia son, tradicionalmente, en el Instituto Nacional de Cultura, pero tan plenamente vividos que parecen apenas ayer, cuando nos reuníamos en casa de Víctor Andrés Belaúnde. Y luego, en caso de Aurelio Miró Quesada con quien mi padre tenía especiales vínculos de afecto y simpatía intelectual, vínculos que también tengo yo mismo. Veo en el salón de su casa los rostros de peruanos ilustres, ya desaparecidos a los que él tanto apreciaba. Honorio Delgado, Mariano Iberico, José Jiménez Borja, que fue Director de esta Academia, Jorge Basadre, Pedro Benvenuto Murrieta. Pero veo también los rostros de amigos comunes, distinguidos miembros de la Academia, que nos acompañan en estos momentos. Amigosidos y amigos presentes, amigos queridos, que formaron parte de su vida, y también de la mía. Y como en esas novelas modernas en que se corta el tiempo, tres de esos amigos dilectos que asistían a las sesiones de la Academia y a los que él tantas veces trató, están ahora aquí, como si ayer fuera hoy y como si hoy fuera ayer. La única diferencia es que él, hoy, no asiste. Pero ni siquiera es una verdadera diferencia porque su espíritu está entre nosotros. Los hombres que como él, escribieron por motivos generosos, los que dejaron una vasta obra, los hombres que, como él, supieron dar afecto y, por eso, recibieron también afecto, los que supieron apreciar el verdadero valor de la condición humana y, por eso, también fueron apreciados, siempre están presentes. Oscar Miró Quesada de la Guerra,

Racso en las nobles palabras de Estuardo Núñez, de José Tola Pasquel y de Augusto Tamayo Vargas, está, hoy, entre nosotros y ocupa un sitio de honor en esta sesión solemne.

Lo que han dicho Estuardo Núñez y José Tola Pasquel revela de manera especialmente lograda su verdadera personalidad: un hombre integral que abarcó todo el campo de la cultura. En el ceñido análisis que ha hecho Estuardo Núñez del ensayo de Racso sobre el Quijote, que le valió la amistad de Ricardo Palma y su incorporación a la Academia, se puede apreciar su personalidad literaria y artística. En la amplia y detallada exposición que ha hecho José Tola Pasquel sobre su obra científica y de divulgador de la ciencia, se puede apreciar su personalidad científica. En esta doble expresión, resalta la concepción unitaria de la cultura que constituyó uno de los rasgos fundamentales de su visión del mundo. Concepción que es necesario mantener y contribuir a afianzar. Porque uno de los graves peligros de la época actual es el exceso de especialización que ha generado una dispersión y división de la cultura que atenta contra su verdadero significado. Porque la cultura no es un producto ajeno al ser humano, no es como un instrumento que sólo se utiliza para alcanzar fines determinados y concretos. La cultura es la floración suprema del espíritu, es la expresión total de la condición humana. Sólo cuando se contempla y se practica de esta manera, puede cumplir su verdadero cometido: contribuir como quería Schiller al perfeccionamiento del hombre, hacer posible que la historia humana tenga un sentido. No es que Oscar Miró Quesada de la Guerra estuviera en contra de la especialización. Por el contrario, aprobaba y admiraba a quienes tenían la capacidad de profundizar en una disciplina y hacer contribuciones creadoras en ella. Pero estaba convencido, con razón, de que por más especializada que fuera una persona y por más que sobresaliera en alguna disciplina, ya fuera científica o literaria, era imprescindible que tuviera una cultura general.

Porque, así, sus contribuciones podrían tener una mayor significación, su mensaje estaría cargado con un sentido aún más profundo. Por eso su lema fue: la belleza del arte y el rigor de la ciencia; y siempre propugnó que la educación, tanto en la escuela como en la universidad, fuera completa: tanto científica como artística. Este espíritu de unidad que Racso predicó desde sus años mozos, está, hoy, cobrando especial importancia. Ahora se comprende el peligro de la especialización sin visión unitaria y completa de la cultura. Hoy se vislumbra en el horizonte una reacción contra la partición de la cultura. En esta concepción de la cultura, como en tantas otras, Racso fue pionero y el homenaje que se le rinde hoy día es un reconocimiento honoroso de los esfuerzos que dedicó, durante toda su vida, a lograr que se reconociera la universalidad del espíritu.

Quisiera encontrar las debidas palabras para agradecer a quienes han hablado hoy día sobre mi padre. Su esposa Rita de la Fuente de Miró Quesada, aquí presente, lo mismo que mis hermanos Oscar y Alfonso, y sus hijastras: Victoria y Rosa, y también sus sobrinos y sobrinos nietos, presentes en esta solemne ceremonia, toda su familia, agradecen profundamente las generosas palabras de Estuardo Núñez, José Tola Pasquel y Augusto Tamayo Vargas. Yo debo agradecer en nombre de ellos, pero no encuentro palabras para hacerlo. Hay una frase bíblica que dice: de la abundancia del corazón habla la boca, que Racso citaba con frecuencia. Pero cuando la abundancia del corazón es excesiva, como el día de hoy, la boca no puede hablar...

*INCORPORACION DEL ACADEMICO
DON MIGUEL ANGEL UGARTE CHAMORRO*

(Sesión Pública del 1º de diciembre de 1983)

PALABRAS DEL ACADEMICO DON AURELIO MIRO
QUESADA SOSA

En ausencia del país de nuestro Director, Don Augusto Tamayo Vargas, en mi condición del académico más antiguo de los aquí presentes, me corresponde la honra y la satisfacción de presidir este acto público en que recibimos como Miembro de Número al doctor Miguel Angel Ugarte Chamorro.

Los elogios merecidísimos a la obra del nuevo académico estarán a cargo de otro Académico de Número de vasta resonancia dentro y fuera del país, don Alberto Escobar Sambrano. Pero, de todas maneras, quiero expresar aquí, mi satisfacción intensa por contarle ya oficialmente como Académico. Y distingo esta palabra *oficialmente*, porque desde hace mucho tiempo Miguel Angel Ugarte Chamorro colabora con nosotros. Ha sido un hombre fundamental, esencialísimo, en nuestras labores lexicográficas.

Su obra tan conocida en todos los aspectos, como profesor, como investigador, como lingüista, lo vincularon a la

Academia ya desde antiguo. Y, puedo decirlo ahora, si no ha sido incorporado antes ha sido por una discreción innata, por una sencillez profunda en él. Además, prefirió postergar la fecha, porque tenía otras tareas de investigación que lo absorbían. Así, tal vez tardíamente, pero justamente por eso, con más méritos y más robustecidos en el afecto y en la investigación, saludamos al doctor Miguel Angel Ugarte Chamorro y lo invitamos a que lea su discurso de toma de posesión.

EL GESTO Y LA EXPRESION CORPORAL EN LA LENGUA Y LA LITERATURA ESPAÑOLA

Por: Miguel Angel Ugarte Chamorro

Desde sus más remotos orígenes el hombre ha gesticulado y se ha valido de la expresión corporal para satisfacer su innata necesidad de comunicación. Siempre fue así y lo seguirá siendo indefinidamente, por tratarse de una cualidad consustancial a la naturaleza humana.

Gestos (movimientos del rostro), ademanes (movimientos de manos y brazos) y actitudes (posiciones que adopta el cuerpo para significar algo) constituyen —acompañados o no de la palabra— un lenguaje de interacción que, sin duda alguna, precede al lenguaje articulado. Aquél se manifiesta a lo largo de toda nuestra existencia, desde que nacemos hasta que morimos y gracias a él —al igual que el lenguaje oral— exteriorizamos, consciente o inconscientemente, nuestros pensamientos, sentimientos, deseos y voliciones.

Para reconocer y ponderar la presencia cualitativa y cuantitativa de esta comunicación no verbal, en las múltiples escenas de la vida pública y privada, bastaría dirigir la atención a nuestros propios y diarios gestos, ademanes y actitudes y a los de nuestros semejantes; a los que se ad-

vierten en cada uno de los miembros de una familia, sea cual fuere su condición económica-social, en sus obligadas interrelaciones personales; a los que exhiben los líderes y los participantes en los mítines políticos, patrióticos o sindicales, según sean de adhesión o de rechazo; a los sacerdotes y los fieles en los actos litúrgicos; a los que muestran en las competencias deportivas, los jugadores, el árbitro, el público y los "hinchas"; a los que acostumbran, en su particular comportamiento, jefes y subordinados de los cuerpos militares; a los característicos de los actores, cantantes y bailarines; a los que distinguen a los conductores y pasajeros en los diversos medios de locomoción; a los que se observan en los programas de televisión, incluyendo la propaganda comercial y muy especialmente los dibujos animados cuya atracción y éxito estriban, justamente, en la humanización de animales y aun de objetos, adjudicándoles movimientos y gesticulaciones propios del hombre; a los empresarios y obreros en las fábricas; a los que intercambian profesores y alumnos o éstos entre sí, en los centros educativos; a los que los niños emplean en sus juegos; y a los habituales de directivos y empleados, o de jefes y sus secretarias, en las oficinas. En suma, un breve análisis de tan incuestionable realidad, nos llevará a la conclusión de que, buena parte de nuestra existencia, se desenvuelve, voluntaria o involuntariamente, a través del lenguaje gestual y corporal cuya riqueza expresiva, suele pasar inadvertida.

La comunicación no verbal se extiende a las bellas artes como la pintura, la escultura, la literatura y hasta ciertas formas de la música moderna. Su valor se amplía aún más con el teatro y la danza y alcanza hasta las artes útiles como el dibujo y la cerámica.

La gesticulación y las actitudes corpóreas del hombre constituyen un sistema de comunicación cuyo estudio no es objeto de ninguna ciencia específica pero que interesa a la psicología, la sociología, la antropología, la lingüística, la

etología y la semiología. Además, tiene vínculos estrechos con la lexicografía, la paremiología y el folklore.

Estas relaciones —fácilmente explicables considerando los fines de las mencionadas disciplinas— culminan con la semiología, genialmente intuída por Saussure y hoy constituida en la Semiótica, nueva ciencia basada en los hallazgos de Hjelmslev.

El propósito de nuestra disertación es evidenciar y destacar la presencia y la influencia de la gesticulación y de la expresión corporal en la lengua y la literatura españolas. Para ello, trataremos, sucesivamente, de la importancia que, desde los tiempos de la antigüedad clásica, se ha reconocido al lenguaje mímico; a los principales estudios que antropólogos, psicólogos, sociólogos y lingüistas han dedicado al comportamiento corporal, hasta culminar con la moderna disciplina de la *Cinésica*; de una sencilla y provisional clasificación de los gestos, que nos hemos permitido formular; del paralelismo cinésico-lingüístico y de su reflejo en la lengua a través de la lexicografía y la paremiología; de la Etología y la Proxemia cuyos efectos se han estereotipado en frases, modismos y refranes; del diferente comportamiento de hombres y mujeres desde los movimientos corporales hasta los usos idiomáticos; de la expresión gestual axiológica; y de las relaciones de esta comunicación no verbal con el folklore. Finalmente, ofreceremos algunos ejemplos representativos de los gestos y los movimientos corporales en la literatura, ejemplos extraídos de selectas composiciones de escritores españoles y peruanos.

Testimonios en la Antigüedad Clásica

Desde las antiguas civilizaciones, el hombre ha dejado la impronta de las manifestaciones gestuales y corporales comunicativas, en sus ceremonias rituales, danzas y repre-

sentaciones teatrales, en dibujos, pictografías, grabados, ceramios, esculturas y monumentos.

Las literaturas oriental y occidental recogieron permanentemente las expresiones comunicativas del cuerpo humano. Al respecto, hemos acumulado un considerable número de valiosas muestras testimoniales, espigadas todas ellas en obras clásicas de ambas culturas. De aquellas muestras, en esta ocasión daremos a conocer sólo unas pocas de las más significativas.

En el culto a Dionisos, en Grecia, los bailes, gritos, gestos y contorsiones de las bacantes originaron el nacimiento del Teatro en el que los actores, cubiertos con máscaras, daban relieve a los movimientos, frecuentemente aludidos en el diálogo.

Según Xenofonte, Sócrates había dicho al pintor Parrasio: "Un aire de grandeza y de nobleza, un aire humilde y servil, la modestia, la prudencia, la insolencia, la rusticidad, todo eso se muestra en el rostro y en el gesto, en la acción y hasta en el reposo".

En la *Iliada*, Zeus declara: "Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este signo es el más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales".

Y en la *Odisea*, leemos: "Atenea hizo una señal con las cejas, la entendió el divino Ulises y salió de la cabaña".

En cuanto a la cultura latina, recordemos que Marco Tulio Cicerón escribió: "Por las miradas, por la serenidad o arrugar de la frente, por la tristeza o alegría, por la risa, por el habla o el silencio, por el tono de voz y por otras señales semejantes, es fácil juzgar cuál de estas circunstancias es decente y cuál desdice del estado natural".

Fabio Quintiliano afirmó que por el semblante se conocía la disposición de los ánimos, y que "la voz y el ademán obedecen conjuntamente al alma, pero que el ademán, más que la palabra, explica la mayor cantidad de las cosas por-

que no solamente las manos sino también los movimientos de la cabeza, declaran nuestra voluntad... y por el semblante se conoce la disposición de los ánimos, y aun en los animales..." (Con esta observación se adelantó en siglos a Darwin y a la Etología).

También Quintiliano, luego de considerar minuciosamente los movimientos expresivos de la frente, las cejas, la boca, la cerviz, se refiere a las manos en estos términos: "Apenas puede decirse cuántos movimientos tienen pues casi exceden al número de palabras. Hablan por sí mismas. Con ellas, pedimos, prometemos, suplicamos, preguntamos, negamos, y mostramos gozo, duda, número y tiempo. Para mostrar los lugares y las personas ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres?". (Así, también, se adelantó a la deixis o campo mostrativo de Bühler).

Hitos en el estudio de los gestos y la expresión corporal

Los primeros estudios sobre el lenguaje estuvieron dedicados a descubrir sus orígenes. Posteriormente, a fines del siglo XVIII, las investigaciones se dirigieron a indagar y analizar su naturaleza. Hasta entonces, se le consideraba don divino o creación, consciente o inconsciente, de la razón y la experiencia.

Wilbur M. Urban en su obra *Origen del lenguaje* declara que con los estudios de Carlos Darwin se superaron los de Guillermo Humboldt y Jorge G. Hegel, al sentarse la teoría de que el origen y la evolución del lenguaje se rigieron por las leyes naturales lo que despertó el interés por lo interjeccional y onomatopéyico hasta derivar en la idea de hallar el origen del lenguaje en los gestos y los gritos de los animales, tesis, desde luego, hoy superada, al considerarse que el lenguaje es una actividad cultural humana y no instintiva, definición que no invalida los estudios sobre la gesticulación como actividad comunicativa.

Jac V. Ginneken en su estudio *Principios de lingüística psicológica* (1907), sostuvo que el lenguaje gestual aparece antes que el articulado y basó su teoría en los morfogramas chinos que, al igual que los jeroglíficos egipcios y aztecas, reproducen gesticulaciones y actitudes humanas.

Guillermo Wundt (1912) en su *Psicología de los pueblos* afirmó que el lenguaje oral era producto de la evolución de los movimientos expresivos del cuerpo los que constituían una especie de primitivo lenguaje gestual. (Esta gesticulación era en parte imitativa y en parte indicativa, mas, el hombre, valiéndose de las manos no sólo señala e imita sino también representa funciones biológicas que llegan más tarde a unirse inseparablemente a los movimientos sonoros).

J. Vendryes (1921) en su tratado *El lenguaje* sostuvo: "En todos los pueblos, más o menos, el gesto es la medida de la palabra; las expresiones de la cara traducen, al mismo tiempo que la voz, las emociones y los pensamientos. La mímica es un lenguaje visual tan antiguo como el lenguaje auditivo".

Cierto es que, desde 1914, decenas de importantes especialistas han venido sucediéndose en el estudio de la gesticulación humana y verdad es también que la bibliografía es muy abundante como la que Flora Davis incluye en su libro *La comunicación no verbal*, pero el estudio realmente sistemático comienza sólo en 1950 con los trabajos de H. Wallon, Ray L. Birdwhistell, G.W. Allport y F.H. Veron, E.T. Hall, E. Goffman, Paul Ekman y W.V. Friesen y varios otros, la mayoría de ellos norteamericanos.

H. Wallon observa que, en todo momento, los individuos están proporcionando apreciable cantidad de informaciones mediante gestos, posturas y, en general, expresiones mímicas sean éstas conscientes o inconscientes.

Birdwhistell aplica los métodos y aun la terminología lingüística a los fenómenos gestuales y crea la *Cinésica*

(1950) que analiza el lenguaje corporal a través de lo que él denomina *cines*, *cinemas* y *cinemorfemas*. La *cinésica* comprende, a su vez, la *precinésica* que trata de los factores fisiológicos determinantes del movimiento; la *microcinésica* que estudia las unidades del movimiento; y la *cinésica social* que contempla el aspecto cultural de los gestos.

Ekman y Friessen clasifican los gestos en cinco grupos a los que denominan: *ilustradores*, *reguladores*, *adaptadores*, *señales* y *emblemas*.

Scheflee es el autor del término "interacción", equivalente a "conversación".

Edward Hall es el creador, en 1975, de la *Proxemia* o teoría de la "territorialidad" de la que nos ocuparemos más adelante.

En América del Sur son apreciables los aportes del chileno Ambrosio Rabanales con su ensayo titulado "Somatolalia" en el que divide los movimientos psicósomáticos en *expresivos*, *comunicativos* y *activos*. El italiano Meozilio ha descrito los gestos advertidos en el Uruguay y la Argentina. Posteriormente, con la colaboración de la colombiana Silvia Mejía, publicó un sugestivo diccionario fotográfico de gestos. Aura Gómez, en Venezuela, también se ha ocupado del tema.

Sobre la comunicación gestual se han interesado muchos lingüistas como Bühler, Vossler, Bally, Saussure, Vendryes, Sapir, Bloomfield, Delacroix y Swadhesch. La contribución española se ha hecho presente, asimismo, con significativos estudios de los pensadores José Orteega y Gasset y Gregorio Marañón.

Los antecedentes expuestos permiten comprender mejor el contenido de la *Cinésica* que es el estudio del movimiento corporal, a diferencia de la *Cinética* que se ocupa del movimiento en general.

Se entiende por postura corporal comunicativa la actitud que mantiene el cuerpo y los movimientos que pueden

realizar todas y cada una de sus partes, en referencia a la postura misma, y a la dirección, velocidad y fuerza de los movimientos.

El hombre se expresa utilizando medios portadores de significación, y si es cierto que puede comunicarse con simples o complejos movimientos del cuerpo o de sus partes, utiliza general y preferentemente la palabra. Mas, en este caso del general uso del habla, el hombre emplea también una serie de elementos concomitantes que son gestos y movimientos que refuerzan o colorean la palabra, precisándola con mayor eficacia. Tales gestos y movimientos no son caprichosos sino están dirigidos a las personas receptoras para su interpretación de acuerdo con un determinado código consabido e inteligible que, por su carácter diverso y convencional, es comparable al lenguaje oral.

La difundida idea de que cada movimiento tiene un significado en sí mismo, fue desechada por Birdwhistell cuando sostuvo que aquélla falseaba la realidad por cuanto la situación y la oposición convencional con otros movimientos son los que aportan el significado. El antropólogo Norman McQuown confirmó dicho concepto al juzgar que el significado era la correlación de unas formas con otras y no las formas mismas.

Me permito proponer una primera clasificación de los gestos y movimientos comunicativos en universales, socio-culturales y particulares o de grupo.

Los movimientos corporales expresivos tienen un evidente carácter universal. Sin embargo, al igual que las lenguas, las diferentes culturas suelen diversificarlos. Resulta también fácilmente comprobable que algunas colectividades se caracterizan por usar en mayor número y con más intensidad, gestos, ademanes y actitudes. Así, los italianos los usan más que los españoles y éstos más que los ingleses. Existen, igualmente, los gestos o signos eso-

téricos sólo inteligibles entre los componentes de grupos determinados, como los francmasones y los monjes trapenses.

Suele ocurrir, asimismo, que ciertos movimientos expresivos de una sociedad, significan algo diferente y aun contrario, en otra. Entre nosotros, por ejemplo, el ademán de agitar la mano en alto con la palma hacia adentro, es signo de despedida, mientras que en Norteamérica es interpretado como señal de llamada.

Si la expresión corporal tiene valor propio o refuerza eficazmente la expresión verbal, su exagerado uso es índice revelador de situaciones especiales. En una sociedad como la nuestra, su mayor empleo, en el plano *diatrático*, corresponde al habla coloquial y familiar y, en grado aún más acentuado, a la gente de bajo nivel social. Los niños, por su incipiente capacidad lingüística, apelan permanentemente al lenguaje mímico. Las mujeres, a su vez, son más expresivas en gestos que los varones.

En esta somera exposición, podemos hacer una segunda clasificación de los movimientos expresivos en *inconscientes conscientes* y *convencionales*. Si estos dos últimos son marcadamente significativos, también podemos encontrar sentido en la mayoría de los movimientos inconscientes, sentido que intuye e interpreta el receptor por su experiencia socio-cultural; así, el bostezo, según las circunstancias puede expresar aburrimiento, sueño, nerviosidad o cansancio.

Los gestos y la lexicografía

Aproximándonos al conocimiento del paralelismo cinésico-lingüístico, advertimos una importante inter-relación entre los gestos y las expresiones lingüísticas que, estudiadas por la lexicografía, van desde el modismo hasta el campo de la paremiología o tratado de los refranes.

La lengua castellana, en su inmenso caudal de términos, contenidos o no en los diccionarios, dispone no sólo de

numerosos sustantivos, adjetivos y verbos correspondientes a las expresiones corporales, sino también de formas pluri-verbales, estereotipadas en frases, locuciones, dichos y refranes referidos a gestos, ademanes y actitudes, formas que ha creado y continúa creando el pueblo con su inagotable vitalidad lingüística a la que se suma el talento creador de los escritores.

Relevando la importancia que la gesticulación tiene en el léxico castellano, hemos reunido hasta ciento veinte términos sustantivos que sirven para denotar gestos y movimientos expresivos. Citaremos algunos de los menos conocidos: *alcocarra, carantoña, coco, comorte, coquito, desgairre, esquinca, desguince, esbronce, esparajismo, fyanca, figurería, fisga, garambaina, jeribeque, marro, mimesis, mohina, momería, neuma, olisco, parajismo, pasmarota, pitorreo, plañimiento, plauso, regaño, regate, repelo, repullo, ronco, zalama, zalema y zalamelé.*

Hemos recogido sistemáticamente las frases y modismos que, con sentido real o figurado, dispone la lengua castellana para indicar los diferentes movimientos expresivos de la cabeza, la frente, las cejas, los párpados, los ojos, la nariz, la boca, los labios, la lengua y demás partes del cuerpo, incluyendo los pies. Mencionaremos algunos cuantos: *agachar la cabeza, levantar cabeza, arrugar la frente, con la frente en alto, con la boca abierta, fruncir la boca, sacar la lengua, arrugar la nariz, estirar el cuello, con los brazos abiertos, cruzarse de brazos, cara a cara, en la cara se le conoce, hacer caritas, encogerse de hombros, señalar con el dedo, tirar dedo, nombrar a dedo, meter los dedos en la boca, sacar pecho, mover las caderas, cruzar las piernas, arrastrar los pies.*

De estas locuciones, en series correspondientes a cada una de las partes expresivas del cuerpo, hemos reunido algunos millares que, tal vez algún día, alcancen su publicación.

Hay modalidades diversas en el uso de estas expresiones: "Estrechar la mano", por ejemplo, describe una actitud compuesta de movimientos del brazo y de la mano, ejemplo en el que se advierte una expresión verbal y otra cinésica que se corresponden.

En este paralelismo, resulta fácilmente explicable que movimientos compuestos (sintaxis del movimiento) exijan frases o modismos en relaciones que tienen variedad de formas. A veces, la emisión de la frase o modismo se acompaña del movimiento expresado como cuando se dice: "Lo miró de pies a cabeza" y simultáneamente se ejecutan los movimientos de la cabeza y la mirada siguiendo el mismo curso. Otras veces, el movimiento complementa la forma lingüística como en la frase "Juan es así..." y, en acto simultáneo o continuo, se muestra el puño cerrado significando *tacaño*, *mezquino* o "amarrete" para emplear un peruanismo. Mas, si se mostrase la mano abierta, ello significaría, precisamente lo contrario: *generoso* o *desprendido*. Hay otros movimientos que reemplazan en ventaja a las palabras, como llevarse el dedo índice a los labios para imponer o recomendar silencio; o cubrirse las orejas con las manos para no oír o rechazar lo que alguien dice o se dispone a decir.

Casos hay en los que la repetición de términos (anáfora) va paralela a movimientos también repetidos, como *dale y dale* o *dale que dale* que se acompañan con golpes de mano. Hay, por último, otras modalidades en las que el movimiento antecede a la expresión o viceversa. Tal es el caso de: *es cabeza dura*, dicho golpeando cualquier superficie con el nudillo del dedo medio de la mano.

De una nutrida colección que tenemos elaborada, mencionaremos ejemplos de refranes relacionados con el movimiento corporal: "en boca cerrada no entra mosca", "de quien pone los ojos en el suelo, no fies tu dinero", "juego de manos es de villanos", "muchas manos en un plato,

causan arrebatos”, “no hay mujer con seso, delante del espejo”, “a espaldas vueltas, memorias muertas” y “canas y dientes son accidentes, arrugas y arrastrapiés, eso es vejez”.

La etología

Desde la antigüedad, el comportamiento humano fue comparado con el de algunos animales, existiendo historietas, cuentos y expresiones que lo confirman. La poesía épico-burlesca y las fábulas ofrecen buenos ejemplos. Mas, esas relaciones, sólo comenzaron a estudiarse científicamente a partir de Darwin, cuando escribió *Las emociones en el hombre y en los animales*. Posteriormente, algunos estudiosos trataron el tema dando lugar a la *Etología* que se puede definir como el estudio comparado de la conducta y las costumbres de los animales. En la actualidad se estudian las analogías entre la conducta de unos y otros. Desmond Morris en su obra *El mono desnudo*, en la que aplica a los seres humanos los métodos y las técnicas de la etología animal, declara: “el orgulloso hombre que se autodenominó *homo sapiens* sigue siendo un mono desnudo que al adquirir nuevos y elevados móviles, no perdió ninguno de los más vivos y prosaicos”.

Las analogías existentes entre el hombre y los animales han originado expresiones utilizadas en la lengua hablada y en la literatura, expresiones que, regularmente, van acompañadas de gestos, movimientos y actitudes apropiados.

Los ejemplos abundan. Desde las frases comunes “*ser un burro*”, “*una mula*”, “*una hiena*”, “*comer como un pajarito*”. “*dormir como un lirón*”, “*andar como una tortuga*”, hasta locuciones y refranes como: “*ser pata de perro*”, “*sacar las uñas*”, “*enseñar los dientes*”; “*perro que ladra no muerde*”, “*gallo viejo con el ala mata*”; “*estar como perro y gato*”, “*mueve la cola el can, no por ti sino por el pan*”, etc.

La proxemia

Los hombres y los animales, aparte de la personalidad en unos y características en los otros, tienen un comportamiento que es modelado por el entorno social y por el espacio que se conoce con el nombre de "territorialidad". Tal comportamiento expresado en actitudes significativas ha sido estudiado por Edward Hall quien ha ideado una nueva ciencia: la *Proxemia*.

Animales como el perro marcan y delimitan su territorialidad mediante micciones, y se mantienen pasivos o se tornan agresivos según otros animales o el hombre, respeten o violen su territorio. ¿En la tauromaquia, no se oye hablar de "*los terrenos del toro*"?

Los niños son muy celosos de su espacio circundante y riñen o agreden con frecuencia a quien invade su campo de acción.

Los adultos circunscriben su ámbito territorial de acuerdo a convenciones sociales y guardan distancias entre sí para trabajar, conversar, tomar asiento, saludarse, bailar y, en general, en las diversas circunstancias de la vida social.

En la proxemia, las distancias tienen mucha importancia y se miden según patrones que marcan las diversas sociedades. Así, los sajones guardan mayor distancia para conversar, que los latinos. Quienes manejan automóvil, sienten ampliados sus límites corporales a las medidas del vehículo, circunstancia que determina el aumento de la territorialidad personal que debe respetarse y guardarse para evitar accidentes.

El acatamiento o la transgresión de las leyes —llamémoslas así— de la proxemia, da lugar a frases o refranes como las siguientes: "*distancia y categoría*", "*guardar las distancias*", "*de lejos se ven los toros*", "*los mirones son de palo*", "*pisar los talones*", "*cada gallo canta en su corral*", "*ni tan cerca que se queme, ni tan lejos que se hiele*",

“parientes y trastos viejos, lejos, muy lejos”, “más valen cien comilonas que un mirón”, “quien fue a Sevilla perdió su silla” que se complementa con “...y quien regresó, de las orejas lo sacó” o “...y quien fue prudente, se sentó al frente”; “juntos pero no revueltos”; “entre santa y santo, pared de calicanto”; “el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla”, y muchos más.

El comportamiento corporal en hombres y mujeres

La sociología de la lengua estudia los factores de orden social en los que se fundamentan las diferencias entre el habla de hombres y mujeres, de superiores y subordinados y de adultos y niños.

Sin restar importancia a las otras, son las diferencias según el sexo —especie de *diglosia* o dos lenguas— las que en esta oportunidad vamos a considerar.

Tales diferencias —susceptibles de ser determinadas mediante patrones específicos— son más ostensibles cuando, en reuniones de cualquier índole, hombres y mujeres se separan, con temas conversacionales diversos.

En la generalidad de los casos, hombres y mujeres se comportan y mueven de maneras distintas, constituyendo oposiciones cinésicas.

Birdwhistell, creador de la ciencia cinésica, afirma que los movimientos corporales masculinos y femeninos se diferencian más que por causas biológicas, por la cultura que se adquiere desde la infancia. Pero, sea cual fuere la razón, el hecho es que hay comportamientos característicos y propios de cada sexo. Múltiples son los ejemplos.

Mientras las mujeres se arreglan el cabello constantemente y con ligeros toques de los dedos, los hombres sólo lo alisan en escasas circunstancias. Los hombres corren llevando las piernas de adelante hacia atrás y viceversa, alternadamente y siguiendo planos verticales paralelos, en

tanto que las mujeres, en la carrera, al llevar alternadamente las piernas hacia atrás, las levantan volviendo los pies hacia los lados exteriores, como un aleteo simple. Los hombres, al sentarse, generalmente cruzan las piernas más que las mujeres. Estas, en cambio, acostumbran sentarse con las piernas juntas, derechas o inclinadas a uno u otro lado. Los niños pelean dándose de trompadas. Las niñas, a su vez, se dan palmadas, se arañan o se cogen de los cabellos.

Salvo excepciones, los hombres encienden los fósforos de afuera hacia adentro, y las mujeres, de adentro hacia afuera. Los hombres muestran las manos por las palmas, y las mujeres por el dorso. Los varones recogen un objeto del suelo doblando el cuerpo con las piernas separadas y algo dobladas, a diferencia de las mujeres que, casi siempre, colocan el pie izquierdo hacia atrás y doblan las piernas ladeándolas a la derecha o a la izquierda, para recoger el objeto.

Si a una dama sentada se le arroja un objeto sobre el regazo, separará las piernas para recibirlo con las manos. El hombre, puesto en el mismo caso, juntará las piernas.

Para llamar a alguien que está distante, el hombre suele hacerlo con silbidos, la mujer casi nunca los usa en situación semejante. La mujer canturrea las canciones de su agrado, el hombre prefiere silbarlas, aun en la calle.

La demostración objetiva de estas diferentes características, puede dar motivo a divertidos pasatiempos y juegos de salón, en los que las actitudes y movimientos son manifiestos.

Carlos Jhonson sostiene que el cuerpo femenino es múltiple y que continuamente emite señales positivas o negativas. Si la mujer está enamorada habla con su cuerpo y hasta monologa a fin de atraer al hombre favorecido. Si, por el contrario, rechaza a quien la enamora o le es indiferente, envía mensajes negativos que van desde el silencio hasta los gestos y los movimientos corporales. Añadamos

a estos conceptos que, en situación amorosa, el cuerpo del hombre también es expresivo aunque en menor grado y que lo hace, principalmente, a través de la mirada insistente.

Esta manera diferente de actuar de hombres y mujeres se refleja, naturalmente, en las diversas manifestaciones de la lengua y la literatura.

De las mujeres se dice, por ejemplo: *"con la cara al óleo y la barriga al temple"*, *"es una marisabidilla"*, *"habla hasta por los codos"*, *"hace morisquetas"*, *"está llena de dengues"*, *"es toda melindres"*, *"hace ojitos"*, *"rabadilla sin socieego"*, *"es una perica"*, *"habla como una placera"*, *"enseña las piernas"*, *"hace arrumacos"*, *"hace caritas"*, *"es una hormiguita"*, *"Magdalena ya no está para tafetanes"*. Con ese carácter, hay también dichos y refranes como: *"en el andar y el beber se conoce a la mujer"*, *"en cielo de sierra, cojera de perro y llanto de mujer, no hay que creer"*, etc.

Y de los hombres, en contraposición, se dice: *"es un viejo verde"*, *"es un pico de oro"*, *"es un don Juan"*, *"es un Otelo"*, *"es un matón"*, *"es un perdonavidas"*, *"habla como un carretero"*, *"echa ajos y cebollas"*, *"es un sabelotodo"*, *"es un pájaro de alto vuelo"*, *"es un Juan Lanas"*, *"está como una uva"*, *"es un jarro"*, *"es un picaflor"*; y dichos y sentencias como: *"Pedro ya está viejo para cabrero"*, y *"en la mesa y en el juego se conoce al caballero"*.

La expresión gestual axiológica

Al igual que la palabra, la gesticulación puede expresar conceptos de puro conocimiento y los valorativos o axiológicos.

Los movimientos de cabeza afirman, niegan y denotan duda, conocimiento o ignorancia. Gestos y movimientos sirven también para manifestar la exclamación, la reticencia, el pleonismo, el eufemismo y el disfemismo. Hay gestos meliorativos, peyorativos, ponderativos, aumentativos y di-

minutivos y los hay, igualmente, para manifestar el humorismo, la ironía y el sarcasmo. Por lo general, estos gestos acompañan a las correspondientes expresiones verbales.

Finalmente, si los tropos cumplen función normal en el lenguaje, también los hallamos en la comunicación gesticular, y tanto, que muchos gestos son metáforas en sí, en cuanto son el resultado de comparaciones espontáneas de la mente humana, como, por ejemplo, golpear repetidamente los dedos de una mano sobre la palma de la otra para significar el pago al contado que, en la lengua oral y popular, se expresa con las voces onomatopéyicas “chin-chin” o “chanchan”; frotar reiteradamente las yemas de los dedos pulgar e índice —como quien cuenta papel moneda— significa dinero; y levantar los dedos meñique e índice mientras quedan doblados el medio y el anular, alude a los “cuernos”.

Las locuciones verbales valorativas van siempre acompañadas de gestos o ademanes que refuerzan la valoración. Ejemplos son: “*bocato di cardenale*”, “*de chuparse los dedos*”, “*de rompe y raja*”, “*es una minucia*”, “*no vale la pena*”, “*es cosa de nada*”, “*es poquita cosa*”, “*no vale un pito*”, “*le salen los ojos de las órbitas*”, “*quedarse frío*”, “*quedarse con la boca abierta*”, “*no es cosa del otro mundo*”, “*está de rechupete*”, “*está mal de la cabeza*”, “*viene con la misma tonada*”, etc.

Los gestos y el folklore

El folklore —conjunto de tradiciones, creencias y costumbres de las clases populares— inicialmente circunscribió sus investigaciones a la literatura popular. Posteriormente, las amplió a todo lo que se trasmite por tradición oral, a lo que se aprende fuera de la escuela, en el juego de la vida. Y reconociendo que la ciencia folklórica tiene sus fuentes en la sabiduría del pueblo, resulta fácil com-

prender la frecuente presencia de expresiones gesticulares, entre sus ricos materiales. Daremos algunos ejemplos.

De Coplas:

“Cuando dos quieren a una
y los dos están presentes,
el uno cierra los ojos
y el otro aprieta los dientes”.

“¿Sabes lo que consigues
con tus meneos?
que te miren los hombres
con menosprecio”.

De juegos de niños: En general, todo juego infantil está matizado de gestos y movimientos expresivos. Baste señalar que Rodrigo Caro, en 1625 y en su obra *Días geniales y lúdicos*, dedicó capítulos especiales a: *Otras burlas; señalando con las manos y otras partes del cuerpo... sacar la lengua, torcer la nariz, y asombro de los muchachos con palabras y acciones del rostro.*

Son corrientes las locuciones *entrar con el pie derecho* o *entrar con el pie izquierdo*. A propósito, el filólogo español Manuel Alvar, nos informó que desde la antigüedad se consideraba de mal agüero que los soldados iniciaran la marcha con el pie izquierdo. Para romper esta superstición, los jefes obligaron a sus soldados a principiar la partida, siempre, con el pie izquierdo.

Hay la creencia que si una criatura mantiene empuñadas las manos, será tacaña, y si las tuviera abiertas, será generosa; que tocar la espalda a un jorobado trae suerte; que el hipo se cura con un susto; y que “ojejar”, causa en los niños el llamado “mal de ojo”, etc.

En cuanto a los *apodos*, muchos de ellos se inspiran en las características físicas y el comportamiento de los

apodados. El pueblo es sumamente ingenioso para crearlos y adjudicarlos con admirable certeza. Ejemplos son: "Pisablandito", "Pisahuevos", "Llanta Baja", "Brazo loco", "Lágrima de Burro", "Ataja Pollo", "Zapato de techo", "Chasis de Golondrina", "Tarzán de Maceta", "Inspector de Cornizas", "Besos Brujos".

Gestos y movimientos corporales de la literatura española y peruana

En todo tiempo y lugar, las creaciones literarias, en prosa y en verso, han tenido copiosas referencias a expresiones faciales, corporales y movimientos comunicativos.

De un extenso muestrario que hemos extraído de selectas composiciones españolas y peruanas, antiguas y modernas, expondremos unos cuantos ejemplos de los más significativos.

De un antiguo romance anónimo:

"Porque es tan fuerte el amor
y son sus efectos tales,
que lo publican los ojos
aunque la lengua los calle".

Del Arcipreste de Hita:

"Por todo el mundo anda su sarna e su tinna,
do el dinero juzga, allí el ojo guinna".

De Fray Luis de León:

"que bien podrá su acento
abrazar las orejas,
rugar la frente y enarcar las cejas".

De *Mateo Alemán*:

“Estiréme el cuello, comencé a jinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto se desvanecía, que de mis visajes y meneos, todos tenían que notar. . .”.

De *Francisco de Quevedo*:

“Ninguna mujer que tuviere buenos ojos y buenas manos, puede ser hermosa ni dejar de ser fantasma porque en preciándose de ojos, tanto los duerme, y los arrulla, y los mece, y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir”.

De *Miguel de Cervantes*:

“Paróse Sancho a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; una veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, dijo. . .”.

De *Calderón de la Barca*:

“Inés: nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan a la voz su oficio”.

Ya en nuestro siglo, los escritores y en obras diversas de su ingenio, escriben

Ázorín:

“Un torbellino rápido y violento de gentes que gesticulan, manotean, gritan, corren”.

Ramón del Valle Inclán:

“Le hablaré por señas como a una novia”.

Miguel de Unamuno:

“Para un sordo debemos aparecer como locos los que hablamos y gesticulamos y nos oímos”.

Ramón Pérez de Ayala:

“Aplonar hizo un racimo de los dedos, se besó las yemas, sorbió el aire, puso en blanco los ojos y alentó con voz desvaída: ¡Azúcar!”.

José Ortega y Gasset:

“... hacen las figuras gestos que, al pronto no entendemos, gestos en que se expresan acciones ejemplares y sentimientos esenciales... Los gestos, decía yo, son reacciones a lo que se ve y se oye”.

* * *

Las siguientes son muestras, dispuestas cronológicamente, de gestos y movimientos corporales, presentes en la literatura peruana.

Del Inca Garcilaso de la Vega:

“A los primeros vasos (de brebaje) mojaban la punta del dedo de en medio, y, mirando al cielo con acatamiento, despedían del dedo (como quien da papiroles) la gota del brebaje que en él les había pegado, ofreciéndola al Sol... y con la boca daban dos o tres besos al aire, en señal de adoración”.

De *Juan de Caviedes*:

“Si quieres ser dama
anda tú menudito, muy a prisa
.....
usarás al andar muchas corvetas,
meneos y gambetas...”.

De *Esteban de Terralla y Landa*:

“Aquellas que a media noche
se ensayan de movimientos
de pies, modos de andar,
de paseos y meneos”.

De *Flora Tristán*:

Tienen (las limeñas) facilidad de expresión y sus gestos son tan expresivos como sus palabras... sus ademanes son encantadores como su andar...”.

De *Ricardo Palma*:

“Empezaron por medirse de arriba abajo y esgrimir los ojos como si fuesen puñales buídos. Luego, a guisa de guerrillas, cambiaron toses y sonrisas despreciativas...”.

De *José Santos Chocano*:

“El joven indio abre los ojos
llanos de trágica humedad;
y, con gesto displicente
que no se puede penetrar...”

De *José María Eguren*:

“los corvados, los bisiestos
dan sus gestos, sus gestos, sus gestos”.

De *César Vallejo*:

“Y el hombre, Pobre ¡Pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos lama una pamada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza como charco de culpa, en la mirada”.

De *Ciro Alegría*:

“Mira sesgadamente, pasea los ojos por el suelo, baja
la frente... Este indio no es santo, dice el patrón... ahí
está la cara”.

De *José María Arguedas*:

“... y entonces movía los brazos con rabia, como si
se sacara las palabras con la mano”.

De *Julio Ramón Ribeyro*:

“Doña Romelia fruncía el seño y su cara se iba retor-
ciendo como si hubiera metido dentro de la boca un limón
ácido”.

De *Alfredo Bryce*:

“... hay que gestualizar también el cuerpo, el cuerpo
tiene que encontrar su expresión, su lenguaje... Sí, sí,
empecé a gesticular, rodeado de estos muchachos puro ges-
to... viva el gesto, viva el ademán, viva el cuerpo...”.

Mario Vargas Llosa constituye caso singular.

Después de haber examinado considerable número de obras de los más acreditados escritores españoles y peruanos, juzgo que este brillante autor, universalmente consagrado y miembro de número de la Academia Peruana de la Lengua, es, a la par de don Francisco de Quevedo, uno de los que mejor tratan y utilizan las gesticulaciones y el comportamiento corporal comunicativo, recurso que ha sido y es empleado, en mayor o menor grado, por todos los escritores, pero que en las creaciones de Vargas Llosa alcanzan insólita destreza en su logrado propósito de "reflejar la realidad a través de otra realidad", la gestual, como acertadamente lo ha destacado José Miguel Oviedo, en el prólogo de "*Los Cachorros*".

En las primeras páginas de "*Pantaleón y las visitadoras*", por ejemplo, Vargas Llosa emplea profusas expresiones relativas a la gesticulación y a la conducta corporal tales como: *estrecha una mano, palmea un hombro, hace ojitos, sella los labios con un dedo, toma aliento, parpadea y tose, hunde vientre, saca pecho, chasquea la lengua, forma una argolla con el pulgar y el índice, gesticula, hace pucheros* y muchas otras que, sumadas a las contenidas en sus demás obras, se contarían por varios millares, dignas de figurar en una deseable antología del gesto corporal en la producción literaria de Vargas Llosa.

Además, advertimos en *Los Cachorros* un recurso estilístico sui-géneris que consiste en la enumeración de términos relativos a diferentes partes expresivas del cuerpo y a diversas actitudes que, a modo de pinceladas o rasgos nítidos, se van intercalando, por series, en un animado relato que da la sensación de haber sido puesto en dinámica marcha a través de un lente fílmico, para desarrollar el movimiento, en este caso, gestual y comunicativo. A este recurso lo llamaríamos de "técnica cinematográfica".

Exponemos el siguiente ejemplo —conformado por un conjunto de expresiones rápidas y sucesivas— de la técnica creada por Vargas Llosa:

“... y ella disforzada... y le metía por los ojos sus manitas blancas... sus deditos gorditos... y sus uñas largas... pintadas de color natural... Alegrándose, manitas, ojos, pestañas... boquita ¡uy, qué lindo... ojitos... y ella ay, ay, ay, palmoteando, manitas, dientes, zapatitos... deditos, uñas, vocesita... un rulito, el cuello, las orejitas... ¡ay, ay, ay, zapateando, puñitos, ojazos... cinturita y tetitas... y ella aj, aj, arruguitas, frentecita... un hoyito en los cachetes, pestañitas, cejas... hombritos... codos, rodillas... la punta del dedito, el pie, un taconcito blanco... ojos, carcajadita”.

* * *

Creemos haber cumplido nuestro propósito de relevar la importancia de la gesticulación, facultad que, inherente a la condición del hombre, éste, como ente social, la ejerce con fines comunicativos. Concomitante al lenguaje articulado, la gesticulación forma con él un subsistema paralelo casi indesligable pues no hay persona que al hablar deje de poner en actividad, alguna o varias de las partes expresivas de su cuerpo.

La lengua, como entidad real que acumula permanentemente la actividad de los hablantes, es como un inmenso depósito de variadas estructuras que pone al servicio de la comunidad. En esta tarea, la lengua estereotipa gestos, locuciones y refranes en series abiertas que van enriqueciéndose con el aporte del habla popular y el talento creador del escritor, vertientes que, con diferentes modalidades, influyen en la mayor eficacia de la comunicación y aun en la perfección de sus mensajes y el logro de sus ideales estéticos.

El escritor, intermediario entre la lengua y la literatura, y atento observador de la compleja realidad humana, en su intento de traducirla e interpretarla, selecciona entre las estructuras de su lengua y ensaya nuevas formas, conducido por la intuición, motor de las creaciones humanas.

Asimismo, el escritor consciente de la riqueza expresiva corporal a través de sus diversas manifestaciones, se esfuerza por trasladarla a su tarea, a su obra y a su personal mensaje intelectual. Y para cumplir su cometido, goza de plena libertad en la elección de las fórmulas de tratamiento del lenguaje gestual, fórmulas que podrían sistematizarse en el siguiente ensayo de clasificación provisional:

- a) Simple exposición del gesto: "Doña Romelia fruncía el ceño" (Ribeyro).
- b) utilización de sucesivos gestos sinónimos: "harás al andar muchas corvetas, meneos y gambetas" (Caviedes).
- c) calificación de gestos: "con un gesto displicente" (Chocano).
- ch) descripción de gestos: "De repente Miguel de Santiago, con los ojos fuera de las órbitas" (Palma).
- d) enunciación del gesto con refuerzo de una comparación: "Se llevó las manos al pecho como si intentara sofocar los latidos de su corazón" (Palma).
- e) empleo de metáforas: "pero endulzaba el gesto" (González Prada).
- f) uso de enumeración: "porque en preciándose de ojos, tanto los duerme y los arrulla, y los mece y los flecha" (Quevedo).
- g) enumeración caótica: "palmoteando, manitas, dientes, zapatitos" (Vargas Llosa).
- h) especulación sobre la naturaleza del gesto: "los gestos, decía yo, son reacciones a lo que se ve y se oye" (Ortega y Gasset).
- i) encarecimiento de la utilidad gestual: "las manos ha-

blan por sí mismas. Con ellas pedimos, prometemos, suplicamos, preguntamos, negamos" (Quintiliano).

- j) utilización de la figura de repetición: "gestos, gestos, gestos" (Eguren).
- k) creación de nuevas técnicas: "boquita, ay, qué lindo... ojitos..." (Vargas Llosa).

* * *

Descamos exponer, finalmente, un ejemplo que, en algún modo, sintetiza el contenido esencial de nuestro discurso.

Se trata del romance *La doncella guerrera*, muy popular en el siglo XVI y recogida por Ramón Menéndez Pidal en *Flor nueva de romances viejos*.

El sencillo argumento de este romance —cuyos elementos folklóricos superviven hasta hoy en España y América en forma de juegos y entretenimientos— es el siguiente: una doncella ofrece a su padre ir a la guerra por no tener hermano varón. Después de dos años de lucha, su compañero de armas, el hijo del rey de Aragón, se enamora de los ojos de don Martín (nombre adoptado por la doncella) y, angustiado, transmite a su madre sus dudas acerca del sexo de su amigo. Para salir de la incertidumbre, la madre aconseja:

"Hijo, arrójale al regazo
tus anillos al jugar;
si don Martín es varón,
las rodillas juntará,
pero si las separase,
por mujer se mostrará".

Es, por lo expuesto, uno de los innumerables testimonios de inter-relación o trasiego cultural en el que la vitalidad de la expresión popular —en este caso, con claros signos folklóricos relativos al comportamiento corporal— culminan en floración literaria.

La sabiduría popular nutre la lengua, y el escritor, a su vez, se nutre de la lengua y de la propia y ajena experiencia vital, para devolver al pueblo un material renovado y estético. Todo ello, en un gran círculo —permítasenos llamarlo *círculo virtuoso*— que se va repitiendo y superponiendo en los entresijos de las sociedades humanas, ávidas, siempre de comunicación.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON ALBERTO ESCOBAR ZAMBRANO

Pronunciar las palabras que la costumbre académica impone en la fecha de la incorporación oficial de sus nuevos miembros, me complace y me halaga. Sentimiento doble e intenso, debido a la buena amistad que me une a Miguel Angel Ugarte Chamorro desde la Casona del Parque Universitario y de las jornadas en que, pared de por medio, compartíamos la docencia en el Departamento de Filología y Lingüística de la Ciudad Universitaria de San Marcos. Al trato frecuente, la conversación y el intercambio de experiencias sobre los temas que nos ocupaban nutrieron la relación intelectual que se extendió a los ámbitos familiares y cuya actitud solidaria nos ayudó a remontar instantes de desesperanza. Por tanto, es con alegría que digo estas palabras de saludo al nuevo académico que hoy día se incorpora a nuestra Corporación. Me halaga imaginar que interpreto el júbilo que hubiera invadido a don José Jiménez Borja, nuestro querido don José, quien en otras circunstancias estaría respondiendo al discurso de su antiguo y devoto colaborador del Seminario de Lenguaje Peruano en la sede de Padre Jerónimo y de las antiguas reuniones de la Comisión de Lexicografía de la Academia Peruana de la Lengua. Por eso, poseído del espíritu que preside a este

tipo de ceremonias procedo a responder a su excelente discurso.

Miguel Angel Ugarte Chamorro nació en Arequipa en 1910 y cursó estudios en el conocido plantel de la Independencia Americana y en la Universidad de San Agustín en la cual siguió las carreras de Historia, Filosofía y Letras, y de Derecho, doctorándose en la primera en 1934 y obteniendo el bachillerato en la segunda en 1941; además, en 1944 se tituló de Profesor de Segunda Enseñanza. La vida profesional de Ugarte Chamorro está consagrada a la docencia; inicialmente (de 1933 a 1947) en la Cátedra de Metodología de la enseñanza del Castellano y de la Literatura de su ciudad natal; a partir de su traslado a Lima, como Director de Grandes Unidades Escolares (Melitón Carvajal y Ricardo Bentín) y en la Facultad de Letras de San Marcos donde prosiguió y culminó su labor docente en las Cátedras de Castellano, que compartía con Jiménez Borja, Fonética y Lexicografía Peruana, habiendo sido designado Secretario del Seminario de Lenguaje Peruano y más de una vez Director del Departamento de Lingüística de esa Universidad.

El Ministerio de Educación le confirió a Ugarte Chamorro las Palmas Magisteriales en el grado de Comendador, en 1964. Ugarte ha realizado una serie de viajes de perfeccionamiento, de los cuales quiero subrayar aquél que hizo a Montevideo para asistir al Instituto Internacional del PILEI, ocasión en la que conoció y fue alumno de Norman McQuown, relación que sella de manera rotunda su interés por el lenguaje gestual, tópico que ha sido el tema de su discurso esta noche.

Los varios viajes a Madrid le han permitido a Ugarte un renovado refresco de conocimientos y cotejar sus trabajos en proceso, así como cultivar vínculos personales y profesionales con Manuel Alvar, al mismo tiempo que seguir de cerca el desenvolvimiento de las disciplinas que se interesan en la lengua española, su estudio y enseñanza.

Habiendo cumplido 32 años de servicios a la Universidad Peruana, Ugarte se jubiló de ésta en 1974 y recibió el grado de Profesor Emérito de San Marcos. De 1978 a 1980 lo vemos infatigable, de Profesor Visitante en la Universidad de Pekín y ahora lo encontramos formalizando su ingreso a la Academia para la que fue elegido en 1980, durante su estada en Asia.

La obra escrita de Miguel Angel Ugarte Chamorro revela la dominante huella de su actividad educativa en el campo del castellano y un foco central que, siguiendo a Bustamante y Rivero, tenía que ser la nostalgia de la tierra ca pobre, luminosa e inolvidable. Fue la memoria universitaria de fin de carrera, en 1934, la base para su primera publicación: *Arequipeñismos*, editada en 1942. Cuando se presentó la tesis en San Agustín, motivó un animado y fecundo debate, en el cual participaron Eleazar Bustamante, Francisco Mostajo, Pedro Benvenuto Murrieta y el propio Miguel Angel Ugarte Chamorro. Tan ilustrativo intercambio de actitudes y conocimientos, está documentado en las páginas de los diarios Noticias y El Deber de Arequipa en 1934.

Creo que hay más de una semejanza entre Benvenuto y Ugarte Chamorro, y que en todo caso, por ello se justifica el cotejo y la inclusión de los dos dentro de un grupo nacional que responde a los intereses lingüísticos de la época; tanto Benvenuto Murrieta como Miguel Angel Ugarte compartieron, uno en Lima y el otro en la ciudad de Melgar, una urgencia parecida. Es justo decir que los aproxima su inquisición acerca del habla regional y provincial, en las que ambos buscan el rango singular dentro del horizonte amplio del castellano de ambos mundos; y que ambos se iniciaron en el inventario de la lengua castellana en el Perú y, además, se ligaron a las enseñanzas del mismo maestro. Continuando con la lista de las publicaciones de Ugarte Chamorro, el *Resumen de Gramática Castellana* alcanzó su

cuarta edición en 1943; *El Diccionario Ortográfico y Guía Práctica del Idioma*, apareció en 1945; y *Juegos, Canciones, y otros entretenimientos de los Niños*, que circuló en 1947, manifiestan todos ellos el mismo impulso por difundir conocimientos y apelar a la atención de lectores urgidos de las guías prácticas o de los consejos para orientar su comportamiento a través de la lengua y de las formas orales de la literatura popular. De modo que la constante brota del impulso por conocer la realidad circundante; y a ese trabajo Ugarte se dedicó desde el salón de clases, tanto como estudiante, tanto como profesor, y así llegó a la forma coloquial de la lengua y de la literatura oral, al folklore, a las locuciones, a las oraciones fijas, al papel de la lengua en la interacción personal e histórica.

La segunda línea de las preferencias de Ugarte fluye con sus ensayos más conocidos y recientes, durante su estada en San Marcos: "En torno a la oficialización del castellano en el Perú" publicado por la primera vez en *Sphinx* N° 14, en 1961 y merecedor del premio de Cultura Española concedido el mismo año, trabajo que aborda el contexto social e histórico en el siglo XVI en 'os inicios de la sociedad colonial y criolla; las mismas notas prevalecen en "Las descripciones Geográficas de Indias y un Primer Diccionario de Americanismos", estudio publicado en *Letras* Nos. 76-77 en 1967, en el cual además del recuento de la fuente histórica, desde la perspectiva que asumo, destaca el realce que concede Ugarte al sistema para la recopilación del corpus. Otros trabajos son fruto de investigaciones no cerradas aún, como la dedicada a las locuciones en la prosa narrativa de Vargas Llosa, o la que ha servido para el discurso de esta noche, lo cual muestra que el tiempo no ha pasado en vano y que las evocaciones que ya en Montevideo rondaban a Ugarte, se ordenasen dentro de un marco moderno que da cuenta de la correferencia de los símbolos, a la luz de nuevas disciplinas que acogen las antiguas inquietudes y los

nuevos datos para ensamblar esos materiales en una unidad que convence, cautiva y nos devuelve la confianza en la humanidad del lenguaje y de la comunicación.

El rasgo último de haber vivido y escrito del nuevo Académico se centra en el lenguaje coloquial, en los distintos códigos, y a ese espacio Ugarte nos convoca y logra nuestra atención de modo convincente.

Con la esperanza de que pronto se publique su extenso estudio sobre las locuciones en la prosa de Vargas Llosa, trabajo de mérito de excepción y de laboriosidad ejemplar, doy la bienvenida al nuevo Académico Miguel Angel Ugarte Chamorro, y le agradezco por las páginas que nos han regalado una cautivante lección del lenguaje de los gestos y le auguro una actividad académica pródiga en satisfacciones.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON ANDRES
ARAMBURU MENCHACA

(Sesión Pública del 14 de diciembre de 1985)

EL PERIODISMO COMO LITERATURA Y COMO
MAGISTERIO

Por Andrés Aramburú Menchaca

Señores Académicos
Señoras y Señores:

Es para mi un privilegio ocupar el sillón al que dio tanto lustre don Oscar Miró Quesada de la Guerra. Debo asimismo proclamar que mi satisfacción se acrece por una absoluta coincidencia entre la concepción que del periodismo tuvo mi sabio antecesor y lo que trataré de exponer aquí, con sencillez, acerca de "El Periodismo como Literatura y como Magisterio". No necesitaré hacer muchos recuerdos acerca de lo que el recordado "Racso" significó para la evolución del periodismo en el Perú en cuanto utilizó éste como órgano de difusión de la cultura. Quiero decir que, en contraste con lo que se estilaba a comienzos de este siglo, en la mayoría de los periódicos del mundo, usó las páginas de su diario, "El Comercio", no como una

tribuna política, antesala o subsidiaria de una curul parlamentaria, sino con la altura que corresponde a una cátedra universitaria. No creo exagerar ni equivocarme si destacó que Oscar Miró Quesada de la Guerra inauguró en el Perú el periodismo como órgano de difusión cultural o lo que podríamos llamar "periodismo magisterial", campo éste en el cual la profesión de periodista asume responsabilidades específicas, más tranquilas que las del periodismo polémico o político, pero más perdurables por cuanto no significa el propósito de hacer triunfar una determinada orientación aniquilando a la contraria, sino el de difundir generosamente una hipótesis, como un reto para el hallazgo de la verdad o para proclamar una tesis, con la euforia de quien considera que ya la encontró.

Oscar Miró Quesada de la Guerra fue un pionero del periodismo cultural no sólo en el Perú sino en el mundo. Sus lecciones en la gloriosa y cuatricentenaria casa de San Marcos, no se perdieron en los claustros del viejo Convictorio Carolino, sino que, con proceso de aurora, llevaron su luz a todos los ambientes de la Patria desde las exclusivas academias e íntimos cenáculos, hasta el hombre plural de las oficinas y las fábricas.

Grande es mi satisfacción, repito por esta coincidencia de dedicar las palabras que siguen a "El Periodismo como Literatura y Magisterio", al ocupar el sillón académico de quien fue maestro en las tres profesiones que se hallan mencionadas en el título de este discurso.

Permítaseme ahora unir estas palabras apoloéticas a mi preclaro predecesor en la silla que me tocará ocupar y como un homenaje a esta ilustre Academia, al recuerdo de aquellos Miembros que se ocuparon del periodismo. Debo citar aquí a Don Eugenio Sellés, Don José Echegaray, Don Isidoro Fernández Flórez y Don Juan Valera, quienes no coincidieron en reconocer al periodismo como género literario, tesis defendida con ardor especialmente por Sellés

y atacada por Echegaray. Pero desde los tiempos de sus peroraciones, en el siglo XIX, el periodismo ha tomado nuevos rumbos y contra lo que muchos creen, al aumentar la responsabilidad del periodismo ha sido promovido también el lugar que le corresponde en la vida social.

Recuerdo haber leído, en una revista de principios de siglo, la crónica relativa a la inauguración del tranvía eléctrico. El periodista hombre maduro pero que en ella se exhibe como escritor progresista, comentaba eufórico el suceso con más o menos estas risueñas palabras: "El bólido de acero alcanzó la insospechada velocidad de cuarenta kilómetros por hora, refutando con los hechos las teorías de quienes consideraban que la naturaleza humana no se hallaba preparada para resistir los efectos de esa velocidad". Recuerdo que lo comentábamos en casa, no menos risueñamente, una generación después y con otro periodista mucho más joven, gran entusiasta del automovilismo, comparando el hecho con la audacia que le hizo apretar el acelerador hasta llegar a ochenta kilómetros por horas, en la recién abierta "Avenida Leguía". Era explicable. Durante siglos los hombres sólo pudieron moverse a la velocidad que daban los caballos. Había fronteras para la velocidad y con ello para la imaginación y para el arte. Sólo la vida, por corta, parecía correr de prisa. Era corta pero apacible. Hoy ocurre lo contrario. Es más larga y sin embargo más apremiada y apremiante.

Pero a estas alturas del siglo XX nada nos asombra. Para los hombres de hoy no hay Julios Vernes y cuanto de la llamada ciencia ficción ven y leen nuestros niños —y no pocos adultos— es perfectamente aceptable para nuestras mentes. Aun para las guerras interplanetarias, con cuya visión apocalíptica se hace palidecer —consciente o inconscientemente— los horrores de las guerras entre humanos.

Un poeta chino, Li Po, describía en el siglo VIII de

nuestra Era el viaje de tres astronautas a la luna, abordo de una nave espacial impulsada por cohetes. Pero han tenido que pasar mil doscientos años para que pudiéramos ver, por televisión, su alunizaje. Un día que hemos vivido, se reemplazó el corazón de un hombre por el de otro que, por ser de razas diferentes, nos recordó el prodigio de Cosme y Damián, médicos milagrosos. Ya tenemos bebés de laboratorio y como contrapartida "robots" u hombres mecánicos que reemplazan a los trabajadores de las fábricas. El progreso avanza a veces en direcciones opuestas y causa no pocas situaciones paradójales.

Lamentablemente, también hay sucesos que acusan inexplicables retrocesos como consecuencia de las abominables luchas que están incendiando al mundo a causa de un fanatismo religioso que nos empuja siglos atrás, o de regímenes totalitarios que, por su dogmatismo, están tan cerca de aquél. Que todos estos hechos puedan ser conocidos, simultáneamente, por todos los habitantes del planeta, gracias a los nuevos medios de comunicación masiva, acrece la responsabilidad del periodista y da a esta profesión dimensiones muy nuevas, lo que aquí pretendemos exaltar por cariño y respeto a una profesión en la cual nuestras raíces se hunden profundamente en el tiempo durante tres generaciones.

Esta época en que nos ha tocado vivir tiene como signo y sino la velocidad. Esta interfiere y paraliza o estimula nuestros pensamientos, propósitos y acciones. La perplejidad es su consecuencia inmediata y, en tal grado, que suele ocurrirnos que no tomamos conciencia plena de las cosas que nos dejan perplejos. Ello se debe, en parte, al hecho de estar acostumbrándonos a lo inesperado, lo inusitado y hasta lo inverosímil, así como por la frecuencia con que se suceden los hechos dignos de nuestro asombro.

Pero, ya lo dijimos, no sólo son los incesantes y hasta agobiantes progresos de la tecnología los que nos dejan

perplejos, sino también los retrocesos de la sociedad humana que no podemos dejar de considerar en el balance. Son tan frecuentes los hechos "impactantes" —para usar un término a la moda— que a veces no lo advertimos o nuestro asombro no llega al grado que merecería el suceso, porque no sólo se nos hace difícil retenerlo en la memoria, sino, lo que es peor, aquilatarlo, sopesar su importancia. Ocurre que, como en el principio de Arquímedes, cada nueva noticia desaloja de nuestro entendimiento a otras que ya habían sentado ahí sus reales. La perplejidad nos exige, pero también nos niega tiempo, sosiego y reposo. Reposo, tiempo y sosiego para que la duda que genera y la reflexión que nos conduce a la interpretación del suceso, culmine con la opinión que ella misma nos obliga a formarnos y frecuentemente a transmitir. En estos tiempos nada espera. El futuro está demasiado cerca. Y el pasado, todo el pasado, desde siglo y medio atrás, ya lo tenemos registrado en los diarios.

Todos los adelantos tecnológicos aceleran nuestros movimientos y nuestro estilo de vida, tanto individual como socialmente. Aceleran nuestras lecturas, nuestras comunicaciones, nuestras faenas cotidianas. Hoy se sale de París en avión y se llega a Nueva York el mismo día pero, conforme a nuestro reloj, tres horas antes de la partida. Se gana un día para el trabajo o para el ocio, que ambas cosas son, a su manera, útiles al hombre, si es que sabe aprovecharlos. En todo caso es un día ganado al tiempo y el hombre de hoy, más que el de cualquier otra época, necesita tiempo libre para pensar y producir. Nehru decía que ni los políticos ni los periodistas tenían tiempo para pensar y Jacques Kaiser agregaba, por su cuenta y con el bagaje de su experiencia periodística, que tampoco lo tenían los lectores.

El teléfono internacional y el télex han acortado distancias. Pero no sólo distancias. También han consumido

porciones de tiempo que antes eran requeridas pero que, ahora, han desaparecido. Horas de las que el hombre ya no dispone pues las que ganó las tiene comprometidas de antemano para otros quehaceres. Junto con el tiempo y espacio han desaparecido muchas cosas, aunque hay que reconocer que para dar paso a otras nuevas y, las más de las veces, con ventaja para el hombre. Aquello de que "todo tiempo pasado fue mejor" ha perdido autoridad para los hombres de toda edad.

La celeridad en las comunicaciones ha tenido una influencia gigantesca sobre la responsabilidad de las personas, aumentando las de unas y disminuyendo las de la mayor parte. El télex y el teléfono, por ejemplo, han abolido la autonomía de que antaño disfrutaron las autoridades políticas, con acentuación del centralismo como consecuencia y sin que obedezca a un plan gubernativo premeditado, pues la responsabilidad se concentra en el órgano central de gobierno por razones puramente mecánicas, muchas veces. Un banquero separatista de Cataluña me confesaba que desde que él podía tomar el taxi aéreo en la mañana, hablar con el Rey y regresar a Barcelona unas horas después, el separatismo había perdido su razón de ser.

Análoga cosa ocurre en las empresas que funcionan con diversas subsidiarias diseminadas en el país o ubicadas en países distintos. Tal es el caso de las sociedades transnacionales donde también se produce el mismo fenómeno de merma de autonomía y concentración de poder. En el terreno de la diplomacia el télex y el teléfono abolido la plenipotencia de los embajadores. También la diplomacia está centralizada, concentrada. En este caso se hace el fenómeno más ostensible con la llamada "diplomacia directa" y reuniones de alto nivel de Jefes de Estado y Cancilleres, posible gracias a la celeridad de las comunicaciones y medios de transporte. Debido a todo esto la diplomacia ha cambiado tanto de estilo. Se caracteriza por su ten-

dencia "parlamentarista". Se le aprecia por su democratización indiscutible. Ni lo uno ni lo otro han demostrado que garantizan la paz, pero generan confianza en los pueblos que creen en un entendimiento universal porque leen o ven en la televisión que los estadistas se abrazan en cualquier aeropuerto.

De una manera peculiar el fenómeno campea en las modernas manifestaciones artísticas. El arte se ha hecho veloz. Si no para la ejecución —aunque parezca— para la percepción que capta mucho más donde aparentemente hay mucho menos. La simplificación es una manifestación de la velocidad. La arquitectura llamada "caravista", de la que es exponente el famoso "Centro Pompidou" de París, el exhibir los intestinos de sus edificaciones, induce a imaginar economías que no han tenido lugar y ni siquiera han sido concebidas. El propósito del arquitecto es muy distinto. Es posible que, funcionalmente, resulten beneficiados los ocupantes del edificio, pero no ocurrirá lo mismo con el transeúnte que sólo encuentra en la fachada versiones externas del interior desnudo de las fábricas donde dejó sus sudores. Pero no por eso tendrá menos sugerencias.

La estatua deliberadamente inacabada puede dar la falsa sensación de tiempo ahorrado por el artista y de tiempo ganado por el que la contempla. Esto también es inexacto en el fondo, pero la sensación que nos produce es inegable. La verdad es que la escultura moderna reclama más tiempo para nuestra observación y estimula mejor nuestra imaginación. El fenómeno ya lo experimentamos al contemplar algunas estatuas griegas o romanas sin cabezas o sin brazos, cuya mutilación, por el transcurso del tiempo y las depredaciones guerreras, queda superada por la idea de lo que pudo ser.

La pintura puede ofrecernos ejemplos más ricos todavía. El color y la línea brindan sugerencias infinitas. No podemos ocuparnos de todos los movimientos que han revo-

lucionado este campo artístico. Entre la pintura tradicional, naturalista y retratista y la pintura moderna puede verse una diferencia similar a la que existe entre un paisaje y un celaje. ¿Quién hubiera pensado que los desperfectos de nuestros televisores denunciarían los secretos del impresionismo y hasta las claves de la pintura del presente? El famoso "Guernica" de Picasso sin recurrir a los colores da una sensación de angustia, movimiento, velocidad y perplejidad que no tiene parangón. Que no hay pintura sin color, es una teoría y nada más. En nuestros días Fernando de Szyslo hace surgir formas nuevas con el empleo de computadoras, porque "el ahorro del tiempo —confiesa él— es increíble".

¿Qué decir de la poesía en la que los vocablos adquieren autonomía, se estiran elásticamente como frases en nuestro entendimiento o como fuegos de artificio estallan en formas iluminantes que exigirían muchas páginas de prosa para decir cuánto expresan o sugieren? No fue esto desconocido por los clásicos, pero halla en los poetas modernos efectos insospechables.

La "música concreta" y la "música electrónica", al independizarse de la melodía y la armonía, como antes la poesía de la rima y del ritmo, están llegando aun más allá que las otras artes en el vertiginoso proceso que la tecnología impone como un reto al vuelo y a los recursos de nuestra imaginación.

Pienso ahora que la pretendida deshumanización del arte fue una observación original en el tiempo en que fue formulada, pero tuvo un alcance limitado como tesis. No siento deshumanizado el arte de nuestros días, sólo lo siento como un arte para el hombre de hoy. Un arte acelerado y violento, como los hombres de hoy. En el ejemplo que hemos puesto del paisaje y el celaje, el celaje no está deshumanizado. Es ajeno a nuestras figuraciones, pero lo contemplamos, con ojos humanos, protagónicamente. La

contemplación del celaje puede embelesar a quien por falta de cultura no podría apreciar una pintura no figurativa. El paisaje es quietud, el celaje proceso y en nuestras latitudes un proceso veloz.

El periodismo moderno no escapa al fenómeno que hemos intentado explicar y quizás es el factor de mayor influencia y el campo donde se destaca. Debemos desde luego decir que no sólo nos referimos al periodismo escrito, sino también al que se practica a través de la radiotelefonía y la televisión.

Ambos se complementan, pero no podríamos abarcar tanto. Ello nos conducirá a un tratado sobre ciencias de la comunicación que estudian tan a fondo esta aceleración de la conducta humana y sus consecuencias. Particularmente por el periodismo que, en esta ocasión, vamos a identificar con el diarismo, su forma por excelencia, dejando constancia de nuestro respeto por las demás publicaciones periódicas, especialmente las revistas de actualidades —tan caras para nuestros filiales recuerdos— así como del periodismo radial y televisado.

El periodismo ha tenido que adaptarse al vértigo de velocidad de nuestra época. Mas no sabría sostener si es sólo adaptación o también generador del nuevo ritmo de nuestras vidas. Empezando por sus propios medios mecánicos de producción de la noticia, para poder cumplir la función que le toca como auténtico servidor de la comunidad. Hugh Thomas ha destacado magistralmente la función que hoy desempeñan los medios de comunicación y Solzhenitzen atribuye al periodismo moderno la responsabilidad de haber unificado repentina e imperceptiblemente al mundo.

Pero al asumir hoy el diarismo esas funciones ha asumido también una proporcional responsabilidad. De ella estamos orgullosos quienes nos sentimos periodistas y no pretendemos ni negarla, ni eludirarla, ni abdicar de ella. Tal

responsabilidad, qué duda cabe, la tuvo el periodista desde que se fundó la primera publicación periódica en la Roma imperial. Pero fue una responsabilidad que en los dos siglos precedentes al nuestro, estuvo identificada con una persona, un escritor o un político, generalmente ambas cosas a la vez. Las complejidades del diario moderno ya no permiten esas identidades. No cabe ya, como antaño, que el dueño del diario llene todas o casi todas sus páginas. Hoy en un diario moderno no sólo cada página, sino cada columna, reclama especialistas. La variedad de sucesos que hacen noticia obliga a ello. No escapa ni la columna editorial. No obstante el periodismo, como profesión liberal, sigue y seguirá siendo identificado con cada individuo mientras subsista el sistema democrático y donde éste se practique.

El periodismo continúa siendo antropomórfico. El diario no se identifica ni con una máquina, ni con un edificio, ni con una compañía. El diario que no se identifica con un hombre o grupo humano, con un partido, con una iglesia, carece de opinión y la opinión que no obedece a una idea, poco es lo que influye en los campos que nos preocupan. Jacques Kaiser, que solía llamarnos "amigo, colega y cómplice" cuando se discutían en las Naciones Unidas los proyectos de la "Convención sobre Libertad de Información", sostenía que la relación entre el periodista y sus lectores exige tanta confianza como la relación entre el médico y sus pacientes.

Mas lo que realmente tenemos la intención de destacar aquí son las esencias de esa responsabilidad en el plano estético y en el plano moral, es decir, del periodismo como género literario y del periodismo como magisterio. En ello estriba su diferencia con la de otros escritores, como el novelista, el ensayista o el poeta, que no asumen responsabilidades directas ante el público, y por ello quizás pueden usar más holgadamente de su libre albedrío y hasta de su lenguaje.

Mi vocación ha hecho que sienta como una obligación tratar de ellas hoy, ya que siempre las encontré vinculadas y a ellas debo el honor de haber llegado a los altos estrados de esta corporación ilustrísima por acto generoso, que me agobia, de los señores académicos. Si el periodismo constituye o no un género literario es tema que ya fue debatido en la Real Academia Española como hemos recordado ya, sobre todo al recibirse en ella a Don Isidoro Fernández Flórez, que afirmaba que sí lo era y Don Juan Valera que lo negaba. Yo me adhiero a la opinión del primero.

Se dijo entonces que un escritor puede ser literato o periodista o ambas cosas a la vez y que raro será el escritor que no haya debutado como periodista, y raro también el que haya abandonado el periodismo totalmente. Pero hay algo fundamental que distingue al periodista: es el tiempo en que escribe y el público para el cual escribe. El tiempo, que aquí menciono en el sentido de urgencia, de premura, lo identifica con la actualidad; y la actualidad para el periodista es la noticia. Pero el enfoque del suceso y su modo de difundirlo está ligado tanto a su talento como a su moralidad y su circunspección, es decir, a su responsabilidad frente al suceso y la opinión pública. Todo esto lo obliga a adoptar modalidades particulares. El periodista no trata de hacer literatura, pero la hace y debe hacerla, sólo que es una literatura peculiar, oprimida por la urgencia y el espacio que le está reservado y, simultáneamente, por el corto tiempo de que disponen los lectores. Lo que caracteriza un género literario es la forma. No es ni el fondo ni el tema. ¿Cómo no reconocer que la producción de un periodista pertenece a un género peculiar? ¿Dónde colocaríamos a Mariano José de Larra, para sólo citar a un clásico del periodismo en castellano? ¿O al recientemente desaparecido Raymond Aaron, filósofo, sociólogo, historiador, ensayista, profesor, pero a quien se seguirá recordando siempre, y ante todo, como el periodista inspirador de "L'

Express". Y entre nosotros, el libro peruano de mayor hondura e influencia social, los "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" de José Carlos Mariátegui, tuvo, como él mismo reconocía, su origen como artículos publicados en "Mundial".

Es cierto que no todos los diarios tienen el mismo público ni todos los periodistas los mismos lectores. También lo es que no siempre la mejor literatura es la que goza de más popularidad. Pero este fenómeno, esta pugna entre lo cualitativo y lo cuantitativo es común a todas las manifestaciones del espíritu, tratése de literatura o cinematografía, por ejemplo. Hay hoy un nuevo estilo periodístico que halaga a la masa con su vocabulario plagado de germanías y un gusto sensacionalista que endurece su sensibilidad con la magnificación de aberraciones o catástrofes que, por su lejanía, podrían no tener ningún interés para el público lector, si no hubieran sido expuestas en términos que horrorizarían a nuestros progenitores y maestros o si no hubiera la inmediatez con que se dan el suceso, la noticia, la visión o la lectura y la impresión que causan.

Hoy hay en todos, jóvenes y viejos, más información, pero menos madurez. Esto tiene que ver algo con la celeridad y perplejidad que nos agobian, de lo cual ya hemos tratado al comienzo, pero tiene también mucho que ver con la responsabilidad magisterial que toca asumir al periodista. Por razones que escapan a mi comprensión, la gente de nuestro tiempo abdica de su edad. La abdicación se advierte en el modo de vestir, de comportarse, de hablar. Inclusive en el trato entre pares e impares. En el trabajo, las tertulias, en los parlamentos y conferencias diplomáticas. ¿Recuerdan ustedes el zapatazo de Krushev en las Naciones Unidas? Naturalmente, también en las lecturas. Sólo así se explica que haya tantos adultos que se deleitan con las tiras cómicas o contemplando dibujos animados en la televisión y el cinema. Quizás sea porque la complejidad

de la vida moderna, la acumulación de noticias aterradoras por cruentas o depravadas nos conduce a buscar lo más fácil. La "ley de Gresham" —la moneda mala que desaloja a la buena— tiene aplicación en todos los campos del entendimiento. Existe, reconozcámoslo, cierto placer en estos retrocesos en el túnel del tiempo de cada persona.

Volvamos la vista hacia ciertos ángulos del periodismo para apreciar su calidad como literatura y su responsabilidad como magisterio. Empecemos por enfocar la materia en el marco de los derechos humanos. La que todos conocemos y seguimos llamando "libertad de prensa", está mencionada en el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, en la Declaración Universal de Derechos Humanos, en el Pacto Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos y en casi todos los instrumentos internacionales que se relacionan con este capítulo que está transformando el Derecho de Gentes y convirtiéndolo en Derecho Constitucional Ecuménico. Pero, para muchos, puede haber pasado inadvertido un cambio sustancial de vocabulario que también es una cuestión de fondo, pues lo que se llamó siempre libertad de prensa y ha sido cuestión tan debatida durante siglos, se denomina ahora "libertad de información". Aparentemente es una diferencia lexicográfica baladí, pero, repetimos, se trata de dos cosas muy distintas. Quizás sí antinómicas "La noticia, decía Eugenio Sellés, ha desplazado la discusión".

La libertad de prensa es esencialmente el derecho de imprimir y publicar una idea para difundirla con un fin determinado. Se cumple con informar, pero la información por sí sola no puede concebirse como un fin, sino como un medio que conduce a un objetivo. Se le alcanza aún sin quererlo. En este diálogo con el público estriba la diferencia del periodismo con otros escritores. Por eso el concepto "libertad de prensa" contiene el derecho y hasta la obligación de dar la noticia como merece, esto es, interpre-

tarla, determinar sus causas y consecuencias y, finalmente, opinar para orientar al público. Eso sí, con la más amplia libertad sin más coacción o censura, que las que impongan la responsabilidad del periodista. No es suficiente enterar, es menester ilustrar. No todos pueden leer un texto de igual modo, ni con igual estado de ánimo, ni con igual capacidad de asimilación. Por eso la noticia reclama ir acompañada por la función magisterial. Hay falta de responsabilidad si esto no ocurre.

Pero donde la información sola, despojada de todo lo demás, puede dar resultados negativos máximos es cuando se vale del sensacionalismo, cuando lo explota en titulares que generalmente exageran. Son esos titulares que "hacen impacto" como si fueran proyectiles. La palabra alemana para estos titulares, "Schlagerwörter", que quiere decir "palabras que golpean", nos exime de mayores comentarios.

Todo el que escribe dialoga. El más misántropo de los filósofos dialoga cuando escribe. El escritor siente la necesidad de comunicarse con los demás. Lo siente el novelista y el poeta, el ensayista y, quizás en mayor grado, el dramaturgo. Que la poesía tiene tres voces: la primera es la que el poeta emplea para hablar consigo mismo; la segunda es la voz del poeta dirigida a una audiencia determinada; la tercera es la que el poeta pone en un personaje de su invención, decía Eliot en su ensayo sobre "Poesía y Poetas". Pero, ¿comunicarse para qué? Porque sin comunicación no hay sociedad y el hombre no tiene vocación de Robinson Crusoe. Pero, para el que escribe para un periódico, es decir, para un periodista, el hecho de la comunicación no sólo se presenta como un anhelo, sino como una obligación. Todo otro escritor intenta transmitir una idea, un mensaje, una teoría, un hallazgo o simplemente un relato obra de su invento o de su fantasía. Cuando escribe sabe quiénes lo han de leer y espera la respuesta —que muchas veces tarda— en la crítica literaria, en la refutación científica, en

la polémica o el éxito de librería. Pero si en alguna forma intenta influir, esto ocupa en su literatura un lugar, mejor un tiempo que se aleja de su creación.

Este diálogo adquiere su máximo grado de intensidad en el caso del periodista que se dirige a un público mucho más numeroso, heterogéneo, no identificable, que está esperando rutinariamente su editorial, su artículo o su crónica y que cuando está de acuerdo permanece callado y en caso contrario le saldrá enseguida al paso. Esto es lo que más acentúa la función magisterial en el doble campo que la profesión le ofrece por el contenido y forma de su obra periodística que deviene servicio a la colectividad, tanto como obra literaria, como por su misión magisterial.

“La prensa —decía hace ciento cincuenta años Alexis de Tocqueville— es, por excelencia el instrumento democrático de la libertad”.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON LUIS JAIME CISNEROS

Hermosa era la sabia cabeza blanca con que Oscar Miró Quesada nos brindaba en la Academia su conocimiento preciso y su palabra clara, en gesto siempre humilde y cordial. Está bien, así, que su nombre haya presidido las palabras que acaban de pronunciarse esta noche. Debemos mucho a esos ojos tiernos, claros y jubilosos de don Oscar en la Academia y quiero por eso rendirle también mi homenaje de vivo afecto y gratitud.

* * *

Los últimos centenarios de Luis Fernán Cisneros y Andrés Aramburú Salinas dieron motivo a que se recordase la amistad grande que los unió en vida. Amistad no sólo forjada en el bregar del periodismo, sino alentada y robustecida por la armoniosa conjunción de caracteres y el fervoroso contagio de preclaros ideales generacionales. Los descendientes de uno y otro hemos sabido continuar y recrear ese vínculo fraterno, y nos forjamos todavía la esperanza de que las generaciones que siguen fructifiquen esa histórica amistad. Se juntan de este modo razones para mí valiosas esta noche en que debo razonar el acuerdo de

la Academia Peruana de la Lengua de llamar a su seno a Andrés Aramburú Menchaca, Profesor Principal en la Universidad de San Marcos, internacionalista de renombre, Embajador en Inglaterra, político de fuste y miembro prestigioso de la última Asamblea Constituyente, títulos todos ellos altos, sonoros y significativos de lo que circunstancialmente en él se encierra. Ahí están ciertamente todos ellos, si de satisfacer un urgido curriculum se trata; y aun cuando no es fácil discernir en cuál de esos caminos aparecen con claridad las netas preferencias del nuevo académico, pienso que la de jurista experto en asuntos de derecho internacional merece alguna atención.

Internacionalistas de renombre continental han tenido meritísimo sitio en nuestra Academia Peruana. Sólo quiero evocar al más reciente, Alberto Ulloa, diplomático y maestro universitario, que decoró con su palabra y su consejo muchas sesiones de esta Corporación y está ligado a los pasos finales de la vida universitaria de Andrés Aramburú, pues dictaminó el fallo de la tesis que sobre la Real Cédula de 1802 presentó el graduando que buscaba optar su Bachillerato en Derecho. Esa memoria universitaria marcó sin duda el interés de Aramburú por el derecho internacional público. La vida internacional —cambiante y vertiginosa— hace noticia todos los días, y ya en la época en que Aramburú abandonaba las aulas universitarias ofrecía panorama atrayente para cualquier espíritu alerta que estuviese dispuesto a bucear con tesón y talento. No era Aramburú hombre capaz de amilanarse por el reto, y se entregó al estudio con la seriedad de que da prueba su esmerada bibliografía. Singular consideración merece, a este propósito, el artículo que en 1954 acoge la 'Revista de Derecho y Ciencias Políticas' de San Marcos, en el que —fundado en abundante y sólida documentación— califica Aramburú de auténticamente americana

“la norma consuetudinaria para establecer el dominio marítimo de los Estados por acto unilateral para fines de defensa, de preservación del medio marino o de aprovechamiento de sus riquezas naturales, y, que forma parte de esa costumbre señalar el límite máximo de esa soberanía marítima a la distancia de 200 millas desde la línea de base del mar territorial”.

Este tema del ‘mar territorial’, junto con el de un nuevo concepto de lo regional, constituyen la médula de su preocupación como jurista. Testimonio feliz puede ofrecer la sólida ponencia que presenta en 1967 al Congreso del Instituto Hispano Luso Americano de Derecho Internacional, donde postula —apoyándose en su concepto de lo regional— la conveniencia de que los países unidos en aquella institución adoptaran un programa uniforme para la enseñanza del Derecho Internacional. Y es que para Aramburú

“lo que hoy entendemos por regional ha dejado de serlo en el sentido estrictamente territorial de la palabra”

y alcanza ya una extensión semántica inusitada, más allá de la “que el uso popular le atribuye”. Más tarde, en 1977, en conferencia ante la Academia Diplomática del Perú, llamará la atención sobre el hecho de que la Constitución entonces vigente guardase silencio sobre la prioridad que el Derecho Internacional debía merecer sobre el Derecho Interno, y vaticinaba como prudente

“aconsejar desde ahora que sea contemplada por la nueva Constitución que debe regir al país cuando se establezca el estado de derecho”.

Por cierto que así nos explicamos las responsabilidades que le tocó asumir en las discusiones de la Constituyente del 78. Razón clara para apoyar su tesis era el hecho de

que el Perú formase parte de la ALALC y del Pacto Andino. Aramburú se esforzaba por ver con claridad en el fondo de la cuestión. Y si insistía es porque se le hacía evidente una nueva situación,

“cual es la preeminencia del Derecho Comunitario que prima sobre el Derecho Nacional por ser Derecho Interno, y a su vez, sobre el Derecho Intergeneral, por tratarse de normas específicas”.

En ese mismo trabajo postulaba la necesidad de que la nueva Constitución corrigiese el error de guardar silencio sobre el asunto del mar territorial, y criticaba porfiadamente el hecho de que todo lo concerniente a ese tema estuviera consagrado en el Código Civil, que era un código de derecho privado. En esa conferencia puede todavía leerse su tesis de la penetración cierta del Derecho Interno en el área de lo internacional, ya que en definitiva —afirmaba— “estamos pasando del derecho de la coexistencia al derecho de la cooperación”.

Resulta explicable que hombre acostumbrado a mirar con anteojos lógicos de jurista, y con curiosidad alerta, la marcha de los acontecimientos mundiales, terminase preocupado por la manera como las modificaciones sufridas por la comunidad internacional terminarían por trastornar las mismas normas del Derecho de Gentes. De ahí sus estudios de 1981 sobre *El nuevo contenido del Derecho de gentes*. Aramburú advierte que la más importante de las transformaciones sufridas es la aparición del concepto de supranacionalidad, “que conlleva —en su opinión— la visión del concepto de soberanía, tal como tradicionalmente había sido concebido”.

Donde advierte la fisonomía verdadera de esta nueva noción jurídica es en el llamado “Derecho de la Integración” o “Derecho Comunitario”, tema al que dedicará más tarde medular reflexión en su trabajo *La integración económica*

y la *soberanía nacional*, de moderno enfoque, y donde se consagran afirmaciones ciertamente interesantes. Para Aramburú, a esta altura del mundo,

“lo que cuenta hoy más que todo son las afinidades, los factores sociológicos que predominan en cada región, obligando a nuevas demarcaciones”.

Resulta para él significativo que se hayan restablecido entre nuestros pueblos “parentescos originados en la raza, la lengua, las leyes y las tradiciones comunes o la fe”. Nadie duda ahora de que el regionalismo se ha ido haciendo conciencia en la comunidad internacional, y no es fácil advertir el acierto con que Toynbee incurrió en vaticinar signos que anunciaban la proximidad de este supranacionalismo. En este trabajo proclama Aramburú la importancia del hombre en el moderno Derecho de Gentes. Hoy el lugar preeminente del hombre no sólo está garantizado por su condición de ‘individuo’ sino en tanto ‘colectividad’, lo que para Aramburú significa anunciar

“el redescubrimiento o reubicación del ser humano como auténtico sujeto del Derecho Internacional, la causa principal de todas las transformaciones”,

que han ido sucediéndose en el tiempo y han terminado, así, por cambiar la estructura del mundo.

* * *

Pero no son estos rasgos de jurista, con ser en Aramburú tan auténticos y valiosos, y tan representativos de su personalidad y su talento, los que quiero destacar en los momentos en que la Academia Peruana de la Lengua le dice bienvenido a la común tarea. Y es que, con ser hombre

ducho en graves menesteres jurídicos, le hemos oído ahora un discurso sobre el periodismo. Se diría que Andrés Aramburú hubiera querido en esta ocasión solemne poner a prueba su biografía toda.

Cuna de periodista, niñez de periodista, no podía arrear nunca a Andrés Aramburú escribir para el periódico. El periodismo es consustancial a su prestancia y a su estirpe. El periodismo fue en él una callada vocación que asomaba cuando surgía la injusticia y había que dar la cara para defender la verdad; que se erguía cuando debía pronunciarse la palabra serena sobre el derecho de los pueblos o sobre la prudencia en los legisladores; y que se regocijaba cazarraamente cuando sólo se pedía a la pluma un poco de alegría y buen humor. Basta, en beneficio de la brevedad, recorrer los últimos cuatro años las páginas de "El Comercio" y descubrir las columnas que todos los viernes ha venido puntualmente publicando. Son más de 140 los artículos de 1980 hasta hoy. Una pormenorizada lectura muestra cómo se refleja en esa producción la multiplicada inquietud del nuevo académico. Todas las facetas resumidas por un insípido *curriculum vitae* encuentran ahora clara ilustración. Ahí están, por ejemplo, robustecidas por sus justos títulos de internacionalista y como muestras de su preocupación por los temas de América, las notas dedicadas al penoso episodio del Atlántico Sur, las que tratan sobre el TIAR (ese inútil tratado de pretensa solidaridad americana). De similar inquietud jurídica son los artículos movidos por el auténtico fervor peruano por el respeto a los tratados y por la legitimidad de nuestros derechos: ahí podemos leer los que tratan sobre *El ui possidetis*, y los que —bajo el título *El respeto a los tratados internacionales*— explican con claridad y sencillez (que es virtud de los hombres cultos) los legítimos derechos que asisten al Perú en nuestra frontera norte. Pero no sólo se centra su interés periodístico en la circunstancia americana, sino que aborda también la perspectiva diacró-

nica; y un día dedica un artículo a *Andrés Bello y el derecho de gentes*, como otro día entra a discutir, a propósito de la Constitución del 79, el derecho a la vida y el asunto de la pena de muerte. Recoge asimismo el periódico abundante testimonio de su actividad legislativa, y son buena prueba los varios artículos dedicados a puntos centrales de la discusión sobre el articulado de nuestra actual Constitución, en especial los que tratan de explicar el sentido de los decretos legislativos y los que ilustran (con huella fresca de sus condiciones docentes) la función verdadera de la Comisión Permanente del Congreso.

Y es natural que, en el cúmulo de sus inquietudes —y tal vez como síndrome premonitorio de la ceremonia que hoy nos convoca— haya sido visitado Andrés Aramburú por lucubraciones semánticas. En hombre que cultiva el don de lenguas, no puede extrañar la inquietud por el tema del lenguaje. Menos puede asombrarnos eso en alguien que se incorpora a una Academia de la Lengua. Con esos intereses se vincula por cierto un artículo de 1980, *No hemos arado en el mar*, o el de 1981 titulado *Vocabulario maritimista*, donde Aramburú diserta sobre la equivalencia semántica de las expresiones 'mar jurisdiccional', 'mar territorial', 'mar nacional', 'mar de la soberanía' o 'dominio marítimo', que es voz triunfante en nuestra actual Constitución. Su interés por el lenguaje se filtra a propósito de temas jurídicos, del mismo modo como se insinuaba, por 1975, en algunos temas históricos: en discurso pronunciado en aquella época sobre Faustino Sánchez Carrión, mostraba Aramburú curiosidad por averiguar las razones que habían llevado a Bolívar a recurrir a un vocablo griego para calificar a la reunión panameña como Congreso Anfictiónico. Claro es que todo podía, en principio, quedar explicado por la familiarización de Bolívar con clásicos griegos y latinos, pero Aramburú se remonta hasta el mito de Deucalión y penetra en la cultura griega para llamar la atención sobre el esquema

de las ciudades griegas al que se recurría para evitar las guerras entre pueblos hermanos así como para defender divinidades comunes. El juego de las etimologías (aún cuando pueda no venir planteado en riguroso aparato técnico) ha atraído siempre a nuestro nuevo compañero en sus artículos periodísticos, y muestra de esa afición es el ingenioso y atrayente artículo dedicado a explicar este año las iniciales IK que lucen en el escudo de Lima (*El perdón de los reyes*).

* * *

Se advierte con claridad cuán rico es el bagaje con que incrementa hoy nuestra Corporación sus fuentes de trabajo. El periodismo es instrumento que asegura la comunicación en la vida moderna. Pero esa es una ligera definición de los manuales. La comunicación que debemos arriesgar en el Perú es la correspondiente a un país andino, de compleja raigambre cultural y de perfil lingüístico no muy claro. En un país desunido geográficamente, el periódico tiene que ser carretera y río. En un país donde la sequía puede a veces empobrecer a una región por largo tiempo, el periodismo tiene que ofrecer riego fecundo para las inteligencias, a fin de mitigar y satisfacer la sed de información. En un país desintegrado, el periodismo tiene que ser bandera que congregue a las gentes a la plaza cierta del porvenir. Solamente podrá conseguirse si el periodismo contribuye a que el pueblo sepa apreciar lo que significa estar informado, y cuando sepa, a través de la información recibida, descubrir el valor creador que encierra el hecho de comunicar la verdad, y el atraso que conllevan la adulación, el eufemismo y la mentira.

Bien ha hecho, por eso, Andrés Aramburú en exaltar al periodismo en su discurso de incorporación. La misión del periodismo es proteger a la sociedad. Protegerla, en primer término, de la desinformación y del error, porque

sobre ellos no se alcanzará la justicia social, base de la democracia.

Segura la Academia Peruana de la Lengua de que incorpora hoy a un hombre que hace de la palabra el vivo instrumento de su fe, le dice bienvenido y abre con esperanza la ventana del porvenir.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON JOSE
LUIS RIVAROLA RUBIO

(Sesión Pública del 23 de abril de 1984)

LENGUA, COMUNICACION E HISTORIA DEL PERU

Por José Luis Rivarola Rubio

Señor Director de la Academia Peruana de la Lengua;
Señor Embajador de España;
Señores Académicos;
Señoras y señores:

La Academia Peruana de la Lengua ha considerado que yo debo contarme entre sus miembros; es una decisión generosa que apenas pueden justificar unos cuantos testimonios de la vocación que hace un cuarto de siglo Luis Jaime Cisneros supo descubrir y orientar con maestría y afectuosa paciencia. El me reveló los primeros secretos de la filología, ese minucioso y austero amor por el lenguaje, que luego pude compartir también con otros preclaros maestros, aquí y en otras latitudes. Confieso que me reconozco menos en mis pocos aportes que en sus muchas y valiosas enseñanzas. Gracias, pues, a esos maestros, varios de ellos colegas hoy en esta corporación, gracias a la Academia Peruana de la

Lengua, gracias a Luis Jaime Cisneros, quien veinticinco años después me recibe en ella con el mismo afecto con que orientó mis primeros pasos universitarios.

A fines del siglo XV la unificación política de España coincidió con una definitiva consolidación idiomática. El castellano, en verdad, ya se había afirmado como la lengua literaria de la España cristiana desde fines del siglo XIII, así como Castilla se había constituido, siglos antes, en reino determinante de la evolución político-social de la Península Ibérica. Por lengua literaria hay que entender en este contexto no sólo variedad idiomática predominante en las manifestaciones de la literatura, *sensu stricto*, sino más bien variedad polifuncional, es decir, instrumento de expresión oral y escrita utilizado en los diversos ámbitos de la vida social y cultural, con un alto grado de normalización asumida objetiva, consciente y obligatoriamente por los usuarios¹. En el siglo XV ha cesado, pues, toda competencia idiomática de las regiones de la Península Ibérica por la lengua literaria. El castellano es ya español, idioma del reino unificado, idioma del poder, idioma de la exaltación nacional y de la perspectiva imperial. Antonio de Nebrija, en el famoso y tantas veces citado prólogo a su *Gramática*, que hizo del castellano la primera lengua vulgar detalladamente estudiada y codificada, señala muy explícitamente el vínculo entre la lengua y la dominación imperial, poniendo en boca del obispo de Avila las expresiones de una ideología lingüística que tuvo ominosas consecuencias para el futuro:

El tercero provecho deste mi trabajo —dice Nebrija— puede ser aquel que, cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad i me pregunto que para que podria apro-

1. Cf. J.L. Rivarola, "El español medieval. Algunos aspectos de la formación del español como lengua literaria", *Revista de la Universidad Católica. Nueva Serie*, 4, 1978, 321-333, esp. p. 325 s.

vechar, el mui reverendo padre Obispo de Avila me arrebató la respuesta, i respondiéndome por mí dixo: que despues que Vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos barbaros i naciones de peregrinas lenguas, i con el vencimiento aquellos ternian necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi *Arte* podrían venir en el conocimiento della, como agora nos otros aprendemos el arte de la gramática latina para aprender el latín².

Pocos meses después de aparecida la *Gramática*, en la coyuntura socio-política y lingüística esbozada, se produce el descubrimiento de América, fenómeno crucial —de transparente denominación eurocéntrica— que puso en contacto a dos universos racial, cultural, lingüísticamente distintos, correspondientes a etapas diferentes del desarrollo histórico de la humanidad, universos que se desconocían y que a partir de entonces se transforman profundamente en virtud de ese contacto. Este encuentro, cuya vertiente traumática y sangrienta se resiste a la edulcoración de las efemérides, inició para América el proceso dramáticamente conflictivo, contradictorio y violento de nuestra historia moderna, proceso en el que estamos inmersos bajo formas análogas en algunos casos, diferentes en otros.

La identidad americana, y más específicamente la peruana, es una identidad que comienza a gestarse entonces y que tiene las marcas de su origen: identidad parcial, precaria, recusada y sobreafirmada, en todo caso problemática y afectada por los desgarramientos que se instauraron en el origen de nuestro ser histórico. Porque el Perú —Pirú, Birú—, que primero fue sólo el vacilante nombre de una ambición y luego un espacio de violencia, de explotación,

2. Antonio de Nebrija, *Gramática castellana*, ed. de Pascual Galindo Romeo y Luis Ortiz Muñoz, Madrid, 1946, pp. 10-11.

de conflictos de casta pero también de fascinantes sincretismos, de nuevas formas de cultura, de generosidades y heroísmos sin reparo, se inició como problema e inacabada búsqueda en el siglo XVI, y se sigue configurando en todos los que, aun preguntándose por la identidad presente, lo avizoran en el horizonte de una voluntad afirmativa sustentada en la justicia social, en la paz, en el respeto recíproco, en un sentimiento compartido de pertenencia al que no puede ser ajena la conciencia crítica de esas raíces históricas conflictivas. Examinar uno de los aspectos del problema nacional es el objeto de las reflexiones que siguen sobre la lengua y la incomunicación en nuestra historia y en nuestro presente.

* * *

El encuentro hispano-americano fue, a este respecto, la recíproca confrontación con la comunicación imposible. El castellano y las lenguas indígenas estaban frente a frente separadas por un abismo que convertía en ruido al significante. El 27 de noviembre de 1492 Colón da dramática cuenta a los Reyes de la imposibilidad comunicativa: "mas yo no me detengo en ningún puerto —dice—, porque quería ver todas las más tierras que yo pudiese para hazer relación d'ellas a Vuestras Altezas; y también no sé la lengua, y la gente d'estas tierras no me entienden, ni yo, ni otro que yo tenga, a ellos"³.

En el principio las señas debieron suplir a las palabras que rebotaban en el muro de la diferencia. Pero los gestos no forman un sistema motivado naturalmente, un código constituido por signos de valor universal que permitan, sin

3. Cristóbal Colón, *Diario del descubrimiento*, Estudios, ediciones y notas por Manuel Alvar, II, Madrid, 1976, p. 125. Salvo indicación en contrario, las citas provienen de esta edición y la referencia se hace en el texto mismo.

más, la confluencia de las intenciones. Los gestos pueden ser polivalentes, equívocos, porque se asientan en sistemas simbólicos más complejos que se entretajan a su vez en el amazón particular de una cultura. Cuando, pocos días más tarde, Colón se ve obligado a permanecer por el mal tiempo en Puerto Santo, decide "ir a ver un cabo muy hermoso un cuarto de legua del puerto de la parte del sueste" (II, 130). El Almirante recorre el hermosísimo paisaje, reparte "cascabeles y sortias de laton y contezuelas de vidro verde y amarillo" (ib.) a los indígenas. Pero cuando se recoge con su gente en las barcas, nos dice el *Diario del Descubrimiento*, ve que se juntan muchos indios y se acercan:

uno d'ellos se adelantó en el río junto con la popa de la barca y hizo una grande plática que el Almirante no entendía, salvo lo que los otros indios de cuando en cuando alçaban las manos al cielo y daban una grande voz. Pensaba el Almirante que lo aseguraban y que les plazía de su venida; pero vido al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, y temblaba mucho, diziendo por señas que el Almirante se fuese fuera del río, que los querían matar, y llegóse a un cristiano que tenía una ballesta armada y mostróla a los indios y entendió el Almirante que les dezía que los matarían todos, porque aquella ballesta tiraba lexos y mataba. (II, 131).

¿Podemos, sin embargo, estar seguros, de acuerdo con esta versión, de que fue Colón quien interpretó equivocadamente la intención expresada en esas manos y en esas voces que se dirigían al cielo? ¿Sería amenaza de muerte lo que el intérprete da a conocer con palideces y temblequeos? ¿Podía la mostración de la ballesta, por parte del indio, tener efecto intimidatorio? ¿Y qué mensaje acompañaría realmente a esa mostración? El almirante entendió "que les dezía que los matarían todos". Pero el Almirante mismo

reconoce los permanentes malentendidos con los indios que lleva cautivos: "muchas veces les entiendo —confiesa— una cosa por otra al contrario" (II, 125). Sin embargo, la prudencia es buena consejera y el Almirante opta por retirarse. Años más tarde, en su tercer viaje, se produce un incidente que no deja resquicio de duda sobre el choque de sistemas simbólicos. En la *Relación* correspondiente, escrita en 1498, cuenta Colón cómo encontrándose en la punta que llamó *Arenal* (al suroeste de Trinidad):

vino de hacia Oriente una grande canoa con veinticuatro hombres, todos mancebos y muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas (...). Cuando llegó esta canoa habló de muy lejos, yo ni otro ninguno no los entendíamos, salvo que yo les mandaba hacer señas que se allegasen y en esto se pasó más de dos horas, y si se llegaban un poco luego se desviaban. Yo les hacía mostrar bacines y otras cosas que lucían para enamorarlos porque viniesen, y a cabo de buen rato se allegaron más que hasta entonces no habían, y yo deseaba mucho haber lengua, y no tenía ya cosa que me pareciese que era de mostrarles para que viniesen; salvo que hice subir un tamborín en el castillo de que tañesen, e unos mancebos que danzasen, creyendo que se allegarían a ver la fiesta; y luego que vieron tañer y danzar todos dejaron los remos y echaron mano a los arcos y los encordaron, y abrazó cada uno su tablachina, y comenzaron a tirarnos flechas...⁴.

No obstante, el residuo de motivación natural de los gestos debió de haber permitido poco a poco remontar la barrera del ruido verbal. La impresión del encuentro ini-

4. *Relaciones y cartas de Cristobal Colón*, Madrid, 1892, p. 275. Este y otros textos de Colón han sido aducidos también por T. Todorov, *La conquête de l'Amérique, La question de l'autre*, París, 1982, pero en un contexto hermenéutico que no siempre comparto.

cial, la interpretación de las situaciones, las conocemos de un solo lado. Sabemos cómo evaluaba Colón las distintas circunstancias de su descubrimiento, qué huella dejaba en su sensibilidad la naturaleza americana, cómo percibía al hombre que no podía convertir en su interlocutor. No sabemos, en cambio, cómo percibiría el otro —más allá de la presumible sorpresa compartida— el sentido del encuentro, cómo lo ordenaría en el mundo de sus representaciones y valores. Podemos imaginar quizá la magnitud de una perplejidad que no estaba amortiguada por la expectativa en cumplimiento, pues mientras para los españoles todo asombro era la confirmación de una esperanza y formaba parte del horizonte de su empresa, para el indígena la aparición del europeo fue una grieta abierta inesperadamente en la lisa superficie de lo cotidiano.

El castellano, así, no pudo servir para relacionarse, para conocer y dar a conocer, como habría deseado Colón, para instaurar una nueva comunidad que integrara a quienes podían incluso suscitar dudas, en algunos, sobre el rasgo humano de su diferencia. Sirvió, sí, desde el principio, para tomar posesión, para nominar lugares y personas, para incorporarlas por acto de bautismo a un nuevo dominio, para hacerse dueño del contorno, para poner un sello de propiedad sobre la realidad descubierta. El castellano fue, desde el comienzo, una expresión del nuevo poder, y si estuvo impedido inicialmente de cumplir el noble rol de puente de la relación interhumana entre antiguos y nuevos ocupantes del territorio, actuó, en una nueva modalidad americana de sello andaluz pero también niveladora de diferencias regionales peninsulares, como medio de consolidación e integración de los grupos descubridores y conquistadores, ligándolos al nuevo espacio y permitiéndoles instaurar la propia voz, voz necesariamente prescindente de las voces de los otros.

Las necesidades prácticas hacían ineludible, sin embargo, buscar la manera de remontar las barreras comunicativas, lograr entender y ser entendido, a fin de orientarse en la nueva tierra. Era necesaria la mediación idiomática, la formación de intérpretes que la hicieran posible. Los primeros fueron esos indios cautivos a los que se refiere Colón el mismo 12 de octubre de 1492 cuando escribe a los Reyes: "Yo, plaziendo a Nuestro Señor, levaré de aquí de mi partida seis [indios] a Vuestras Altezas para que deprenndan hablar" (II, 53). No por involuntaria es menos significativa de una determinada ideología lingüística subyacente esta equiparación de la propia lengua, en este caso el castellano —aunque no fuera la lengua materna del Almirante—, con la capacidad misma de lenguaje. Numerosos pueblos denominan a los que hablan otras lenguas los *mudos*, *los que no saben hablar*. Aprender a hablar es aquí aprender castellano, la lengua del conquistador. Expresiones similares de glotocentrismo se encuentran en la historiografía indiana posterior: Cieza, por ejemplo, refiere cómo Pizarro, en tierras de la Capullana "rogó a los prencipales que allí estaban que les diese cada uno dellos un muchacho para que aprendiesen *la lengua y supiesen hablar* quando bolbiesen"⁵. La importancia de la mediación lingüística se percibe en la preocupación constante de los conquistadores por disponer de intérpretes indígenas, pues sin ellos sólo quedaba el insuficiente recurso a las señas, la frustración de lo no dicho y lo no comprendido. Cuando, en Tumbes, Pizarro envía a tierra a Alfonso de Molina y a un negro, la incomunica-

5. Cf. F. Cantú, *Pedro Cieza de León e il Descubrimiento y conquista del Perú*, Roma, 1979, p. 186. Todas las citas de Cieza provienen de esta edición de la tercera parte de la *Crónica del Perú* y la referencia se hace en el texto mismo por medio de III y el número de página. Sin embargo, hemos tomado en cuenta las correcciones hechas por la editora para una nueva edición que se prepara en Lima (cf. al respecto K. Baldinger, "Vocabulario de Cieza de León. Contribución a la historia de la lengua en el Perú del siglo XVI", *Lexis* VII, I, 1983, pp. 2-3 y nota 3.

ción es, por cierto, absoluta, y el encuentro se reduce al asombro racial:

[al negro] como lo vían negro, mirávanlo y remirávanlo, hazíanle lavar para ver si su negrura era color o confación puesta; mas él, hechando sus dientes blancos de fuera, se reya y allegavan unos a verlo y luego otros, tanto, que aun no le davan lugar de lo dexar comer. Al español mirávanlo como tenía barvas y era blanco; preguntávanle muchas cosas, más no entendía ninguna: los niños, los biejos y las mujeres, todos con grande alegría los miravan. (Cieza III, 175).

Se comprende así que cuando Pizarro, fracasados sus intentos de que Tafur le dejara un navío, decide quedarse a la espera de refuerzos de Panamá en la desierta isla de la Gorgona, se esforzara tenazmente por impedir que Tafur se llevase, refiere Cieza, "los yndios de Túmbez que tenía (...) para lenguas" (III, 165) y enviase a Ribera a buscarlos al barco en el que Tafur se aprestaba a partir; se entiende también que, llegado el refuerzo anhelado, estos indios intérpretes, a diferencia de los de servicio que se quedan junto con tres españoles, formaran parte del grupo conquistador que volvía a hacerse a la mar "porque —dice Cieza— ya savían hablar y convenía no ir sin ellos para tenellos por lenguas" (ib., 170). Pero, ¿qué significaría "saber hablar"? ¿Qué alcance debemos dar a una afirmación como la de Cieza, a saber, que estos indios "Avían tenido con ellos [es decir, con los españoles] tantos días que avían aprendido mucha parte de nuestra lengua"? (ib. 172). El conocimiento, aun mínimo, de un proceso de bilingüización nos permite suponer que, en el momento aludido, estos improvisados intérpretes, las lenguas o farautes, como entonces se decía, eran bilingües incipientes, o subordinados en el mejor de los casos, habrían aprendido, unos más, otros menos, un castellano de emergencia, un pidgin primario, que

probablemente sería eficaz en contextos comunicativos elementales, en situaciones que precisaban una intermediación poco elaborada⁶. ¿Qué podían traducir estos intérpretes cuando se trataba de requerir al sometimiento político y a la conversión religiosa? ¿Qué podían entender los receptores de un discurso político-religioso que les era transmitido por un intermediario cuya propia recepción tenía que ser epidérmica y que lo debía de verter en el idioma del destinatario a su leal saber y entender, sin ninguna instancia de control? ¿Qué quedaría de la argumentación propia de un discurso ideológico, etno y glotocéntrico? El testimonio historiográfico nos ilustra paradigmáticamente, sin que importe la fidelidad literal, sobre este discurso castellano que gira sobre sí mismo, que se resiste a ser convertido en mensaje equivalente y cuya intransitividad se condensa en la reacción de los otros. Después de ser agasajado espléndidamente por la Capullana y sus principales, Pizarro —según refiere Cieza—

le habló con las lenguas que tenían diziéndoles quanto cargo le avían echado con la honra que le avían hecho, que el confiava en Dios algún día se lo pagaría y que de presente, por el amor que les avía cobrado, les quería avisar de lo que tanto les convenía, que era que olvidasen su creencia tan vana y los sacrificios que hazían tan sin provecho, pues a Dios solo convenía onrar y servir con sacrificios de buenas obras y no con derramar sangre de hombres ni de animales, afir-

6. Puede verse una opinión distinta a este respecto, con referencia a Martinillo, en J. A. Del Busto, *Dos personajes de la conquista del Perú*, Lima, 1969; según Del Busto, Martinillo, en el tiempo de la fundación de San Miguel, era ya "un dominador de la lengua castellana". Pero esta opinión se basa sólo en el hecho de que había vivido cinco meses en poder de los cristianos. Sobre el papel de los intérpretes en los siglos coloniales cf. F. de Solano: "El intérprete: uno de los ejes de la aculturación", en *Estudios sobre política indigenista española en América*, Valladolid, 1975, pp. 265-278.

mándoles que el Sol a quien adoravan por dios, no hera más que cosa criada para dar lumbre al mundo y para la conservación dél; que Dios todopoderoso tenía su asiento en el más eminente lugar del cielo y que los cristianos adoravan a este Dios, a quien llaman Jesucristo y que si ellos hazían lo mismo les daría la gloria del cielo y no haciéndolo, los hecharía en el ynfierno para siempre jamás (...). Y luego les dixo que supiesen que todos ellos avían de reconocer por señor y rey al que lo hera de España y de otros muchos reynos y señoríos; (III, 184-185).

Luego del Requerimiento, los naturales, en señal de obediencia, son exhortados a levantar una bandera que se les pone en las manos;

la qual —continúa Cieza— la tomaron y la alçaron tres vezes riéndose, teniendo por bulra todo quanto les avía dicho (...). Mas como lo que les pedía no les costava nada, conçedieron en todo con el capitán, riéndose de lo que les dezía (ib.).

Esta situación se repite con características idénticas al día siguiente con otro grupo: Pizarro les hace alzar la bandera, "mas también —reitera el cronista— lo tuvieron todo por bulra y se reían muy de gana de lo que oyan" (III, 186). La risa es aquí un signo de negatividad que devalúa al interlocutor en el ridículo, desconecta el circuito comunicativo y anula toda posible relación. Los naturales levantan las banderas porque esto "no les costava nada", en una acción radicalmente despojada de valor simbólico e inserta en el contexto de una pantomima que se revela como antítesis grotesca de la solemnidad del discurso castellano y lo desenmascara en su inadecuación, en su prescindencia efectiva del interlocutor, en su puro carácter de estereotipo ritual justificativo de la dominación.

En el dramático escenario de Cajamarca el esquema tiene, conocidamente, la variante de la violencia que estalla como colofón del Requerimiento. Aquí también los intérpretes son los mediadores del discurso argumentativo que pretende instar al interlocutor a que renuncie a su indentidad, convirtiéndose en un fantasma de sí mismo y privándose de su dimensión simbólica. En su *Relación*, el escueto Pedro Pizarro nos dice simplemente que el Padre Valverde fue

a las andas en donde Atahualpa benía, le habló y dixo a lo que yua y predicó cosas de nuestra Sancta Fe, declarándoselas la lengua. Lleuaba un breviario el Padre en las manos, donde leya lo que predicaua. El Atahualpa se lo pidió, y él se lo dio çerrado y como lo tubo en las manos [y] no supo abrille, arroxólo en el suelo (...). Pues pasado lo dicho, el Atahualpa le dixo que se fuesen para bellacos ladrones, y que los auía de matar a todos⁷.

Cieza, en cambio, yuxtapone una presunta comprensión del discurso y la negatividad de la burla:

Llevaba [Valverde] en las manos su breviario quando esto dezía. Atabalipa oyalo como cosa de burla. Entendió bien con el ynrépete todo ello; pidió a fray Vigente el breviario. Púsoselo en las manos, con algùn recelo que cobró de verse entre tal gente. Atabalipa lo miró e remiró, hojeólo una vez y otra. Pareciéndole mal tantas hojas, lo arrojó en alto sin saber lo que hera —porque para que lo entendiera avianselo de dezir de otra manera; (III, 251).

El noble comentario final de Cieza revela su conciencia del sinsentido y a la vez su optimismo retrospectivo sobre

7. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, ed. de G. Lohmann Villena, Lima, 1978, p. 38.

una comunicación posible. En una línea distinta, la crónica del contador Zárate tiene el interés de darnos una versión muy amplia del Requerimiento y de imaginar luego una elaborada respuesta retórica de Atahualpa, equivalente en cuanto estructura retórico-argumentativa al discurso de Valverde pero con rasgos adicionales de humor involuntario que ponen de relieve para el lector de hoy la imposibilidad de la confluencia. Al final de su intervención, Atahualpa le pregunta a Valverde

como sabia el ser verdad todo lo que auia dicho, o por donde selo daria a entender. El Obispo le dixo, que en aquel libro estaua escripto, que era escriptura de Dios. Y Atabalipa le pidió el Breuiario o Biblia que tenia en la mano. Y como selo dio, lo abrio boluiendo las hojas a vn cabo y a otro, y dixo que aquel libro no le dezia a el nada, ni le hablaua palabra y le arrojó en el campo⁸.

Las crónicas no son, por cierto, espejos fieles de los acontecimientos ocurridos, testimonios incontaminados de lo fáctico, y no se puede acudir a ellas, como fuentes de conocimiento del pasado, prescindiendo de las circunstancias y del acto de enunciación mismo, de los condicionamientos normativos del metatexto historiográfico. Tan importante como el destilamiento comparativo de la identidad del hecho histórico es la identificación de las actitudes ideológicas que subyacen al enunciado, el "verosímil" que el enunciador propone a los lectores posibles. Los testimonios allegados aquí plantean, con acentos diversos y con distintos niveles de conciencia, simulacros de situaciones comunicativas, pues la comunicación supone, cuando menos, la intersección de

8. *Historia del descubrimiento y conquista del Peru, con las cosas natvrales que señaladamente allí se hallan y los sucesos que ha auido*, Amberes, 1555, cap. 5, folio 37.

los horizontes vitales de los comunicantes, la coincidencia parcial de las constelaciones de presuposiciones e implícitos, que aquí no rigen. Y más allá de sus diferencias anecdóticas, ponen de relieve en toda su magnitud simbólica cómo el poder de la lengua se sustenta también en su transcodificación escrita. La escritura —a pesar de las reservas y temores expresados por Platón en el *Fedro*— hace del idioma un instrumento más desarrollado, le da al usuario posibilidades que le están negadas a quien dispone de la sola oralidad. Para decirlo con palabras de época:

Es la escritura la reparadora de la memoria, la vengadora del olvido, la conservadora de la posteridad. Seguramente se encierran en ella las medicinas, los remedios, porque se guardan i conservan puros, frescos, ilesos. Corre, buela, desaparecese fácilmente la palabra, la acción, la obra, si no se recoge i esconde en el papel. El hace que lo que se oye se vea, que lo que se hizo no perezca. No ai Depositario mas fiel ni abonado que el Libro; entero guarda lo que se le encomienda, entero restituye lo que se le deposita. En él viven las cosas, en él se mira lo pasado, vé lo presente y congetura lo futuro. Sin la pluma no corta la espada^{8a}.

Es un hecho que la ausencia de escritura en nuestras lenguas indígenas, que el Inca Garcilaso lamentó lúcida y resignadamente⁹, ha gravitado de modo negativo en el proceso de nuestra nacionalidad porque impidió un cierto equilibrio en la relación intercultural y propició, en cambio, el surgimiento y la consolidación de actitudes que han entorpecido, cuando no trabado, dicha relación. Aquí la pluma fue compañera de la espada y cortó junto con ella. Por el lado de la cultura dominante, dichas actitudes pueden ser

8a. Fray Diego Niseno, *El político del Cielo*, Barcelona, 1638, Libro V, cap. 8.

9. *Comentarios Reales*, Libro VII, cap. 8.

ilustradas con aquellas anécdotas —que parecen recoger un antiguo motivo folklórico y que la tradición historiográfica y literaria ha configurado en variantes diversas— acerca del indio portador de una cantidad determinada de comestibles (animales asados en Pedro Mártir de Angleria, frutas en el Padre Acosta, en Garcilaso y luego en Palma) y que no sale de su perplejidad al comprobar que el remitente o el destinatario (según los casos) logran enterarse, a través de un mensaje escrito cuya naturaleza y función desconoce, de que se ha comido parte de ellos por el camino. El de Angleria al comentar esta anécdota, referida a los indios de La Española, nos da además una clave interpretativa según la cual la escritura, practicada allí por los españoles en unas hojas del árbol llamado *copei*, se utiliza como signo de superioridad y funciona como un importante mecanismo de control social: “Así se chancean de los ignorantes isleños, y éstos tienen a los nuestros como dioses, por cuyo imperio las hojas descubren lo que ellos pensaban ser secreto. Extendiéndose por la isla el rumor de que las hojas hablan al arbitrio de los nuestros, contiene a los insulares en la fidelidad de lo que se les encarga”¹⁰.

Del lado indígena, podrían traerse a colación diversos tipos de testimonio del impacto que ha tenido esta diferencia cultural y de la importancia que se le asigna como factor constitutivo de la cultura dominante. He aquí dos ejemplos. El primero de ellos está en representación de los varios mitos que, de manera central o sólo lateral, se refieren a la escritura; su especial valor testimonial se lo otorga el hecho de ser un mito cosmogónico, recogido modernamente en Urcos (Cuzco), en el cual la escritura es un elemento de oposición, enfáticamente subrayado, entre dos de las tres generaciones de una segunda etapa de la creación divina. En efecto:

10. *Décadas del Nuevo Mundo*, Trad. del latín de Joaquín Torres Asencio, Buenos Aires 1944, III, 8, pp. 277-278.

En la segunda etapa, Dios crea el mundo de Jesucristo, que es el actual y que algún día llegará a su fin. A la presente generación Dios la crea en tres categorías. Primero los *qollas*, que habitan al lado del gran lago. Estos siempre llegan a estas tierras en busca de comida, ya que los *qollas* fueron pecadores. Segundo los *inkas*, que vivieron en la gran ciudad del Cuzco. Tenían gran poder y pudieron hacer grandes cosas, como ciudades, caminos y fortalezas, porque Dios los hizo así, pero no se les dio el gran poder de saber leer. Cuando llegaron los *mistis*, los *inkas* se fueron hacia el Tayta Paytiti y escaparon hacia los cerros, ocultándose con sus esposas en las punas, lugar a donde los *mistis* no pudieron llegar. Por eso viven en las punas más solitarias e inhóspitas, como castigo de Dios por los pecados que cometieron. Tercero los *mistis* que son los hijos últimos de Dios, los "chanas" de la creación y así hacen lo que se les antoja y Dios les soporta los pecados; además, saben leer¹¹.

El segundo ejemplo es el testimonio individual de la autobiografía de Gregorio Condori Mamani, cuzqueño, monolingüe en quechua, recogida hace algunos años por dos antropólogos. En un pasaje de su narración, Condori Mamani parece condensar, casi cuatro siglos y medio después de la confrontación de Cajamarca, la versión de Zárate sobre la reacción del Inca y las anécdotas sobre el poder de la letra:

Los Inkas no conocían papel escritura; cuando el *taytacha* quería darles papel, ellos rechazaron; porque se enviaban noticias no en papeles sino en hilos de vicuña; (...). Estos hilos eran como

11. Cf. M. Marzal, *El mundo religioso de Urcos*, Cuzco, 1971, pp. 62-69. Otros mitos concernientes a la escritura se encontrarán en A. Ortiz, *De Adaneva a Inkarrí*, Lima, 1971 y en R. Montoya, "Comunidades y clases en los Andes", en *Sociedad y política*, 9, julio de 1980, pp. 29-39.

libros pero los españoles no querían que existiesen y le habían dado al *Inka* un papel:

— Este papel habla —diciendo—.

— ¿Dónde está que habla? Sonseras, quieren engañarme.

Y había botado el papel al suelo. El inka no entendía de papeles. ¿Y cómo el papel iba a hablar si no sabía leer? ¹².

* * *

Bajo el signo de la incomunicación radical, primero, de la pseudo-comunicación y de la comunicación precaria, después, con la instauración de una lengua funcionalmente más desarrollada desde la que se ejerce el poder y se constituye el nuevo orden, se inicia el proceso de nuestra nacionalidad. En nuestro origen, el castellano, la lengua cuantitativamente minoritaria, se convierte por obra de las nuevas estructuras coloniales en la lengua cualitativamente mayor hacia la que los hablantes de las lenguas indígenas, numéricamente mayoritarias, deben gravitar, rebajados sus idiomas a la minoridad cualitativa. La gravitación hacia el castellano —que los siglos convertirían también en la lengua compartida por el mayor número de hablantes— aflora ya en el primer bilingüismo. Los primeros bilingües —intérpretes improvisados, intermediarios y tantas veces manipuladores de las intenciones cuando no truhanescos artífices de la traición— fueron indígenas que debieron aprender el castellano. El dominado aprendió primero la lengua del dominador, como auguraba el Obispo de Avila, y son pocos los casos de la dirección inversa: los cronistas de la conquista mencionan aquí y allá uno que otro español dispuesto al aprendizaje de una lengua nativa, como ese Alonso de Molina, de destino incierto, que bajó en Tumbes con el negro y se quedó entre

12. R. Valderrama y C. Escalante, *Gregorio Condori Mamani: Autobiografía*, Cuzco, 1977.

los indígenas; o Hernando de Aldana, quien, según Cieza, "entendía un poco de la lengua de los yndios porque lo avía procurado" (III, 248); o como ese otro apellidado Prado, quien según el mismo cronista "entendía algo de la lengua" y en la campaña de los Chachapoyas hizo uso humanitario de esa capacidad cuando unos indios acorralados en unas estrechuras para no caer en manos de los españoles se lanzaban al río a una muerte segura: Prado —dice Cieza— los "amonestava. . . no fuesen locos en andar, como andavan de collado en collado como guanacos, trayéndolos el diablo engañados, por les llevar la ánimas, que dexasen las armas y saliesen al capitán como amigos y que los trataría con mucha beninidad" (III, 409). No serían estos casos comparables a los de México, como el de Gerónimo de Aguilar, náufrago de una expedición anterior y cuyo dominio del maya lo convierte en el intérprete principal de Cortés, en trabajosa complementación con la Malinche, bilingüe en maya y náhuatl, cuando había que comunicarse con un azteca, o como el de Ortegulla, el paje español que Cortés pone al servicio de Montezuma porque conocía ya el idioma del soberano.

¿Cómo se fueron configurando, sobre estas bases, la fisonomía idiomática del Perú y la red de sus vasos comunicantes? ¿Cuál fue la orientación de las decisiones glotopolíticas, cuáles fueron las consecuencias psico y socio-lingüísticas de las circunstancias primigenias? ¿Cuáles los avatares de la comunicación entre estos hombres de diferentes orígenes, de diferentes lenguas y cosmovisiones^{12a}, que desde sus distintas castas, desde las cimas del señorío y desde las depresiones de la servidumbre, protagonizaron a través de siglos, sin saberlo los más, quizá imaginándolo algunos, la nueva formación histórica que hemos heredado? Muchas de estas

12a. Sobre la comunicación con y entre los esclavos africanos cf. F. Romero, "El habla costeña del Perú y los lenguajes afronegros", en este *Boletín* 12, 1977, 143-236.

preguntas sólo pueden contestarse a través de reconstrucciones especulativas, de aproximaciones parciales, extrapolarando datos a veces menudos, atesorando documentos solitarios que un venturoso azar rescata para permitirnos atisbar la complejidad de los fenómenos.

La política lingüística de la administración colonial se caracterizó por sus vacilaciones y matices, pero fundamentalmente osciló entre el imperialismo idiomático radical que tendía a la imposición excluyente del castellano, única lengua considerada capaz de expresar las verdades evangélicas, y el urgido realismo que fomentó el estudio de las lenguas indígenas generales, para que pudieran servir de instrumentos de la catequesis. A esta última orientación debemos tanto la propagación de estas lenguas generales y, en especial del quechua, como la obra admirable de los primeros lingüistas, esos hombres alumbrados por el talento y sostenidos por la constancia, que elaboraron las primeras gramáticas, los primeros diccionarios de las lenguas indígenas, los primeros catecismos, rescatándolas de su agrafía y de su anomia por considerarlas instrumentos dignos de la grandeza de la Revelación. Pero ni este esfuerzo generoso ni el empeño de algunos bilingües por cultivar el quechua en formas artísticas pudieron bastar, ciertamente, por la naturaleza misma del sistema de dominación colonial y por las circunstancias diversas que se derivan de ella, para convertir al quechua en lengua literaria, en el sentido de la precisión expuesta al comienzo de esta disertación. Esta corriente de acercamiento comunicativo al indígena en su propia lengua constituyó, sin duda, —por más que frenara la reclamada castellanización— una manera más eficaz que la inversa de transmitir contenidos socio-políticos y religiosos y, en el terreno religioso específicamente, coadyuvó de modo decisivo en el proceso de aculturación que concluyó en un nuevo sistema de creencias, valores y ritos en el mundo andino. Ahora bien, los hitos de este proceso, así como sus resulta-

dos, están en estrecha relación con formas de comunicación precaria y quebrada, debidas en parte a un insuficiente dominio de la lengua del lado de los doctrineros, en parte a que el indígena desarrolló un explicable sistema defensivo basado en la pasividad y en la simulación, con las que implícitamente negaba su disposición comunicativa. En un documentado y hermoso libro reciente de Manuel Marzal sobre la transformación religiosa del hombre andino¹³, se pueden encontrar interesantes testimonios de ambos hechos. Respecto de lo primero, son muy numerosos y constantes los reclamos de autoridades civiles o eclesiásticas sobre la insuficiente competencia idiomática mencionada, la cual a veces era juzgada como incompetencia teológica. Así, el dominico Francisco de la Cruz, en una carta al rey de 1657, menciona como una de las causas del insuficiente adoctrinamiento de los indios el hecho de que

La doctrina cristiana y catecismo en su lengua [es decir, en la lengua de los indios] tiene herejías y no pocas, en el credo hay tres; y en lo demás innumerables barbaridades, porque el que lo tradujo en aquella época debió ser lenguaraz, pero no teólogo para poder aplicar con propiedad de términos el sentido¹⁴.

De lo segundo tenemos un valioso testimonio, que no por estar envuelto en el ropaje de una ficción dialógica es menos revelador. El sacerdote Pedro de Quiroga, después de muchos años de trabajo pastoral en el Perú, escribió en España unos *Coloquios de la verdad* (1563?) sobre las dificultades de la evangelización. En el diálogo cuarto, el español Barchilón habla con el indio Tito y expone las quejas de los misioneros sobre los indios. El pasaje más representativo, dentro de nuestro contexto, es el siguiente:

13. M. Marzal, *La transformación religiosa peruana*, Lima, 1983.

14. *Apud* Marzal, op. cit. en la nota 13, p. 134.

A quanto se os enseña callais, de manera que si os dicen que Dios crio el cielo y la tierra decís que es assi; y si os dicen que lo crio un hombre, también decís que es assi. . . ; no pedís razón de lo que no entendéis, ni la dais de cosa que hayáis oydo, y se os haya predicado. A bocas y oydos tan cerrados, no se halla modo de poderos enseñar las cosas de nuestra fe. . . ^{14a}.

La política asimilacionista fue restaurada en época de Carlos III. La célebre cédula del 10 de marzo de 1770 ordena una más decidida castellanización "para que de una vez se llegue a conseguir —dice el texto— el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa (. . .) y sólo se hable el castellano"¹⁵. Unos diez años después, en plena rebelión de Tupa Amaro, Juan Manuel Moscoso, obispo del Cuzco, en carta al visitador Areche se hace eco de esa política y ofrece algunos datos valiosos sobre la situación lingüística:

Si consideramos que el idioma permanece en los indios, sin alteración, y en algunas partes tan íntegro, que si no se ha perdido vos alguna del dialecto con que se manejaban aquellas rusticas gentes, es otro asunto digno de lástima a la nación española: Yo bien veo que se fatigan las prensas en darnos ordenanzas y establecimientos para quitar de los indios el lenguaje, y que en conformidad de los reales Rescriptos sobre esta materia, los Prelados celosos lo tienen mandado con grandes apercivimientos en las Visitas de sus Diócesis, prescribiendo se doctrinen en castellano los jóvenes. ¿Pero, qué aprovecha este connato? Quando siguen los naturales en su idioma, y por la

14a. P. de Quiroga. *Coloquios de la verdad*, ed. Fr. J. Zarco Cuevas, Sevilla, 1922, p. 113.

15. Cf. M. A. Ugarte Chamorro, "En torno a la oficialización del castellano en el Perú, en *Sphinx* (Lima), 14, 1961, p. 120.

maior parte tan tenazes, que hay poblaci3n en que se hablan tres distintos, totalmente opuestos entre s3, como son Quichua general, la Aymara y Puquina! Mas de doscientos a3os he dicho tenemos de conquista, y cuando el sistema de todo conquistador es traer a su idioma la naci3n conquistada, nuestros espa3oles en nada m3s parece que han pensado que en mantenerles en el suyo, y aun es acomodarse con 3l, pues vemos le usan con m3s frecuencia que el propio. Los inconbenientes que de ello se siguen son obvios al m3s ciego y mucho es lo que padecen, Dios, el Rey y la causa p3blica por esta reprobable pr3ctica¹⁶.

Este pasaje, en el que resuena el famoso *dictum* nebricense sobre la lengua como compa3era del imperio, testimonia no s3lo las ideas asimilacionistas de Moscoso sino la persistencia de importantes conglomerados de poblaci3n ind3gena monoling3e y la pr3ctica, que el obispo censura, de un acercamiento comunicativo a estos ind3genas en su propio idioma. El *Estado de la poblaci3n del Virreinato* anexa a la Memoria de 1796 del Virrey Gil de Taboada y Lemos¹⁷ contiene datos estad3sticos que permiten cuantificar aproximadamente la alusi3n de Moscoso al monoling3ismo ind3gena. Si bien los datos se refieren a las castas y por m3s que adolezcan de imperfecciones, se puede suponer que el 56.9% de indios que se menciona no ser3a muy superior al de los hablantes exclusivos de vern3culo, como es tambi3n probable que el 22.8% de mestizos estuviese constituido por una mayor3a de biling3es en espa3ol y vern3culo. El cuadro se completa con el 12.6% de espa3oles (chape-

16. Cf. *T3pac Amaru y la iglesia. Antolog3a*, Lima, 1983, p. 274.

17. *Memorias de los Virreyes que han gobernado en el Per3*, Lima, 1859, tomo VI. Estos datos ya fueron utilizados por A. Mir3 Quesada en otro contexto y de 3l los tomamos: cf. "Consideraciones sobre el factor racial en la independencia del Per3", en *Tiempo de leer, Tiempo de escribir*, Lima, 1977, p. 280.

tones y criollos que serían mayoritariamente monolingües de castellano) y con el 3.9% y el 3.8% de castas libres y de negros esclavos, respectivamente.

Por lo demás —dicho sea al pasar— Moscoso ofrece una interesante mención del puquina, la cual confirma la necesidad de revisar la cronología de extinción de esta lengua que según Alfredo Torero se produjo en el curso del s. XVII y de la cual sólo quedan relicta léxicos en la terminología de los herbolarios Callahuayas de Charazani (al nordeste del lago Titicaca, en Bolivia)¹⁸. Si la observación de Moscoso estaba referida al Cuzco mismo, como parece probable, se aseguraría la presencia del Puquina en esta región de los Andes, estableciéndose una continuidad con el testimonio de inscripciones de la fórmula de bautismo en cinco lenguas, entre ellas el puquina, en la Iglesia de Andahuaylillas, al sur del Cuzco, edificada en el s. XVII, testimonio que ha sido interpretado por el mencionado lingüista en el sentido de que gentes de habla puquina habitaban cerca del lugar y acudían allí a recibir el bautismo.

Pero el obispo se equivocaba, sin duda, al sugerir que las lenguas indígenas se habían mantenido intactas, incontaminadas, históricamente congeladas durante más de dos siglos. La realidad era distinta. En el tiempo transcurrido se habían cuando menos iniciado, en algunos casos, si no se encontraban ya en estado avanzado, en otros, varios procesos referentes a la distribución y a la estructura misma de las lenguas en contacto, a la formación de nuevas variedades idiomáticas, a la existencia de nuevos tipos de hablantes y a las actitudes relativas a éstos y a aquéllas.

18. Cf. A. Torero, "Lingüística e historia de la sociedad andina", en *El reto del multilingüismo en el Perú*, comp. por A. Escobar, Lima, 1972, pp. 51-106, esp. p. 59. W. Espinoza, "Los fundamentos lingüísticos de la etnohistoria andina y comentarios en torno al Anónimo de Charcas de 1604", en R. Cerrón-Palomino (Compilador), *Aula quechua*, Lima, 1982, p. 185, señala una mención del puquina, referida a la provincia de Condesuyos, obispado de Arequipa, en 1815.

En lo que atañe a las lenguas indígenas, cuyos hablantes, ubicados en los niveles más bajos de la escala social habían desminuido tanto en términos absolutos como en términos proporcionales respecto de los inicios de la Colonia, hay que recordar no sólo la ampliación de la zona de difusión del quechua sino también los desplazamientos areales de lenguas como el aru o el puquina. Sometidas a presiones de diversa procedencia, varias lenguas y dialectos indígenas no pudieron ofrecer resistencia y entraron en un anquilosamiento que terminó por convertirlas en sustratos de sus antiguas áreas lingüísticas de vigencia. El puquina se extinguió probablemente sólo en el siglo XIX —a juzgar por el dato de Moscoso para el Cuzco y por otro de 1813, que se ha señalado recientemente, para Arequipa (cf. n. 18); las lenguas costeñas cedieron íntegramente frente al español y desaparecieron progresivamente —la más resistente sólo a fines del siglo XIX— y sus huellas quedan en la toponimia o en los castellanos regionales. Y en general, las lenguas mayores que resistieron la expansión de la lengua oficial también fueron penetradas muy tempranamente por el castellano, en un proceso cada vez más intenso de absorción de préstamos, atestiguado desde el siglo XVI.

El castellano, por su parte, anclado en su impronta genéricamente americana, venía desarrollando su perfil específico en la confrontación con los nuevos espacios y las nuevas formas de vida social, con las nuevas costumbres y necesidades que el medio imponía, con hablantes de lenguas distintas. No se trataría tampoco de un castellano homogéneo, pues estarían por lo menos delineándose las variedades sociales y regionales, activadas por la acción de adstratos y sustratos, de las peculiaridades de los medios locales, del mayor o menor aislamiento de los asentamientos humanos, de su carácter urbano o rural, de la presencia, mayor o menor, o incluso de la ausencia de normas prestigiosas. Este nuevo castellano materno de criollos y mestizos (muchos de

los cuales eran bilingües coordinados) constituía el resultado de un tenso equilibrio entre la peculiaridad local y la norma metropolitana que los chapetones refrescaban y que frenaba un desviacionismo mayor. No es posible documentar detalladamente los hitos de este proceso general, por más que queden testimonios de los tempranos intentos por recoger voces provinciales que singularizaban léxicamente a una región. Quién sabe si también en incipientes modalidades idiomáticas divergentes sustentaban tales criollos y mestizos, más allá de las valoraciones de los unos respecto de los otros y de su posición en la jerarquía social, ese nuevo sentimiento de patria que el Conde de Nieva reconoció tan tempranamente en una carta de 1562 al Rey:

los hijos descendientes y sucesores de ellos [i.e. de los conquistadores] no tenían amor a los reyes ni reinos de España ni a las cosas de ellos por no los haber conocido y nacido acá, antes aborrecimiento como regularmente se ve y entiende ser los de un reino gobernado por otro, aunque sean descendientes de españoles y porque el amor que por nacimiento y naturaleza de nacer el hombre en la tierra se adquiere es muy grande, tanto y caso mayor que a los padres y a la tierra donde descenden, y esto por experiencia se muestra y se ha visto en Italia en el reino de Nápoles, que hijos de padres españoles acuden antes al apellido de la patria donde nacen que no al apellido de españoles donde traen origen, y así se ha visto en bullicios y alteraciones pasadas, cuanto más muertos los padres adelante con el largo transcurso del tiempo que serán tan naturales como los indios nacidos acá¹⁹.

19. Cf. *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles Siglo XVI*. Documentos del Archivo de Indias. Publicación dirigida por R. Levillier, Madrid, 1921-1926, 13v., tomo I, pp. 395-471; la cita en la p. 410 (*Apud* A. Salas, *Crónica florida del mestizaje de las Indias*, Buenos Aires, 1960, pp. 136-137).

Pero dentro del esbozado cuadro de variantes diatópicas y diastráticas hay que considerar también otro castellano, el de los hablantes maternos de lenguas indígenas en camino al bilingüismo y que poseerían grados distintos de competencia en la lengua oficial. Podemos imaginar bien, porque la situación se repite hoy ante nuestros ojos y oídos, cuán diferenciados por su mayor o menor elaboración y alcance comunicativo, por su mayor o menor proximidad a las normas castellanas, estarían estas hablas sustancialmente transicionales que, a pesar de llevar, en grado distinto según las variables aludidas, el estigma y menosprecio de su precariedad y su origen secundario, eran entradas sin zaguán mediatizador a los predios de la oficialidad idiomática. Todas estas hablas compartían ciertos rasgos motivados por interferencias recurrentes de las lenguas maternas, y es en virtud de estos rasgos comunes —no exclusivamente fonológicos— que podemos categorizarlas como manifestaciones de una variedad singular, de estabilidad relativa y de empleo principalmente oral.

Una carta de Manuel de Mollinedo, obispo de Cuzco a finales del siglo XVII (1699), nos ilustra sobre los grados de competencia castellana de los indígenas. La castellанизación, dice Mollinedo, es

uno de los cargos que se hacen a los curas y que los visitadores llevan a su cuidado el examen de su cumplimiento; pero se ha reconocido que, fuera de los indios que vulgarmente se llaman ladinos y son los que desde su niñez se han criado en las casas de los españoles, los demás son muy tardos en aprenderla y la pronuncian con dificultad y no llegan a entender el propio y substancial sentido de ella; y siendo esto de grave inconveniente por lo que toca a la doctrina cristiana, he dispuesto que la enseñanza de las oraciones y misterios de nuestra santa fe y explicación del catecismo sea en su idioma general... (...)

Esto en lo que toca a los pueblos de fuera, porque en la ciudad los más indios la hablan y entienden por la continua comunicación y trato con los españoles²⁰.

En las actas de un proceso judicial seguido en Huanavelica en la segunda mitad del mismo siglo²¹ a los presuntos comprometidos en los preparativos de una rebelión abortada, podemos comprobar la variedad de situaciones comunicativas que se derivan justamente de las diferentes competencias idiomáticas. Los inculpados, sospechosos o testigos son hablantes monolingües de quechua o bilingües con diverso grado de competencia en castellano que comparecen y dan su testimonio a través de intérpretes o de modo directo, según el caso. Algunos monolingües no saben firmar y deben hacerlo a través del protector de naturales, tampoco pueden decir su edad; otros saben firmar e incluso son aludidos con el tratamiento respetuoso de *don*, que denota un status especial en la comunidad, generalmente vinculado a alguna función dirigente. Quienes dan su testimonio en castellano son presentados como indios "ladinos en lengua española" y generalmente no saben firmar. A veces se señala expresamente, como en el caso de un tal Luis de Segura, que por tratarse de un indio "ladino en la lengua española fue examinado sin intérpretes", aunque Segura tampoco es alfabeto y no puede firmar. Y, finalmente, en otro caso, se reconoce una mayor competencia idiomática en el declarante; de Juan de Esquivel se dice ser "mestizo de la provincia de Jauja, ombre de razón y capas ladino en la lengua española"; pero tampoco sabe firmar.

20. *Apud* Marzal, op. cit. en la nota 13, p. 99.

21. El legajo fue descubierto por F. Pease G.Y., quien tuvo la amabilidad de llamarme la atención sobre los textos a los que hago referencia más adelante y de los cuales doy a conocer uno, la carta de J. Sulcaguamán. La transcripción de estos textos fue realizada conjuntamente por F. Pease y por mí.

En la telaraña de preguntas y respuestas, de réplicas y dúplicas que se refieren en el discurso indirecto del texto, se puede sentir casi las tensiones de estos diálogos mediatizados, las contradicciones que muchas veces parecen agravarse en la traducción, la desdicha, en suma, de las barreras lingüísticas en situaciones límite. Se puede percibir asimismo la preocupación de la autoridad colonial por la competencia idiomática castellana de algunos sospechosos, sobre todo cuando se trataba de individuos de presumible liderazgo, como en el caso de los curacas. Al inculpado Agustín Condori, indio monolingüe que declara por intérpretes, natural de Acos, sin oficio, se le pregunta a este respecto por los hijos de su Curaca de Quiquixana, presumiblemente comprometido en los preparativos de la rebelión, y Condori responde que uno de ellos "habla en español" y el otro "habla poco la lengua española". Este mismo legajo que comentamos nos ha conservado justamente valiosos testimonios escritos de bilingües alfabetos, con toda probabilidad curacas o miembros de familias curacales, testimonios que revelan rasgos de la variedad castellana propia del bilingüe subordinado, cuyo esfuerzo idiomático nos permite atisbar el complejo y difícil proceso de apropiación del castellano por parte de los hablantes de lenguas indígenas. Uno de estos testimonios es la carta que Joseph Súcaguamán escribe a un tío suyo, y que damos a conocer aquí, prescindiendo del comentario lingüístico detallado que el carácter de este ensayo impide^{21a}:

Señor mío, holgaréme mucho que gose Vmd. de la buena salud que este su serbidures le desea en pueno compañía de ysa mes señoras y de los niños. A mi señor doña Madalena me hará

21a. Para este análisis remito a un trabajo, de próxima aparición en el *Anuario de Lingüística Hispánica* de la Univ. de Valladolid, titulado "Un testimonio de español andino en el Perú del s. XVII".

merced de dar muchos abarsus, qanque no se acuerda ya de sus yjos yo lo tengo muy a la memoria por los venefigios y las mercedes yo recibía en ysa casa. Yo a Dios las gracias estoi con gran cuidado de que Joan Gerónimo esta ausinte de la ciudad de los Ries; se ausintó sin aberdado ocajiún de nada para España con un mosu de casa del señor general Don Milchor Malo sin lecençia de su maestro; yo hicho loco puscando en la ciudad por todas las barbareas y mi dio notiçia que estaba en el Callao; nu halle mula tan apreza, como yra tiempo de armada estaba toda la gente en el Callau, hallé ocajiún de mercar una mula encillada enfrenada en 1000 pesos sulamente. El amor de la sangre nomás mi opligó a un desatino, subre que desde que estoi en Lima no me enbarcado, sulamente este muchacho me opligó que yo me enbarcasse, que se fuera otro, más que fuera; fue tanta su engratitud asi que me vido que yo eva allegando jonto de la capitana vido[me] si escondió, pues se el me tubiera bulundad, aunque toviere debajo de ciete estados mi oviera de llamarme, no esconderci; en fin, es muchacho, no recno[ce] el vien que pierde de andar de aquí parallá. Saved como yo lo y sintido, porque si a mí ovírame dicho, s[eñor], yo quiero ir a España, yo sui tan amigo de dar . . . y lo uviera abiado con alguna persona segura. Sin más ni más yo me boi, allá él, lo ychará de ber qué cosa es trabajo el día de Nuestra Señora de . . . Unos calsunes de paño nuevo y un jobon de Atengio noybo, ysu nomás llevó. Esto abisu a Vmd., conque no soi mas largo en esta carta, guarde Dios nuestro Señor muchos años, en la villa de Guancavelica en 14 del mes de ynero de 166 . . . Besa su mano su subreno y serbidor de Vmd. Joseph Sulcaguamán.

Este castellano de Sulcaguamán permite tender un puente hasta el presente pues muestra, en el contexto de una versión antigua, fenómenos de esa interlengua que hoy es

instrumento comunicativo generalizado de los bilingües subordinados y cuyo estudio científico, desde el punto de vista lingüístico y sociolingüístico, ha sido iniciado por Alberto Escobar²². Se trata de la continuidad de los estadios intermedios de un proceso de bilingüización que sigue produciéndose en circunstancias análogas, con los mismos vicios, sometido a las mismas actitudes discriminatorias y cuyos resultados son objeto de prejuicios y de evaluaciones despreciativas. En el curso de los siglos, cantidades de hablantes monolingües de vernáculo han "aprendido" el castellano en las condiciones más adversas imaginables, con el resultado de un sistema fracturado, precario y estigmatizado socialmente, que, desde el punto de vista de una teoría comunicativa que atienda a las formas de relación que se establecen entre los comunicantes en función del dominio de las posibilidades del sistema mismo, sólo permite una comunicación asimétrica, en la que el bilingüe es desde el comienzo la instancia débil y deprimida de la relación polar, pero no sólo por razones relativas a la técnica misma del hablar, sino por motivos psico-sociales, pues estos viciados procesos de bilingüización, además de implicar situaciones sociales y económicas de desventaja, han supuesto frecuentemente un desarraigo cultural y lingüístico, al haber sido orientados por una implícita ideología asimilacionista y homogenizadora. Que un niño monolingüe en vernáculo sea escolarizado hasta hoy —salvo valiosos programas excepcionales o experimentales— en castellano y no a través de una educación bilingüe que preserve su identidad y lo resguarde de la discriminación es resultado no sólo de carencias económicas o técnicas sino también de la permanencia de estereotipos mentales, de prejuicios o de extendidas arrogancias glotocéntricas.

22. *Variaciones sociolingüísticas del castellano en el Perú*, Lima, 1978.

Nuestra comunidad nacional está afectada seriamente por este tipo de deformaciones, como también lo está por barreras comunicativas más fuertes, propias de los monolingüismos enfrentados, que nos remiten a nuestros orígenes históricos. Hace poco más de un año el país fue sacudido por una tragedia ocurrida en una comunidad vernácula monolingüe de Iquicha y se vio confrontado luego con la necesidad de razonar sobre las diversas raíces de una violencia que produjo estupor y consternación, entre otras muchísimas razones y más allá del horror que dolorosamente se reitera, porque estuvo asociada a situaciones de radical incomunicación, de abierta colisión cultural, de fronteras psicológicas infranqueables. Para llevar a cabo el propósito de un primer esclarecimiento pre-judicial, para establecer el diálogo apremiante, fue necesaria la intermediación idiomática, el recurso a intérpretes que sirvieran de puente verbal entre comuneros y antropólogos, juristas, psicólogos, etc. La diferencia con antaño reside en que los farautes de hoy pueden ser no sólo bilingües coordinados sino incluso, dado el caso, lingüistas experimentados, y si la situación lo exige se puede convocar a connotados miembros de la *intelligentsia* nacional que intenten ventilar la viciada y pervertida racionalidad de la violencia y la destrucción.

Otros acontecimientos en apariencia triviales son igualmente significativos en este contexto, si bien no hemos incidido hasta ahora en el ámbito de nuestro territorio selvático, cuya problemática étnica y lingüística presenta características muy específicas y exige soluciones correspondientes: a comienzos del presente año una expedición exploratoria de nuestra Marina de Guerra fue atacada en el Istmo de Fitzcarrald por grupos de nativos, quizá piromaschcos, yaminaguas o machiguengas. La información periodística consignó lo siguiente:

Ni el prolongado diálogo con los intérpretes, ni la entrega de hachas que les hicieron, convencieron a los salvajes, que en canoas y armados de flechas venenosas y hachas empezaron a rodear las barcas de los marinos creyendo además, de que [sic] les querían quitar sus huevos de charapa (tortuga de río).

Los marinos tuvieron que emplear sus armas de fuego, evitando herirlos pero sí asustarlos, a fin de que los dejaran tranquilos²³.

Prescindamos ahora de los automatismos hermenéuticos que revela el texto del reportero y que también forman parte del problema, y reconozcamos en el episodio una situación análoga a las innumerables que habrán ocurrido en el curso de nuestra historia y que aquí han quedado ilustradas con testimonios primigenios del descubrimiento de América.

Pero no se trata de aludir a una reciente tragedia para alimentar extendidas demagogias ni referir episodios anecdóticos para devaluar en un pintoresquismo de fáciles simetrías circunstancias graves de nuestra actualidad. Tampoco se trata de fomentar actitudes pesimistas o escépticas sino de reflexionar críticamente sobre los problemas que se le presentan a una nación en proceso en el ámbito de la lengua y la comunicación. Sería ingenuo o tendencioso, sin embargo, desligar esta problemática de su contexto económico y social. Los problemas lingüísticos y comunicativos comentados no se dan en el vacío, no son abstracciones más o menos atendibles sino expresiones concretas de profundas desararticulaciones, de asimetrías, de contrastes penosos en la vida de una comunidad que pretende ser nacional. Porque una nación plurilingüe y pluricultural sólo existe como realidad o es viable como proyecto sobre la base de un sentimiento de co-pertenencia que se genera en comunidades humanas diferenciadas total o parcialmente en su lengua y

23. *El Comercio*, 18 de enero de 1984, Sección A. p. 1.

en su cultura a partir de presupuestos, tradiciones y perspectivas comunes, y que es incompatible con oprobiosos desniveles sociales y económicos, y con la falta de respeto por la idiosincrasia idiomática y cultural.

Si bien el castellano es ya hoy la lengua mayoritariamente compartida y está destinado a ser, por múltiples razones que no es del caso razonar ahora, el medio comunicativo general de todos los miembros de la comunidad nacional, nuestras lenguas indígenas, y muy particularmente las mayores, deben ser no sólo estudiadas —como felizmente ocurre otra vez desde hace algunos años con competencia científica y ahinco— sino codificadas y elaboradas, de modo que se constituyan en vehículo comunicativo y cognoscitivo cabal, es decir, polifuncional para sus hablantes, e instrumentos adecuados para la educación formal. Los procesos de codificación y elaboración de las lenguas —que en el caso nuestro están aún en una etapa incipiente— son posibles a través de difíciles, complejos y costosos procedimientos planificadores, que debe asumir prioritariamente un estado con voluntad de justicia y equidad; pero también a través de reformas concomitantes en los terrenos económico, social, administrativo, que los hagan viables²⁴.

Ahora bien, la investigación y el planeamiento lingüísticos no pueden estar referidos sólo a las lenguas indígenas; también el castellano nuestro requiere un poderoso impulso investigador, sobre todo en lo que se refiere a sus variaciones geográficas y sociales, pues sólo sobre esta base los esfuerzos de planeamiento educativo pueden ser serios y eficaces, y ayudar también a superar las desigualdades derivadas del uso del idioma. En este contexto, es necesario decir que mientras en otros países, limitándonos sólo al

24. Vid. a este propósito, R. Cerrón Palomino, *Multilingüismo y defensa idiomática*, Lima (C.I.L.A., Doc. de trabajo N° 46) 1983.

contexto sudamericano, la investigación dialectológica y la educación idiomática merecen el decidido apoyo del Estado y de las instituciones privadas, lo que ha permitido, por ejemplo, que Colombia haya terminado ya de publicar todos los volúmenes de su Atlas Lingüístico-etnográfico, en el Perú la investigación científica del castellano se encuentra en un estadio preliminar, librada a iniciativas y esfuerzos individuales muy loables, los cuales, sin embargo, deben crecer y convertirse en una fuerte corriente de investigación que nos saque de la ignorancia sobre este importante aspecto de la realidad nacional.

Esta no es, por cierto, la ocasión para propuestas de orden técnico. Quisiera terminar más bien con una reflexión sobre las posturas a mi juicio equivocadas que vician el tratamiento de estos asuntos, en particular del que atañe a la relación entre mayorías y minorías lingüísticas, y a las barreras idiomáticas. Entre estas posturas equivocadas cuento dos tipos de extremismos: por una parte, el de aquellas ideologías que, con matices diversos, conciben y afirman una nación homogénea, una formación histórica unitaria, sin oposiciones culturales, el producto simbiótico del mestizaje, concepto sin duda insustituible, tanto en su aspecto biológico como en su aspecto cultural, para entendernos como nación, pero que a veces se ve distorsionado por asociarse a una actitud trivializadora de las diferencias o por responder a una perspectiva integradora asimilacionista; por otra parte, el extremismo de ciertas ideologías de signo marxista que, obnubiladas por el estereotipo prismático de la lucha de clases, desconocen la problemática cultural de las lenguas minoritarias y de las barreras idiomáticas o prefieren diluirla en el ansiado igualitarismo proletario, cuando no llegan a propiciar la erosión de determinadas formas de vida, de cultura y de organización comunitaria con el propósito de "agudizar" las contradicciones en términos de la llamada lucha "clasista". Pero cuento, asimis-

mo, algunas de las posiciones que llamaré "nativistas", las cuales, explicables en su afán reivindicativo, ven sesgada-mente al Perú de hoy como una expresión de la cultura pre-colombina, se refieren a esa cultura como el "verdadero" germen de la nacionalidad y terminan propiciando una especie de conjuro a fantasmas históricos.

Evitando extremismos de signo diverso y actitudes históricamente deleznable, el problema de las lenguas y la comunicación en el Perú —cuya solución ocupa lugar prioritario en el proceso de construcción nacional— debería plantearse con plena conciencia de la realidad histórica, sin falseamientos ni anacronismos, sin posturas ucrónicas o demagógicas, dentro del marco conceptual de lo que el etnolingüista Heinz Kloss ha llamado, en oposición a nacionalismo "exclusivista", nacionalismo "complementario"²⁵, según el cual la comunidad idiomática mayoritaria reconoce sus necesidades y derechos a las otras comunidades y propicia una política basada en la ley de la reciprocidad, cuya formulación más simple es ésta: lo que se exige para la propia comunidad idiomática se le reconoce como derecho a la comunidad idiomática diferente. En el caso nuestro, sin embargo, no se trata sólo de un reconocimiento abstracto de derechos sino de la necesidad de revalorizar socialmente y de promover el desarrollo de las lenguas indígenas para preservar la identidad y la plenitud lingüístico-cultural de sus hablantes, pero no con un interés culturalista o museal —si se permite el neologismo— sino con la convicción de que la verdadera realización humana no puede prescindir de los valores primarios y básicos que se albergan en la lengua materna, y que quien es privado de esa posibilidad de desarrollo pleno, que pasa por la alfabetización y la educación formal en esa lengua, es privado de un derecho humano

25. *Grundfragen der Ethnopolitik im 20. Jahrhundert*, Bad Godesberg, 1969, p. 48.

fundamental y tratado como ciudadano de segunda clase. Ahora bien, esa necesidad va aparejada, entre nosotros, con otra por igual apremiante: que el castellano deje de ser para quien debe aprenderlo con urgencia como segunda lengua a través de metodologías adecuadas de educación bilingüe o para quien debe mejorar sustancialmente su competencia en él, también a través de una didáctica apropiada, el idioma de la negatividad y del desarraigo, y se asuma más bien, no sólo como el instrumento de un alcance comunicativo nacional más amplio e internacionalmente irremplazable, sino también como la expresión de la otra vertiente milenaria, constitutiva de nuestro ser nacional: vertiente cultural que el día de hoy celebramos en su idioma y en su insigne tradición escrita, poniéndola justamente bajo la advocación de un hombre que, para decirlo con Borges, no fue el artífice de la página perfecta sino el humanista crítico que, desde el territorio marginal de su caudalosa y fascinante ficción, se preguntó por el sentido de la justicia, cuestionó diversas formas de intolerancia y, en su afanosa búsqueda de las verdades humanas, se esforzó por expresar los pareceres y por hacernos escuchar las voces de todos, también de los marginados, de los proscritos, de los débiles.

Cuál será efectivamente el futuro de las lenguas y de la comunicación idiomática en el Perú en el contexto de la evolución de la sociedad toda, está en el terreno de la profecía. Ajenas a cualquier intención profética, las reflexiones que me he permitido compartir con ustedes sólo se han guiado por una ética social que hace posible concebir la nación del futuro como un espacio de convivencia y de respeto por la diferencia lingüístico-cultural, espacio libre de ignominiosas barreras económicas, sociales y comunicativas, generadoras de frustración y de violencia.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON LUIS JAIME CISNEROS

Acabamos de asistir a una extraordinaria proeza. Para asegurar la información científica que un laboratorio espacial venía enviando a la Tierra, se ha restablecido en el espacio la comunicación interrumpida. Minuto a minuto pudimos seguir desde tierra la operación, y a varias leguas se tradujo simultáneamente los resultados de esta audacia. Separados por millones de kilómetros de los cosmonautas, pudimos comprender la escueta información que ofrecían. Hazaña grande de la comunicación.

El primer drama de la peruanidad fue el de la incomunicación. Toda la información estuvo en la primera hora del lado de los conquistadores. *Illorum lingua resonat quasi tympano tubae*. Así consta en el *Poema de Almería* la impresión que dejaba en los campos de batalla la lengua de Castilla. Sabe Dios qué impresión habrá dejado en lo más hondo del pueblo quechua. Los gestos pudieron, tal vez, ser más elocuentes (o más incisivos) que la cadena sonora. No sabemos en realidad si fue por causa de una desinteligencia idiomática que el Inca rechazó el libro santo que le extendió Valverde. Acaso estamos pagando todavía —y con exceso— la culpa de ese error de interpretación. ¿Pero acaso ahora nos comunicamos entre nosotros mismos los peruanos? ¿No

es por ventura verdad que muchos compatriotas volverían hoy, como el Inca ayer, a arrojar el libro por no conocer la lengua del mensajero?

Y es que —como acaba de decirlo José Luis Rivarola— en el principio de nuestra historia fue la incomunicación, no la palabra. El indio no pidió compartir dioses ni penas con el recién llegado y se refugió en las cumbres con un nudo en la garganta, imposibilitado de comprender lo que a todas luces era lingüísticamente para él intraducible. No hubo —pues— en la hora inicial un doble código comunicativo que facilitara las cosas entre los que venían a señorear la tierra y quienes tuvieron que quemar sus ídolos ante el contundente razonar de la metralla. No hemos podido restablecer hasta hoy la comunicación; y a pesar de que está establecido en la ley que la lengua debe unificarnos, nosotros (que de algún modo prolongamos el estupor de los vencidos) la manejamos como si fuésemos los recién llegados de ayer, y cuando ni siquiera la evangelización nos sirve de pretexto pues el *Taita Cristo* está también ahora tras esos hombres de bronce que desde el Ande baten, pesarosos, su bandera.

País enigmático el Perú. No alcanzan a ofrecer los libros información clara sobre nuestra propia índole, y por eso a veces nos visitan la perplejidad y la tristeza. País de geografía alucinada, de valles atrayentes, ríos caudalosos e incansables distancias. Por todo ello transitaron cronistas y viajeros. No alcanzan los jóvenes a meditar sobre el reto que esto implica para quienes compartimos el destino de la nación. Quizás el valle más hondo, la más profunda distancia estén prefigurados en la lengua. Lo advierte cada cual desde su propia ladera. La trascendencia político-social de este hecho no siempre es apreciada con el debido rigor, y por eso se hace fácil presa para inescrupulosos manejos. El desacierto suele ser una frecuente consecuencia. El primer desacierto lo frecuenta la escuela. Creemos ser

un país monolingüe, y un cierto rubor nos alcanza cuando debemos acceder a la lengua indígena. Pero es la verdad: no somos un país monolingüe. No serlo, comporta una situación sociocultural muy peculiar. Porque la integración no halla así caminos que la hagan propicia. La integración viene ciertamente asegurada por ríos y caminos; pero no son todos franqueables en el Perú. La distancia y la soledad son presencias constantes de nuestro viejo mapa colonial. Y lo grave es que la lengua no resulta siempre ser el puente que contribuya a superar los obstáculos. ¡Para qué voy a decir que las consecuencias tienen el nombre del subdesarrollo, la pobreza y el analfabetismo! Más de medio Perú habla una lengua europea, que goza además de la ventaja de la escritura y comparte el contagioso prestigio de la radio y la televisión. La otra mitad de personas maneja con cierta desazón la lengua indígena, como si estuviesen asistidos por la certeza de que no es el instrumento ideal de la integración.

Somos un país plurilingüe, y de eso debe tomar conciencia la juventud que aspira a realizarse en lo porvenir. Ser plurilingüe no es demérito de ninguna comunidad política; lo grave es renegar de las esencias y vivir una triste y torpe metáfora que no puede ocultar la verdad de los términos reales. Nadie entre nosotros tuvo más clara conciencia de esta condición idiomática como José María Arguedas, según acaba lúcidamente de mostrarlo en hermoso libro Alberto Escobar. Símbolo fue Arguedas del carácter plurilingüe del Perú; supo ver en esa pluralidad lingüística, antes que un combate desigual entre el español y el quechua, "una coyuntura que en términos personales se le había mostrado en tanto posibilidad fecunda" (ESCOBAR, *Arguedas o la utopía del lenguaje*, 1984, 70), y advirtió con expresiva claridad que al 'hombre auténtico de la tierra' la lengua española

“no le sirve bien para decir en forma plena y profunda su alma o el paisaje del mundo donde creció”

pero que al mismo tiempo sabe que el vernáculo que podría darle la satisfacción “es idioma sin prestancia” y carece de validez universal. Y como el asunto es vivir con quienes se comparte la tierra (que es de ayer y de siempre) el hombre está otra vez incomunicado. Como en el principio de esta historia que hoy ha venido a remover entre nosotros la serena reflexión de José Luis Rivarola, al obligarnos a plantear el problema de la comunicación inicial, puesto por vez primera en el nivel sociolingüístico adecuado y de cara al incipiente bilingüismo. Habrá que reconstruir si fueron los datos correspondientes a la primera articulación (nivel de léxico y sintaxis) lo que asombró más a los españoles, o si los sonidos españoles fueron bastante extraños para los naturales de la tierra. Lengua de prosodia distinta, con acento flexible en la organización melódica, no hay duda de que el contraste tenía que hacerse evidente. Pero es verdad que caballos y mosquetes asignaban al contexto singular prestancia, y no sabemos si eso sólo anunciaba mero asombro o inicial terror. No pudiendo funcionar la lengua como Dios manda (y los lingüistas describen), claro está que los medios de persuasión no pudieron servirse de pulcras semicadencias y eficaces epítetos. Rivarola ha abierto varios caminos a la investigación.

* * *

Por segunda vez me toca el privilegio de acompañar hasta las puertas de la Academia a un antiguo discípulo de la Universidad. Lo digo sólo para advertir que buena parte de la vida y la labor universitarias de José Luis Rivarola se confunden con mi propio horizonte y me exigen ser objetivo y minucioso. Puedo dar fe, por tanto, de su tesón

para el trabajo académico, poner de relieve su no desmentido amor por el quehacer filológico, su lealtad y su probidad científica, su explicable apertura al mundo del amor (felizmente compartido con la presencia de una mujer talentosa en un hogar iluminado por los hijos). No voy a evocar su paso por las aulas universitarias de Lima y Buenos Aires, ni su presencia en seminarios extranjeros; ni voy a reseñar la valiosa ayuda que me prestó en la cátedra, ni su larga y definitiva labor desarrollada en Alemania, ni la callada pero provechosa tarea que realiza desde su cátedra de la Universidad Católica. En plano muy objetivo voy sólo a esbozar algunos aspectos salientes de su obra. La bibliografía de José Luis Rivarola da claro indicio de sus intereses, y quien la recorre alcanza un fiel testimonio de su evolución y su coherencia. La actitud serena se delata desde la hora inicial de sus estudios sobre la prosa de Eguren, que culmina con su primera tesis universitaria, hecha entre los apremios de la edad y la ilusión de la vocación consentida pero asumida con la probidad de quien está destinado a obras mayores. Un curso de Literatura española medieval con María Rosa Lida, en Buenos Aires, parece haber sido estímulo para su posterior interés por algunos aspectos del *Libro de Buen Amor* en artículos que anuncian ya su curiosidad firme por el mundo textual.

Los trabajos en colaboración con Kurt Baldinger anuncian la dirección que ha de marcar otros estudios: en el que dedica a estudiar algunos rasgos de la lingüística tradicional y la fonología diacrónica se advierten los buenos principios de la recia filología germánica; sin fonética y fonología no habrá ciencia firme del lenguaje, y sin una atención al mundo onomasiológico no habrá modo de avanzar. Con esos principios se relaciona el estudio que sobre el destino de *tonio* en América española escribe en colaboración con Kurt Baldinger para el homenaje a Rosenblat. Ya está trazado el horizonte. Su atención a la fonología diacrónica se do-

cumenta otra vez en el estudio suscitado por la tesis de Naro sobre el pasaje de 'f' hacia 'h', tema que ha convocado a ilustres romanistas, y no deja de nutrir las reflexiones con que discute la validez del antecedente americano para la voz *baquiano* frente a las tesis que alegan un étimo árabe.

Con la sintaxis histórica —terreno siempre tentador para un romanista— tiene contraídos graves compromisos José Luis Rivarola desde su tesis doctoral de 1976, acogida en las prensas de los afamados anexos de la *ZRPh*. Su estudio sobre las conjunciones concesivas en español medieval y clásico remozca efectivamente los estudios de sintaxis diacrónica. En este libro Rivarola rastrea el origen y la evolución de las concesivas desde las primeras manifestaciones escritas del español. El tema había permanecido durante cuarenta años intocado. Rivarola asume el reto y estudia con pormenor y celo pertinentes ejemplos que lo llevan a deslindar tres claras etapas: una primera, que va de los documentos iniciales hasta fines del XIII, una segunda que cubre los siglos XIV y XV, y una tercera que coge el siglo XVI y llega a fines del XVII. No sólo nos ofrece un 'estado de la cuestión', que ya habría sido provechoso. Insiste con felicidad en una clara distinción entre concesivas y adversativas, y zanja la cuestión destacando el carácter presupposicional de las primeras. La crítica ha recogido con vivo interés esta plausible tesis. Este trabajo, de otro lado, abre nuevas perspectivas a la investigación sobre parataxis e hipotaxis, y, el mismo Rivarola en algunos de sus últimos trabajos ha puesto manos a esa tarea. Una segunda contribución debe resaltarse en aquella obra de 1976, aún no valorada suficientemente: son sus observaciones sobre el modo verbal de la subordinada, tema de vieja predilección para mis afanes docentes.

He dejado para el final mencionar una labor aparentemente de equipo, que Rivarola realiza con singular destreza y evidente eficacia. No es fácil entre nosotros tomar el

pulso a la tarea de organizar y dirigir una revista especializada en asuntos de filología y lingüística. Rivarola concibió fundar *Lexis*, órgano de la respectiva sección en el Departamento de Humanidades de la Universidad Católica; y supo abrirla, desde la hora inicial, para que fuese realmente una revista de integración en el saber filológico, dedicada a la hispanística y a la lingüística andina. En siete años de puntual existencia, *Lexis* es hoy un testimonio de lo que puede obtenerse en el medio universitario cuando existe firme voluntad de trabajar con seriedad y con recta ciencia, en medio de dificultades pero con clara certidumbre de las esencias.

Todas estas son, pues, buenas razones a que se ha acogido la Academia Peruana de la Lengua para solicitar a José Luis Rivarola que la apoye con su entusiasmo, la asista con su consejo y su saber, armas éstas que la institución necesita para robustecer el incansable trabajo de promover el interés por la lengua en el Perú. La Academia abre sus puertas a un navegante experto y celebra que desde el pódico nos haya dado esta clara prueba de su vocación científica. No ignora la Academia cuántas tareas nos convocan, ni qué difícil es imaginarlas con los nulos presupuestos de que dispone. No hemos actualizado aún el Diccionario de Peruanismos, ni hemos adelantado materiales para un mapa lingüístico del Perú, ni hemos podido asumir el gran riesgo de convertirnos en obligado orden de consulta para la colectividad en asuntos relacionados con el idioma. De las canteras de los obreros tenaces ha de venir la ayuda, y la viene recibiendo la institución de los miembros que han venido incorporándose en los últimos tiempos. Por ese camino firme se viene José Luis Rivarola. Y por eso le digo aquí nuestra palabra de bienvenida y de aliento.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON MANUEL
SOLARI SWAYNE

(Sesión pública del 3 de julio de 1984)

EL LENGUAJE DE LAS FORMAS

Por Manuel Solari Swayne

Señores Académicos;
Señoras, Señores;
Amigos todos:

Hace unos años tuve el honor de que se me eligiera miembro de esta Academia. Lo agradecí y agradezco íntima y profundamente.

Cuando inicié la carrera de periodista acababa de regresar de Europa. Luego, en el transcurso de los años, tuve la suerte de viajar por varios países, inclusive no europeos y de ir descubriendo la hondura, la riqueza artística, la calidad plástica expresada en sus calles o guardada cuidadosamente en sus Museos, mantenida en los viejos rincones de amplias ciudades o pueblos pequeños.

Nada, ningún tesoro podría equipararlo al que fue bebido por mi alma sedienta. Aprendí y aprehendí lo que

pude, y traté siempre, después, a lo largo de los años, de imbuir los secretos de la belleza urbana en el ánimo del lector compatriota.

He recogido para hoy algunas impresiones recibidas que son como el eco de algunas andanzas, para mí inolvidables, porque además lo fueron en compañía de amigos entrañables que multiplicaron mi modesto aprendizaje al escuchar sus comentarios.

No vengo, ni podría, en plan de enseñar a ninguno de los asistentes a esta actuación, que me emociona y conmueve por la amplia generosidad que entraña. Vengo tan sólo —y tan mucho— como amigo a contar algunas sensaciones que fueron para mí muy gratas y que ojalá lo sean para el auditorio presente.

En el transcurso de esta disertación irán ustedes descubriendo cómo las formas enraizadas por la cultura y la sensibilidad del hombre, en el espacio tienen un lenguaje luminoso, musical, florido que nos habla al oído y al corazón. Y que es imperioso escuchar con atención porque nos dicta a todos una lección que debemos recoger, divulgar e imponer a fin de salvar el patrimonio cultural, artístico y urbano de nuestras ciudades que no pueden ir cayendo por falta de una Ley que las preserve para las generaciones futuras a quienes también pertenecen.

* * *

Vamos hacia la antigua Menfis. Ondulantes unas y erectas otras numerosas palmeras con sus penachos temblorosos del color verdegris del olivo, se estampan en el cielo claro. Aquí está sobre la tierra polvorienta una esfinge de alabastro de Ramsés II. En uno de sus lados, nítido, el hierático perfil faraónico. El otro, golpeado y carcomido por el tiempo, pregona los tres mil años que nos separan de la decimonónica dinastía. Bajo el techo que sobre él

han levantado descansa, echado y cojo, un coloso de trece metros que encarna en alabastro trimilenario al mismo fabuloso faraón.

A lo lejos se yergue escalonada la más antigua construcción en piedra que han visto los siglos: la pirámide de Sakarah. Nos acercamos. Como copos de nieve unas pequeñas garzas espuman el campo. Huele a sequedad, a polvo secular, a historia detenida.

Descendemos a una mastaba. Bajo las escaleras y tras la puerta se nos abre el milagro del rate egipcio. Los hombres que sumaron miles y miles de músculos para levantar las pirámides se inmortalizaron mejor cuando silenciosa e individualmente, con ancha paciencia y breve esfuerzo, el alma toda concentrada en la creación espiritual, animaron la vida de sus muertos, cuando suavizaron y colorearon la piedra en los muros interiores de sus tumbas, cuando soñaron con la eternidad del Ka. Aquí en las mastabas, en la de la hija del faraón, sentimos la profunda emoción que nace de la belleza estética. Estos, esos, aquellos muros, en sus capillas y corredores —la tumba propiamente dicha no se ve, pudiendo apreciarse sí, por un pequeño agujero, el retrato en piedra del difunto que sobre ella se yergue inmóvil— canta el artífice la finura, la delicadeza, la gracia de un pueblo que si bien supo apreciar lo grandioso también comprendió y sintió la sutileza de lo exquisito. ¿Puede hoy alguien esculpir más delicadamente la cabecita de un toro, de un ganso, de una cabra que las que ornamentan la capilla de la mastaba de Amen Hotep? ¿y ese juego prodigioso de ritmo y de movimiento que surge de los brazos y de los arpones que, como en extraordinario ballet, se levantan sobre la alada embarcación?

Los ocho escalones de la primitiva pirámide de Sakarah muerden el tibio celaje. Nuestros ojos no alcanzan para hundirse en la excavación de la impresionante tumba real. Pedazos de muro y fustes de columnas mutiladas, claras pie-

dras rotas y nostálgicas cuentan las dimensiones del gran patio. Una columnata de granito rojo es la última oración que se oye del templo de Hab Reb.

Nítidas se dibujan las líneas de las pirámides de Cheops, Kafrén y Mikerino vigiladas por la esfinge gigantesca que semeja un felino prehistórico. Aquéllas son lisas y en la cúspide de una de ellas relucen los retazos del granito que la revestía. Esta mide sesenta metros y está esculpida en la roca. Aquí fluye el concepto monumnetal del egipcio. Monumental por su volumen, por el esfuerzo que requirió el hacerlo.

Cuando doblados en dos —pues el techo de la escalera interior está a un metro de altura— ascendimos a la sala real de Cheops —la pirámide mide actualmente 137 metros— comprendimos el afán de inmortalidad de los tiempos faraónicos. La sentimos clavada en nuestros músculos. Pero, a nuestro entender, la adquirieron más plena en la alada gracia que vibra en los muros de las pequeñas mastabas.

* * *

Traemos aún en la memoria el recuerdo del primoroso sarcófago de Alejandro Magno, armonioso, polícromo, de una gracia y una proporción tales que podría ser también un cofrecillo de marfil, cuando llegamos a Atenas. Y lo hacemos en la mejor compañía que podríamos haber deseado. Con un viejo amigo, profunda, entrañablemente querido que por razones de su profesión conocía detalladamente las raíces, la evolución, el sentido y el anhelo del arte griego. Muchas, muchísimas veces hablamos de ello y más de una tuvimos el ensueño común y remoto de entrar juntos en el Partenón.

Estamos en Atenas. ¡En Atenas! Todo un mundo infantil resucita en los latidos del alma: Minerva, Platón, Pericles. Y como escenario de ellos, el patio de la Reco-

leta y el Pupitre ¹ padre Juan. Para nuestros años primeros ningún orador ni poeta nos habló con más emoción del paso de las Termópilas que él. A la antigua Grecia con sus hazañas y al padre Juan con su formidable pañuelo de cuadros, sus ojillos vivaces, sus dedos índice y pulgar preparando el rapé, nunca podremos separarlos.

Abierto, bello y marmóreo es el estadio que se posa en la Colina de Arditos, con una capacidad para sesenta mil espectadores que se inició en el 774 antes de Cristo y fue concluido en 1984. Como el de Lisboa tiene forma de herradura, quedando uno de sus extremos abierto a un parque frondoso. Y aquí, en el sacrificio del volumen en pro de la belleza, está cantado el espíritu ateniense. El Arco de Adriano del siglo II de nuestra era separaba la ciudad griega de la romana. Y el templo de Júpiter, con sus quince columnas tostadas y gallardas, vence en su esbeltez a los cipreses vecinos. Este recorrido previo lo hacemos porque en tales recuerdos pétreos se abre el camino hacia el Acrópolis.

Cruzamos una reja e iniciamos el ascenso. Lo hacemos despacio tratando de que nuestros ojos se empapen de las ricas visiones que les ofrecen la historia y el alma de Grecia. Desde abajo vemos una columna solitaria. ¿Por qué nos impresiona tanto? Hay un secreto en su armonía. Acaso es que suena. Entre hojas y pedazos de piedra, una estudiante, con un lápiz en la mano, se ha quedado dormida plácidamente. Imaginamos que es una nota humana, tierna, viva, en un mundo plástico que nunca tendrá un ayer.

Paseamos —subimos, bajamos, tornamos a subir— el Teatro de Dionisos, el más antiguo de Grecia, al que Licurgo puso gradas para unas diez o doce mil personas y en cuyo friso se esculpe la historia dionisíaca. Nos sentamos en un sillón marmóreo y cómodo. Desde él contemplamos cómo juega el sol en los relieves escultóricos. Pensamos ¿quién se sentaría en este sillón en las representaciones de

los clásicos inmortales? Y cuando lo hacemos en alta voz el guía se acerca, lee la inscripción y nos aclara: "el que servía agua al gran sacerdote".

Ya podemos ver la maravillosa coronación del Acrópolis. Allí están el templo de la Victoria Apta, el Propileo, el Partenón y el Erecteion. Sentimos una intensa emoción. Observamos que a nuestro amigo le ocurre lo mismo. No hablamos, no podemos hablar. Pero los cuatro ojos titilan, refulgen como estrellas lejanísimas y diminutas.

En aquella base, hoy vacía, estuvo la cuadriga que hoy ornamenta la basílica veneciana de San Marcos. Explica el guía que existe una superstición en torno a ella, pues cada vez que un imperio la ha tenido se ha visto desbaratado. Y casi en voz baja sugiere que se le obsequie a Rusia.

Nos detenemos a observar el conjunto. Nuestro amigo con un temblor distinto en la voz nos cuenta que en el templo de la Victoria se encerró a una escultura a la cual le cortaron las alas para que nunca pudiera volar de Atenas. Y en escuchando esta anotación, contemplando el pequeño templo, ya sabemos que Atenas prefirió el símbolo y la elegancia. Estamos viendo, casi palpando, que no perseguía lo monumental sino lo esbelto, lo proporcionado, lo ágil, lo sereno. Así lo canta el templo jónico en unos frisos consagrados a los dioses olímpicos, a las batallas.

Fue Numíctides el arquitecto del Propileo —435 años a.C.— y, por los restos, se supone que estuvo pintando en azul, rojo y oro.

En la cumbre, bajo el cielo azul y terso, se abre el Partenón. Aquí está. Lo estamos viendo. Y dentro de unos minutos, lo acariciaremos. Es una realidad no un sueño. O el ensueño de una realidad. Nada más limpio se petrificó en la historia. O se historió en la piedra. Nada más sereno y por ello —sin jugar a las paradojas— nada más lleno de emoción, de verdad, de alma sola, de espíritu intacto. Aunque hoy haya muchas de menos, se

descubre que no debió haber ni una piedra demás. Nos van señalando las curvas que no vemos. Ictinos las inventó para que cayera el agua y por razones plásticas. Para que estuviera limpio y se viera recto. Es una deformación intencional realizada para crear belleza. Al comprobar el caso descubrimos que el crear ilusión en la piedra es obra sólo del genio. Lo decoró Fidias. Tiene tres mil años. Aquí está. Mirémosla. Y si podemos no floremos.

* * *

Estamos asomados a una ventana. Un poco a lo lejos se dibujan los perfiles de Jerusalem. Las casas de piedra amarillenta con sus tejados rojizos tienen aire que podría ser castellano. Filudos cipreses cubiertos semejan cirios quemados por los siglos. En lo alto el Monte de los Olivos apretado y solitario y el Huerto de Getsemaní. Abajo la Puerta de Oro por la que Cristo entró el Domingo de Ramos.

Bajamos y el guía —hombre fino y culto que se expresa en nuestro idioma— nos conduce, se detiene, nos explica, va abriéndonos las ventanas de la historia y la poesía de la leyenda. Aquí está el túnel mandado hacer por David y a su vera canta el agua fresca de la fuente en donde María lavó una vez la ropa de su hijo. Un viejo vestido de blanco se baña ahora en ella. Nos paramos en el bosquecillo en el que Judas cobró treinta denarios. Bajan dos mujeres, la una trajeada de negro y rojo y de verde y amarillo la otra, portando bultos de ropa en la cabeza. Se dirigen al pequeño estanque, en donde el ciego del evangelio se lavó siete veces los ojos y en donde otras ahora enjuagan sus vestidos dándoles golpes. Entre el agua pueden verse bases de columnas del siglo V, rotas por los persas. Arriba, desde el minarete, salta al aire la melancólica voz del muecín que llama a la oración y pregona los ancestros del canto flamenco.

Aquí está la iglesia de María Magdalena hecha por los rusos y en una de cuyas capillas se señala el lugar en el que Jesús lloró por Jerusalem a la que Tito destruyó sin enjugar las lágrimas del Nazareno. Nos muestran las tumbas de Absalón, de Zacarías y de Santiago, las bases del templo romano, veinte años anteriores a Jesús y en donde fuera tentado por el Demonio y la muralla que tomó David miles de años antes de Cristo.

Ascendemos por la escalera de anchas baldosas blanquecinas. Por ella subió dos veces el hijo de María: para la última cena y cuando lo conducían al Palacio de Caifás. Aquí, en donde concluye, cantó el gallo. Y hoy se abre un almendro cuajado de flores rosadas. San Pedro de Galliscanto se llama esta iglesia. Un sacerdote anciano nos la pasea y nos hace descender para mostrarnos la prisión que ocupó el Señor y que fuera respetado. En este lugar, nos dice, flagelaron a los once apóstoles después de la resurrección. Judas ya se había ahorcado.

Andamos por calles estrechas, pétreas, porticadas, algunas con trozos de bóvedas que las cubren, otras con altos balconillos de madera que pudieran ser de Lima. Las cruzan hombres tocados con airosas caifas y mujeres con los rostros semiescondidos tras transparentes velos. El ambiente es impresionante, conmovedor. Como si reviviese de pronto aquello que nos enseñaron en la niñez. ¿Acaso no podría avanzar por esta larga y misteriosa escalera un Pretor romano? Toda la historia se pone de pie y hiere el alma.

Iniciamos el recorrido de la Vía Dolorosa. Pasamos bajo el arco de Ecce Hommo y penetramos en la Iglesia de la Flagelación levantada sobre el sitio que ocupó la columna a la que fue atado Jesús.

La Iglesia de la Condenación conmemora el espacio en donde le fue entregada la cruz. Escaleras y arbotantes enmarcan la calle por la que andamos. Una placa pequeña

dice: V Estación. Aquí el Cirineo bautizó con un gesto la caridad predicada por el ser que carga la cruz y al que ayuda. Y no muy lejos está la puerta por la que salió la piadosa Verónica y secó el rostro doliente. En este templo ruso está el umbral que cruzó con la cruz Jesús para salir del templo. Llegamos a las afueras del Santo Sepulcro. Al frente se yergue el dorado minarete de Omar, que hace mis seiscientos años entregó las llaves de aquél a dos familiares cuyos descendientes hasta hoy la conservan y abren el sagrado recinto que parcialmente poseen católicos, ortodoxos, griegos, armenios, abisinios y coptos. Mármoles, mosaicos, lámparas, pinturas, en heterogéneo abigarramiento rompen la silenciosa unidad que debiera cantar la grandeza del Calvario.

Al atardecer unos franciscanos acompañados de doce niños vestidos de negro, portando cirios inician su diaria procesión. Los seguimos. Un fraile de rostro zurbaranesco entona unas preces gregorianas. Su voz finísima rasga la penumbra que parece iluminarse cuando los chicos, con delicada afinación, cantan el *tantum ergo* que nosotros hace años oíamos en la parroquia mirafloresina o en el colegio de la Recoleta. Miles de recuerdos se nos agolpan en las sienes y nos hablan de la universalidad de este rito religioso. Al salir, después de haber contemplado el lugar en donde fue clavado el símbolo de la redención del que pendió la azucena inmarchitable del cuerpo del Mesías y de habernos arrodillado delante de la loza que cubre su sepulcro retornamos a las calles de la vieja Jerusalem. Y nos señalaron, una vez más, la muralla que la ha roto y que la separa, quizás porque los árabes y los judíos que la pueblan han olvidado que de los labios de Jesús, como la más hermosa de sus sentencias, brotó una que decía: "Amaos los unos a los otros".

* * *

Hemos cruzado la frontera. Desde Ventimiglia pasando por la Génova Portuaria, mohosa y salada, creciente y bullíciosa, hemos llegado hasta Santa Margarita, Paraggi, Portofino Mare. Es bellísima la Rivera italiana con su alta montaña apretada de distintos verdes, con sus playitas estrechas, con sus casas sencillas, con sus cientos de botes pesqueros que se mecen suavemente en el azul intenso de la mar. El hombre casi no ha intervenido en la belleza de estos cuadros. Paraggi o Portofino están tocados por la gracia divina. Pero ha sabido salvarlos, mantenerlos, cuidarlos, amarlos, perennizarlos. Difícil es imaginar lugares más pintorescos, más llenos de simplicidad, de recogimiento, de auténtica poesía. Los árboles descienden de las cumbres hasta el mar mismo. Como si quisieran beber los anchos cristales del Mediterráneo. Las casas rojizas, doradas, calientes, carecen de pretensiones palaciegas. Son simples. Diríaseles nacidas espontáneamente como flores silvestres. Aún son estos rincones marineros de sabor fuerte. Con pescadores descalzos y redes herrumbrosas, con rumores de barcas toscas y lejanos cantares reventando en el ancho aire.

Cruzamos la Spezia hasta llegar a Pisa. La guerra ha dejado su huella cruel y repugnante. Fachadas insomnes con las ventanas al cielo, esquinas derrumbadas, fantasmas de casas pregonan la brutalidad de estos nuestros tiempos que tan civilizados consideramos. Felizmente se salvó el milagro de Pisa: aquella plaza suya —¿plaza o mesa de museo?— en la que se levantan la catedral, la torre inclinada y el baptisterio. Esbeltas las construcciones, finísimas las columnas, delicadas, por su color y su suavidad el mármol con que están construidas, más parecen, por su proporción y su gracia, miniaturas de marfil que masas pétreas. Piedras de ajedrez labradas por artífices exquisitos son los tres monumentos que forman uno de los más bellos conjuntos del mundo. Por eso el verlos en pie, intacto el prodigio de su ritmo, vibrante el sonido de su gracia, insupe-

rable la levedad de su línea, sentimos como un escalofrío de espanto al pensar que una bomba pudo haber roto este sueño levantado. Este primer templo de Italia en que penetramos nos da una sensación de reposo, de equilibrio, de perfección, de claridad. Es como la expresión de una religión alegre y juvenil. De una religión no del todo reñida con las formas del paganismo ni con la cortesanía del salón. Sucede a aquél y precede a ésta. Italia está entre Grecia y Francia. Recoge a Fidias y antecede a Versalles.

Los campos luminosos, verdes, parecen jardines. Al fondo una ciudad de oro y una cúpula como el sol endurecido. Allí está Roma y, como su nimbo, el Vaticano.

Recorremos la ciudad casi paso a paso, reavivando recuerdos, separando calidades, destacando valores. De acuerdo con nuestra sensibilidad, naturalmente. Y Roma se nos levanta en el pecho y nos canta en el aire. Pocas cosas más bellas que las escaleras y las fuentes de Roma. El ritmo simple de la piedra marmórea. Y el sonido simple del agua. Ascienden ambos. Palpitan los escalones, conducen a jardines con árboles, a templos de hermosas columnas. Los chorros conducen al cielo azul, a barandales blancos. No sabemos qué nos conmueve más, si la escalera que transporta a ese milagro de proporción y armonía que realizó Miguel Angel en la plaza del Campidoglio, o la cristalina columna de Bernini que con su alma de espuma se yergue en la Plaza de la Esedra.

Columnas rotas y columnas solitarias de los foros romanos, esbeltas y agrupadas columnas de las basílicas, dan verticalidad al espíritu de Roma, tan lleno, tan ancho, tan expandido.

Visitamos los museos y los templos, los palacios, los rincones. Y salimos henchidos. Roma lo da todo. Desde aquellas flores de blancor, de gracia alada, de increíble morbidez que son las Venus de Cirene, la Venus Capitolina

o el Apolo de Belvedere —aquél cuyo manto colgado al brazo es el pendón de la elegancia— hasta la ternura de La Pietá o la arrogancia de Moisés o el éxtasis tembloroso de Santa Teresa. Desde los capiteles del Panteón hasta los mármoles de San Pablo y la columnata de Bernini. Desde los Mosaicos de Maria Maggione hasta la Sixtina en la que el genio de Miguel Angel rasga los acontecimientos bíblicos para darles forma y color permanentes. El arte de occidente tiene un altar en Roma. En parte alguna como en ella se dibujan, suenan y sueñan la columna, el arco, la cúpula, la campana, la fuente, el pilar, forma, bóveda, voz y cantar de la latinidad.

Sobre la ruina de la piedra se yergue la historia. Esa piedra angulosa, dura, pesada, en veces frágil y labrada otras, blanca a la luz del sol o ennegrecida por lluvias y llantos, que no puede romperse.

Y sobre la historia, por encima de la Historia, en el cielo de la Historia está el sueño del hombre que toma forma y que subsiste en la columna, en la cúpula, en la campana, en la fuente. En todo aquello que es una voz del espíritu del hombre.

* * *

Florenxia, lo sabemos, es una de las más bellas ciudades del Mundo. La elegante sobriedad de su línea, de su piedra ennegrecida, de sus torres enhiestas —espada del palazzo Vecchio o miniatura giottesca de la torre catedralicia— le dan un acento hondo y penetrante que, limpiamente, se nos mete hasta el tuétano de la sensibilidad.

Florenxia es tema de muchos libros y crónicas. Desde la lápida que señala el lugar en el que fue quemado Savonarola, hasta el límpido cielo sobre el que se dibujan y en el que resaltan y se afianzan los perfiles arquitectónicos de la ciudad de Lorenzo el Magnífico, podrían sumarse co-

mentarios hasta componer una colección de tomos en cuyo fondo temblara la impar sinfonía que se refleja y suena en las aguas del Arno. Pero nosotros, a quienes mucho dicen las dulces estrofas de los frescos de Fra Angélico y los luminosos sonetos de Botticelli, preferimos extraer, de nuestras impresiones, una: la más fuerte, en que más llegó al mejor rincón de nuestro ser, la que fue como un rayo en la oscuridad de nuestra conciencia.

En el Museo de la Academia se desenvuelve un proceso extraordinario. Ponemos de lado cronologías incómodas y caminamos por un río de apasionadas sonoridades. En un salón alargado, a ambos lados, encuéntrase los esclavos que Miguel Angel ideó para la tumba de Julio II. Al fondo en una rotonda y solitario yérguese majestuoso, juvenil, sereno, invencible David.

Vamos andando, deteniéndonos, mirando, observando, descubriendo. Los esclavos están inconclusos. De éste vése el tórax, de aquél la cabeza, del otro los brazos. Son figuras nacies. Son partos que se inician dolorosa, angustiosamente. Parece que ese tórax, aquella cabeza, estos brazos, tratan de romper el mármol, salir, levantarse y afirmarse completos en la luz, de arrancarse de la materia, de librarse del volumen que los aprisiona. Luchan titánica, desesperadamente. Están dentro del vientre de la naturaleza. Asoman una expresión, un gesto, un músculo. La expresión, el gesto, el músculo son tremendos. Parecen gritos contenidos. Gritos que piden su perfil definitivo, su verdad total, su canto armonioso.

Nos imaginamos que este río tormentoso y atormentado, desembocara suavemente en la laguna de la rotonda, en la apostura de David.

Pocas esculturas —si las hay— más hermosas y gallardas, más sugestivas que este atleta capaz de alternar en arrogancia con los dioses del Olimpo.

Nos dijeron que nuestro laureado poeta y dramaturgo

Juan Ríos —pasión y sensibilidad vibrantes— hizo muy bellas apreciaciones sobre la piedra que David esconde en la mano. A nosotros nos hizo pensar —acaso coincidamos con nuestro noble amigo desde la infancia—, después de contemplar a los esclavos desgarrándose aún del mármol parturiento, que encarnaba la liberación del arte; que en el momento que David quisiera, arrojaría ese pedruzco y se desprendería de todo resto material. Si los esclavos dependen de la piedra, la piedra depende de David. Y en el momento que la tire —acaso lo ha hecho ya— será no forma, sino espíritu de forma, belleza pura, arte absoluto. No es la naturaleza misma. Es el canto de la Naturaleza. Es el poema macizo de un hombre genial. Es el triunfo apoteósico de la inteligencia. No importan las piernas que sustentan, ni los músculos que atan, ni los rizos que tiemblan sobre la frente. Importa lo que hay en torno de la forma y más allá, para adentro, de la mirada. Importan el alma y la irradiación de David. La emoción que le hace nacer, en él nace y de él brota y se esparce. Importa ese imponderable, que podemos llamar como querramos: luz, arte, belleza, verdad. Ese algo —¡y tanto!— que nos sacude en nuestra raíz y nos llena de claridad los ojos.

* * *

Salimos del hotel con la ilusión de que vamos a visitar por primera vez el Museo de Pinturas de Viena. Cruzamos una calle, un palacio por cuyo piso bajo, abierto, discurre el público. Llegamos a una gran plaza, al centro de la cual se levanta el Monumento a María Teresa. Por su amplitud, su trazo y su arquitectura, su color, su plasticidad se parece a París. Así es de generosa en jardines y tan bella unidad tiene. Impresiona y detiene.

Palacio es el magnífico Museo. Lo recorreremos un tanto de prisa, pues sabemos que volveremos luego. Nos detene-

mos ante los Dureros, los Rembrandts, los Ticianos. Hacemos un alto ante los Brueghel cargados de poesía, sugestivos de color, deliciosos de confección, aireados por una brisa campestre. Y también ante Velásquez que con su infanta Teresa nos anuncia a Renoir. Y en otro retrato de la misma paladeamos ya los zumos goyescos. ¿Y el infante Felipe Próspero? Esta sola joya consagraría a Velásquez como un insuperable maestro.

Entramos en un Museo vecino. Hay en él armas e instrumentos de música. Como el otro es suntuoso, rico en contenido, hermosa la presentación. Recorremos varias salas. Vemos armaduras de Carlos V, lanzas, arneses. ¿Eran más fuertes, más altos los hombres de aquellos tiempos? ¿Cómo podían con esta espada? Y así viendo y charlando llegamos a la última sala de armas. De pronto irrumpe en nuestros oídos un conocido ritmo musical. Es "A la turca" de Mozart. ¿Por qué suena distinta? ¿Posee una transparencia y una gracia superiores a la que recordamos? Parece que todo el mundo de la historia se levantara ante nuestra memoria. Reparamos que estamos en Viena, en la que fue corazón de la música. Por aquellas calles prietas, torcidas, empedradas, anduvieron Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert. Con sus glorias y sus miserias, con su ilusión y su dolor, con su angustia, su esperanza, su decepción, su llanto y su sonrisa. Que todo tuvieron. Y acaso por eso a todos llegaron. Y aquí está en el aire. Nosotros lo estamos sintiendo.

Entramos en la sala de los instrumentos musicales. Es amplia. El mundo de don Quijote, un tanto distinto al que imaginamos y conocemos se abre en unos tapices holandeses del XVIII. Nuestro Alonso —¿disfrazado?— está allí juvenil y principesco. Le han encerrado y roto el alma en un casco florido.

En Viena visitamos la casa que habitó Mozart. Y allí también, en un hermoso palacio —toda en blanco y oro

la arquitectura y los muros del teatro colgados de tapices —la Redutensaal— presenciarnos un espectáculo inolvidable. Con rara perfección y exactitud de instrumentos musicales escuchamos y vimos “Las bodas de Fígaro”. Imaginamos que así debió de ser en los tiempos en que Wolfgang Amadeus recorría Europa. Y recordamos que Trenschart en su libro sobre el genio salzburgués califica esta ópera hecha a la manera italiana, de “obra maestra eterna”.

Frescos aún en la memoria el suceso artístico y uno de los escenarios de la vida del músico admirable, arribamos a Salzbourg. A la distancia, entre el verdor de las colinas y a las veras de su río silencioso, sonaban varios siglos de violines sinfónicos.

No bien llegamos al hotel y dejamos el equipaje salimos a dar una vuelta por la ciudad. Es de noche, está fresca la temperatura y claro el firmamento. Cruzamos un puente y penetramos en el barrio antiguo. Son estrechas las calles alumbradas por faroles de hierro que penden de los muros. Las fachadas de las casas son uniformes. Tiene una bella y sugestiva unidad el conjunto. Como volutas blancas tuércense las cornisas blandas, suaves y ondulantes. Vamos cruzando plazas cerradas en las que por el silencio y la gracia, por el temblor de la luz y el poético encanto del ambiente parece haberse detenido el tiempo. Los campanarios verdosos y retorcidos contribuyen a que Salzbourg sea la ciudad más típicamente barroca.

Andando y andando descubrimos el cantar de una fuente noctámbula y tropezamos casi con el pedestal de un monumento en el que leemos sólo una palabra: Mozart. En lo alto la aristocrática silueta del músico exquisito. Pensamos en que ese nombre, en la historia, sólo corresponde a él y en que ningún calificativo, ni título, ni hecho, ni anécdota es necesario para distinguir al autor de “Don Juan”. Es como si él fuera la música misma, que llenara el aire del mundo.

Frente a nosotros se abre una puerta que conduce a un patio. Fisgamos y penetramos. Nos dirigimos hacia la izquierda, subimos una escalera. Tras la reja de una ventana vemos varias lámparas de cristal encendidas. Una orquesta de cámara y una joven pianista ejecutan un concierto. Lo reconocemos. Es de Mozart. Del mozo aquél de blanca peluca y camisa rizada que nació en Salzbourg en 1756 y que está de pie en el pedestal. Y en la historia.

Parece que su música se extendiera por la ciudad. Y podría decirse que la ciudad se abre en sus armoniosas composiciones. Hay una identificación entre Salzbourg y Mozart. Un gran español dijo que los místicos habían imbuido su alma en el paisaje de Castilla. ¿Por qué no soñar que en este caso ha ocurrido lo mismo? Por donde andemos en el barrio antiguo oímos a Mozart. Y si subimos a su casa y nos señalan el sitio en donde estuvo la cuna en que nació, y vemos los retratos, el piano, las partituras escritas con prontitud y descuido, con fresca espontaneidad con incontenible inspiración creadora, entonces suponemos que Mozart está aquí, que vive. Y está. Y vive. He allí la eternidad del genio. En piedra, sobre el pedestal. O en el aire y los oídos del mundo. Sonando. Creando nueva belleza cada amanecer.

* * *

Sigue sonando "A la turca". La escuchamos en respetuoso silencio. Violas de gamba, violines, bajos con sus curvas armoniosas, algunos instrumentos lejanos y olvidados, con sus lengüetas y sus formas caprichosas, clavecinos, clavicordios, pianos con sus enmudecidos teclados nos van contando la historia, el desarrollo, el proceso de la música. Que es, también, la historia, el desarrollo, el proceso de la sensibilidad humana, del alma colectiva, de la emoción común, de los avances y tropiezos de la cultura.

Las notas de Mozart han cesado. El caballero que tocaba el instrumento, un hombre menudo de rostro expresivo y las personas que lo rodean se alejan. Nos acercamos al piano. Es de la Casa Erard Freres, rue de Mail N° 37, Paris, 1803. Así dice la plaquita de fábrica. Es de traza sencilla, simple, modesta casi. Está levantado el leve atril que sustenta las partituras. Y, también, lo está la tapa. Pueden verse las cuerdas. Tiene cuatro pedales. Sobre el teclado se extiende un vidrio. Una placa indica que este piano perteneció a Ludwig van Beethoven. Lo miramos intensamente. Aquí, en este instrumento, pensamos, han nacido piezas musicales que hoy llenan el mundo con el vigoroso y doliente latido que fue volcado en ellas. Imaginamos al hombre frente al piano y sus manos golpeando o acariciando el teclado amarillento que tenemos delante, a nuestro alcance. Con temor, con una extraña superstición, metemos los dedos entre éste y el vidrio y logramos tocar las teclas. Hubiésemos deseado besarlas. Inesperadamente el caballero que antes tocó este piano de sonido nítido, claro, luminoso, ejecuta en otro sonoro, vibrante, los primeros compases de una sonata bethoveniana. Sentimos una emoción tremenda. Volvemos el rostro y vemos a dos personas con los ojos vidriados, húmedos. "Estoy a punto de llorar" dice una de ellas. Y la otra, tal vez temiendo que se le ahogue la respuesta, dice "sí", con la cabeza. Nosotros sentimos lo mismo. Pensamos que en este instante aletea por la sala el alma del genio. Que acaso al ver la ternura, la admiración, el amor con que la gente se acerca a su piano, inspiró al pianista para que tocara el Claro de Luna. Y así nos sembró en el alma un recuerdo imborrable. De esta visita no nos olvidaremos nunca. Seguiremos creyendo que ningún don más hermoso que el de pensar y el de sentir.

* * *

Han pasado varios años. En el recuerdo crecen las cosas bellas. Todas menos París. París vence al recuerdo.

Son las diez de la mañana, buen día claro y frío. El sol ilumina y la sombra perfila las formas. Estamos solos andando por Tullerías. Nadie hay que perturbe nuestra alegría ni que corte nuestra emoción. La alegría y la emoción que fluyen al contacto de la belleza. Caminamos despacio, observamos sin prisa. Nubes de árboles, negros los troncos, secas las ramas, parecen haberse detenido a contemplar la grandeza con que el hombre ha sabido entornarlos. Avanzamos. Nos detenemos. Volteamos la cabeza. Allí el Arco del Carrousel y al fondo el Museo del Louvre. Allá la Concordia con el Obelisco y al fondo el Arco de la Estrella. No hay, no puede haber perspectivas más bellas, más rotundas, más definitivas. La alegría nos empuja los pies y la emoción se nos agolpa en las pupilas. Estamos solos y el alma de este pedazo de París se nos quiebra en la garganta. Quisiéramos gritar. Y hablamos solos. Vamos proclamando: ¡qué hermoso! ¡qué hermoso!, afirmamos en voz alta y al hacerlo notamos que se entrecortan las palabras. No nos importa que alguien pudiera oírnos o descubriese en nuestros ojos el impacto que, una vez más, nos ha producido esta maravillosa creación humana. Este conjunto urbano no es únicamente de los franceses. Ellos lo hicieron pero hoy es de todos. También nuestro. Así lo creemos. Y así lo sentimos en estos minutos en que estamos viviéndolo, gozándolo, llorándolo. ¡Qué bello regalo de Francia! Ella lo sabe. Por eso lo cuida con esmero exquisito. Todos lo sabemos. Por algo lo cantó Rubén, hispanoamericano coronado de laureles. Por ello lo decimos también, humilde, temblorosamente, los americanos sin gloria. Héctor Velarde, miembro de esta Academia, bien lo sabemos quienes lo conocemos, es hombre de alto prestigio intelectual. Su obra rica en contenido y llena de gracia sustenta a una personalidad de indiscutible prestancia. Y como Velarde

posee y ostenta gran talento es un sabio para la vida. Toma en serio lo que es serio —la cultura, por ejemplo— y se ríe de lo demás. Pasa alegre, jocosamente, por el camino del mundo, deteniéndose a contemplar lo mucho que de hermoso ofrece y desdeñando lo que carece de valor auténtico. Amigos desde hace mucho tiempo, siempre anhelamos coincidir algún día en Europa. Sobre todo en París, porque él, de formación profesional francesa, sabría descubriarnos muchos secretos del alma gala impresos en los perfiles de la urbe suprema. Ahora el anhelo se está realizando. Y cuán grato resulta. Salimos de mañana a algún museo, caminamos por las calles, nos paramos en las esquinas, nos sentamos en una terraza o en un parque a observar el paso de las gentes o el juego de la naturaleza en unas hojas, en un chorro de agua, en el silencio de una nube nacarada. Frente a la columnata posterior del Louvre, nos señala las características de la arquitectura de Luis XIV. Ante la fachada del palacio que ocupa el museo de Rodín nos muestra la delicadeza de las formas lograda en tiempos de Luis XV. Aquel tenía un afán suntuoso. Este quería una intimidad de boudoir. Observa el modelaje, nos dice. Es lo más difícil en la proporción. En eso Bramante era un genio. Mira esa mansarda. Es típicamente mazarineña. Y allí esos Arcos son de Napoleón I. Y la huella de Catalina de Médicis y la de Napoleón III.

Todas las formas en ese tapiz verde de las Tullerías son importantes. De cada ventana donde uno esté, siempre la presencia de la armonía absoluta, rigurosa, matemática. Y cómo surge de ella una sobria elegancia, un encanto especial, una paz para el alma. Y cómo emociona todo esto. Qué lección fabulosa es cada metro de París.

No sabemos ya cuantas indicaciones, cuantas apreciaciones hemos escuchado a Héctor en su charla fresca, sin pedantería ni cargante erudición, toda ella, sin embargo llena, de cultura y de fineza y salpicada de comentarios

humorísticos. Realmente pasear con él por París es un regalo inapreciable. La generosa elegancia y la elegante generosidad de su conducta ejemplar frente a la vida es, diríamos, algo así como la sabiduría.

* * *

Hay lugares aparentes para meditar. Uno de ellos es Granada. Y no hablamos de la alhambra o el Generalife propicios para el ensueño. Nos referimos concretamente a la Capilla Real, a la tumba de los Reyes Católicos. Y no a los depurados mármoles italianos que recuerdan el perfil humano de los ilustres monarcas, que adivinaron en Colón la gloria de su imprevisto milagro, sino a los ataúdes enlutados, severos, rígidos, humildes, impresionantes. Allí queda el polvo. Lo único que del cuerpo perdura. Entre ambas pequeñas escalinatas y frente a la humilde reja, mirando al cirio oscilante, la corona de Isabel y el cetro de Fernando, se levanta en el corazón, como un grito de la especie, la copla inmortal de Manrique. Y comprendemos y sentimos mejor toda la honda filosofía de España, que se yergue sobre la muerte en la campana catedralicia, en el gesto heroico, en la creación estética. ¿Los infantes de Aragón qué se hicieron? Y aquí está América rezando en castellano.

Andando bajo el cielo y sobre el suelo de España vamos descubriendo su paso por la historia y la historia luminosa de su paso. Diríase que nace del vientre de Altamira y sin desgarrarse del toro. Recoge en Mérida o Taragona, o Segovia o Córdoba —Extremadura, Cataluña, Castilla, no olvidemos que Adriano y Trajano fueron de Sevilla— la columna, el arco, todo el juego plástico de Roma. Soporta la invasión árabe y, tras la reconquista, se queda con la gracia multicolor de alcázares y jardines y con el bosque petrificado de la Mezquita. Y con estos

y esos arcos, y el espigado minarete coronado luego de campanas bronceas y sonoras. Amanece señero el románico que orla los bordes del camino de Santiago, hasta reventar, glorioso en el pórtico del maestro Mateo y aquietarse ingenuo y delicioso en la leonesa bóveda de San Isidoro. Las agujas catedralicias góticas —cristalinas transparencias de León, recamados florilegios de Burgos, áspera soledad toledana, airosas y vibrantes naves de Sevilla— coronan campos y ciudades. Las plazas de Compostela compiten con la de Salamanca. Herrera recoge solemnidades y proporciones y erige para tumbas de monarcas y deleite de sensibilidades el sereno y anchuroso Monasterio del Escorial. Plateresco llaman al arte del renacimiento español, que borda jambas y pilastras. Y siglo de oro —oro de ley inmóvil— se dice a la conjunción de expresiones espirituales que son en ese momento antorcha del mundo que late, que piensa y que sueña. Tirso con su burlador y Cervantes con su Don Quijote crean dos mitos que acoge la humanidad para enriquecer el patrimonio universal. Calderón, Lope, Quevedo, Santa Teresa, los Fray Luises, San Juan de la Cruz, Góngora, allí estaban y están. El Greco rasga las nubes y empoza los ojos como lagos diminutos de esperanza ansiosa y don Diego Velázquez, autor de Las Meninas por muchos considerada la cumbre de la pintura universal, deja el testamento silencioso, aristocrático, melancólico de su paso en luz por la vida de los seres y las cosas y en sombra por las cosas de la vida. Rivera exalta ascéticos pellejos torturados y Zurbarán se deleita en mostrarnos el relumbrar de las sedas y el grosor de la estameña frailuna. Mientras tanto Victoria llena de música templos y abadías y Berruguete esculpe ascuas de oro. Y cuando ya parece que el arte de la pintura española ha cumplido su ciclo que nace en Altamira y cuaja en el genio intacto de Velázquez, surge un Goya que a zarpazos sube hasta la cumbre. Y podríamos hablar de la generación del 98 con Ortega, Unamuno, Az-

rin y tantos otros; de Picasso que revuelve el mundo de la pintura con la tormenta de su genialidad, de la generación del 27 con García Lorca a la cabeza resucitando romances y tragedias teatrales, llenas de color y cargadas de poesía. Y en Falla, Antonia Mercé, "la Niña de los Peines".

Cúspides ha tenido España, inmensas. Allí están para quien quiera asomarse a contemplarlas. Pero en la vida artística ibérica participa también el pueblo. En Andalucía levantando los brazos y quebrando angustiosamente la voz. En Cataluña cogidos en ronda y moviendo levemente los pies. En Castilla despacio y de luto. Los vascos en cambio, sobre la verdura del campo, saltan elásticamente al son del tamboril. Galicia, la de las rías, tiembla risueña en las muñeiras. Y Aragón, Navarra y Valencia se mecen en la jocundidad de la jota bravía.

Y en todos los pueblos España se desposa con la muerte y con la luz en los anillos taurinos que sintieron la trágica contorsión de Belmonte, la alada gracia de Chicuelo, la honda serenidad de Ortega y la esbelta soledad de Manolete.

Hoy millones de pasos avanzan por España, cruzan los umbrales, se asoman a las barandas, suben y bajan escaleras, se detienen a escuchar unas campanas, se aquietan para que el hombre levante el rostro y pose su mirada en un lienzo, en un perfil arquitectónico, en una forma escultórica y agudice el oído para oír el lejano rumor de una fuente o una guitarra, de unos palillos, de una zampoña, de un chistu y sienta que la forma, el sonido, el color, el ritmo dejados por los hombres a lo largo del tiempo, se le meten en el corazón, le enturbien el temblor de los ojos y le ensanchen la esperanza.

Como en todo el orbe civilizado, España mantiene encendida la luz de su cultura, la cuida con esmero. En sus templos, palacios y museos, en sus barrios y danzas populares, en los festivales teatrales y musicales y en las corridas de toros, en las ferias y fiestas características. Y ese haber

salvado sus esencias, sin sospecharlo siquiera, ha hecho que sea hoy una de las mecas del turismo universal. Es su arte el que le da riqueza.

Cuando uno anda por España, cuando uno sale de la Capilla de los Reyes católicos y comprende cómo todo pasa —los regímenes, los sistemas, los hombres— uno se afirma en su concepto de que hay algo que no muere. Y es el alma, la creación espiritual, el gesto íntimo de un pueblo, la creación artística, que son como el rayo de luz, el canto del ave, el murmullo del agua, el aroma del campo.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON AURELIO MIRO QUESADA

Después del aire de poesía que ha dejado el hermoso discurso de incorporación de Manuel Solari Swayne es empresa difícil la de responder al beneficiario. Pero la Academia Peruana de la Lengua me ha encargado —casi podría confesar que lo habría pedido— que lo salude en nombre de nuestro cuerpo literario y que le exprese nuestra felicitación más afectuosa en esta noche de su toma oficial de posesión. Me satisface vivamente el encargo, porque me une a Manuel Solari una antigua amistad, reforzada en ideales comunes, acrecentada día a día en las labores del periódico y hasta compartida muchos domingos en nuestras barreras vecinas en Acho, donde él contempla la fiesta de los toros con precisión de crítico y con ojos de artista.

Nacido en Lima en 1914, hijo de ese gran señor y cabal periodista que fue Carlos Solari —que no en vano escogió para sí el seudónimo significativo de "Don Quijote"—, estudiante en el Colegio de la Recoleta y luego en la Universidad Católica de Lima y en la Universidad Central de Madrid, Manuel Solari tiene una larga obra literaria de calidad formal y de sensibilidad siempre despierta. El Premio Nacional de Periodismo, que alcanzó en 1952, fue una consagración realmente unánime. Redactor de "El Comer-

cio" desde hace más de cuarenta años, no hay quien no haya leído sus crónicas de gracia ligera, de adjetivación exacta, de descripciones llenas de color y de vida, sobre temas, paisajes, personajes distintos, pero todos unidos por el hilo sutil de la cultura. El periodismo para él no es sólo narrar, dar la noticia, recoger el suceso, sino descubrir lo que hay debajo de ello de afirmativo y permanente. Su prosa traza cuadros, reanima emociones, nos deleita no sólo con lo sublime de las obras maestras en arquitectura o en pintura, sino ante la atracción inesperada de lo que Ortega y Gasset llamaba, al comentar la obra azoriniana, "primores de lo vulgar". Precisamente el gran ejemplo para Manuel Solari es Azorín. Como él sube y baja por los pueblos, atisba rincones, describe un "rojo ardiente", un "azul helado", un "verde agrio" y pinta personajes que hablan de arte, que defienden su intimidad celosamente o que engalanan su casa con macetas para hacerla más clara y luminosa.

Alguna vez, con la familiaridad que me permiten mis continuas visitas a la Real Academia Española en su casa —piedra y ladrillo— de Madrid, he dicho que en las sesiones, tras de la mesa de tapete verde, con sus Diccionarios colocados en fila y sus millones de papeletas en las salas vecinas, me parecía verlos divididos en dos bandos: los andariegos, y los sedentarios. Los sedentarios son los que estudian el idioma con ahínco, los que analizan con ciencia y conciencia nuestra lengua desde los giros iniciales de las Glosas Emilianenses hasta las creaciones y recreaciones y enriquecimientos (o empobrecimientos) de mil años, y que se estremecen ante los vulgarismos, se indignan frente a los yerros de sintaxis y son defensores admirables de un legado común, del que todos somos señores pero al que también todos nos debemos. Del otro lado están los andariegos, que avanzan sin temores por la poesía o la novela, que a veces calzan el coturno en el ensayo pero recogen el habla popular en el teatro, que se sienten con derecho a inventar

neologismos, a incorporar palabras extranjeras o peregrinas cuando les conviene —en pecados veniales contra la lengua nadie puede arrojar la primera piedra— y que gozan lo mismo con la pulpa jugosa de un Quevedo, la transparencia de un Garcilaso el toledano, o los imprevistos desgarramientos de un Vallejo.

Manuel Solari pertenece a estos últimos. Nunca lo veremos preocupado por el detalle de la cronología, ni por la medida exacta de un campanario o de una plaza. Lo que él pretende —y lo consigue— es percibir ante nosotros una emoción artística y comunicarla a los lectores. Así ha sido el bello discurso que le acabamos de escuchar, en el que con pinceladas rápidas, como en las pinturas orientales que trazan sólo los rasgos esenciales y dejan todo lo demás a la imaginación, nos ha presentado finas estampas de obras de arte y de ciudades que enaltecen el panorama universal. No hay una línea que sobre para dejarnos grabada en el recuerdo la esfinge que custodia las milenarias pirámides de Egipto, la proporción exacta y la armonía severa del Partenón, las casas de piedra amarillenta y las calles estrechas y emocionantes de la Vía Dolorosa, el milagro de la torre de Pisa, el canto inolvidable de las fuentes de Roma, la línea enhiesta del Palazzo Vecchio de Florencia, el encanto barroco de la música de Mozart en Viena, el hondo dramatismo del teclado de Beethoven en Bonn, el aire fresco y claro del jardín de las Tullerías en París, o los rotundos acentos de España en templos y palacios, en barrios y en danzas populares.

Su discurso termina con la estampa de España, pero pudo haber empezado y haberse detenido en ella misma. No hay quizá entre nosotros quien haya recorrido con tanto amor la tierra española y que conozca tan entrañablemente lo que puede llamarse la geografía humana de España. De sus visitas de muchos años y de sus crónicas en muchas páginas, Manuel Solari ha hecho una atrayente recolección

con el título expresivo de *Andando la España inmutable*. Notas de andar y ver, y sobre todo de sentir, el libro es una fuente inagotable de sugerencias y recuerdos. Desde los impresionantes bisontes de Altamira hasta las aventuras geniales de Picasso, el viajero nos lleva por la Extremadura de los conquistadores con sus cigüeñas en los campanarios, por la serenidad romana del acueducto de Segovia, por los soportales bajo la lluvia en Santiago de Compostela, por la Catedral de Burgos o de la visigótica Toledo, por las tostadas murallas de Avila, por la fiesta lozana de Sevilla o los jardines del Generalife, o por los molinos quijotescos que abren sus aspas al viento de Criptana.

Es "el lenguaje de las formas", como ha puesto por título a su discurso de esta noche: lo que nos habla al espíritu en la piedra o el mármol, en la pintura o en las calles. Y lo mismo ha expresado en su amoroso recorrido por la tierra y los hombres del Perú. Estampas de Trujillo "la de las blancas rejas" como él gusta llamarla, de Arequipa que cuida con orgullo las barrocas portadas ornamentadas de sus casas, de las sillerías pétreas y el eco de los conquistadores en el Cuzco, de la docta Huamanga hoy tan aborrecida, del diálogo del río y la selva en Iquitos.

Y sobre todo Lima, la ciudad que él quiere como pocos y por la que libra tan tenaces batallas, "lanza en ristre", aun a sabiendas de que en muchos casos Alcaldes y paseantes lo dejan solo o se sonríen. Manuel Solari tiene una pasión por nuestra ciudad que nos conmueve aun a quienes creemos compartirla. Por más que haya viajado, por más que su geografía sentimental parezca raigalmente aprendida en España, y aunque sus apellidos italiano y británico le den cierto aire de observador cosmopolita, Solari Swayne no puede nunca desprenderse de Lima; (en un prólogo he dicho que en su cédula de identidad profesional podía escribir, sencillamente, "vecino limeño"). Cuando está con nosotros, o cuando hablamos de él, parece que se superpusie-

ran dos imágenes: la suya y la de Lima. No la Lima pretenciosa de imaginarios "rascacielos" (más altos y mejores los puede haber en cualquier parte), ni la Lima que extiende su asfalto (si hay asfalto) sobre lo que era la riqueza de las huertas cercanas, sino la ciudad que él fija, no diría en el tiempo ni en el espacio, sino en la poesía del espíritu. Por su crecimiento demográfico, por su carácter de centro político, administrativo, comercial, industrial del país, por lo bueno y lo malo acumulados, Lima es cada vez más capital del Perú. Pero también cada vez menos Lima.

No es que Manuel Solari pretenda detenerlo. Su defensa del patrimonio histórico y cultural de la ciudad no es un combate anacrónico y nostálgico, sino una afirmación de los valores sustanciales, aunque queden en el camino muchos matices adjetivos. A veces se conforma con que, en un museo imaginario, se restauren cuatro casas de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX y se les amueble con muebles de época. Pero protesta si sólo por razones comerciales se echa por tierra un edificio que tiene una historia, o si se rompe descuidadamente la armonía entre una iglesia y su contorno urbano, o si más que invadirnos simplemente se quiere arrebatar nos el alma de Lima. En sus crónicas de todas las semanas Manuel Solari se emociona — y nos emociona al describirlo— con una plazuela rumorosa, una vieja casona con su zaguán oscuro y su patio florido, un limeñismo de lenguaje que salta con su chispa bajo el cielo de plata y sobre todo con la gracia y el encanto de los largos balcones tallados con celosías, "calles sobre los aires" como los llamaba el Padre Calancha al verlos doblar por las esquinas. Si se cae un balcón (o si lo caen), ya sabemos que sufre Manuel Solari; pero si lo restauran, ya sabemos también que se alegra como si le pusieran alas en los hombros a los ángeles que él quiere que cuiden la ciudad.

Este es el nuevo Académico que nos complace que esté con nosotros y que esperamos que nos acompañe en los

debates sobre letras que son materia de nuestra corporación. Con su sentido artístico, con su vasta cultura, con la ejemplar limpieza moral de su conducta, leal con los demás como lo es consigo mismo, su colaboración ha de ser muy valiosa. Por eso, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, le reitero nuestra afectuosa y cordial bienvenida.

INFORMACION ACADEMICA

Abril: Mes de las Letras en el Perú

El Banco Continental organizó en el mes de abril del presente año el "Mes de las Letras en el Perú" que, a base de un artículo del Director de la Academia Peruana de la Lengua Don Augusto Tamayo Vargas, titulado "Abril en la literatura peruana" —y bajo su dirección— se llevó a cabo con notable éxito por segundo año consecutivo. El programa cumplido fue el siguiente:

El jueves 12 se presentó el académico Augusto Tamayo Vargas, quien dictó la conferencia "Acerca de la narración y los narradores".

El lunes 16 se desarrolló el conversatorio "Poesía: dos generaciones", con la participación del académico Javier Sologuren y Enrique Sánchez Hernani.

El martes 24 se realizó la Mesa Redonda "La generación del 50: balance y perspectiva", en la que intervinieron Washington Delgado, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa y Carlos Eduardo Zavaleta.

Culminó el ciclo el jueves 26 con "Ribeyro habla sobre su obra" por el destacado escritor y miembro correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua Julio Ramón Ribeyro, quien fue presentado por el académico Augusto Tamayo Vargas.

Igualmente se exhibió la muestra denominada "Segunda Exposición Antológica de la Literatura Peruana", que tuvo a su cargo el novelista José Antonio Bravo, con información bibliográfica de autores destacados de la generación del 50.

Ciclo "Poetas de la Academia"

En el mes de octubre, el Banco Central de Reserva presentó un ciclo titulado "Poetas de la Academia", en el curso del cual cinco notables poetas, miembros de la Academia Peruana de la Lengua, dieron lectura a poemas de su producción. Tomaron parte en él: Augusto Tamayo Vargas, el martes 2, Manuel Pantigoso, el martes 9, luego el jueves 11, Luis Hernán Ramírez y, finalmente, Javier Sologuren el martes 16.

Ciclo de Conferencias sobre "El castellano en el Perú"

Bajo el auspicio de la Academia Peruana de la Lengua, el Banco Continental organizó un ciclo de conferencias titulado "El castellano en el Perú", que dirigió el académico Estuardo Núñez y que tuvo el siguiente desarrollo:

El miércoles 17 de octubre el Secretario perpetuo Don Estuardo Núñez hizo una introducción al ciclo y presentó al académico Enrique Carrión Ordóñez, quien habló sobre los "Usos incorrectos del nombre y del pronombre".

El académico Luis Hernán Ramírez intervino el miércoles 24 de octubre con el tema "Formación incorrecta de palabras".

El miércoles 31 de octubre se presentó la académica Martha Hildebrandt, quien expuso sobre "Casos de pronunciación incorrecta en el habla local".

Terminó el ciclo el miércoles 7 de noviembre, con la intervención del académico Miguel Angel Ugarte Chamorro, quien presentó el trabajo "Usos incorrectos del verbo".

*Director de la Academia Peruana de la Lengua nombrado
Director General del I.N.C.*

Con fecha 16 de agosto de 1984, Augusto Tamayo Vargas, Director de la Academia Peruana de la Lengua, asumió la Dirección General del Instituto Nacional de Cultura, en ceremonia que fue presidida por el Ministro de Educación, Valentín Paniagua.

Fundamentalmente, el programa de Augusto Tamayo Vargas al frente de la máxima entidad cultural del país, se basa en la descentralización de la obra del Instituto Nacional de Cultura en provincias; en el aumento de las partidas para las filiales a base de las Corporaciones de Desarrollo; en la Defensa del Patrimonio Nacional; a más de reabrir la librería del Instituto y abrir una galería de arte en la sede central.

Tamayo Vargas ha sido invitado a la Reunión de Narradores y al Ciclo sobre César Vallejo, realizados en Trujillo; en Arequipa presentó su obra poética; y dictó, como Director General del I.N.C., una conferencia sobre Moquegua al inaugurar la filial de esa ciudad. Asimismo, ha tenido a su cargo los discursos de orden en los homenajes rendidos por el Instituto Nacional de Cultura a la pintora Tilsa Tsuchiya y al escritor Abraham Valdelomar.

*Academia Chilena de la Lengua distingue a Augusto Tamayo
Vargas*

La Academia Chilena de la Lengua, que preside el destacado poeta sureño Roque Esteban Scarpa, en comunicación que transcribimos a continuación, hizo conocer al Director de la Academia Peruana de la Lengua su designación como Miembro Correspondiente de esa Corporación: "Excmo. señor Don Augusto Tamayo Vargas, Academia Peruana de la Lengua, Lima —Distinguido señor: Muy honrados

con su aquiescencia, nos es grato hacerle llegar, en nombre de esta Corporación, el diploma que lo acredita como "académico correspondiente en el extranjero" —Con esta ocasión, nos complacemos en expresarle los sentimientos de nuestro alto aprecio y consideración. —Roque Esteban Scarpa, Director —Ernesto Livacic Gazzano, Secretario".

Estuardo Núñez asume Presidencia de la Sociedad Bolivariana del Perú

Estuardo Núñez, Secretario perpetuo de la Academia Peruana de la Lengua, resultó electo Presidente de la Sociedad Bolivariana del Perú, en los comicios realizados en el mes de julio del presente año para elegir a la nueva Junta Directiva que regirá los destinos de la institución en el período 1984-1986, la misma que quedó instalada en la Sesión Solemne realizada en el Museo Nacional de Historia el 24 de julio.

Homenaje a Víctor Andrés Belaúnde en el centenario de su nacimiento

El jueves 19 de julio en el Salón de Actos del Instituto Nacional de Cultura se realizó el homenaje que la Academia Peruana de la Lengua rindió a Don Víctor Andrés Belaúnde, quien fuera Director de la Corporación, en ocasión de conmemorarse el centenario de su nacimiento.

El discurso de orden correspondiente estuvo a cargo del Director de la Academia Don Augusto Tamayo Vargas y a nombre de la familia agradeció el homenaje el doctor Martín Belaúnde Moreyra.

En esta ceremonia fue develado el retrato de Don Víctor Andrés Belande en la galería de peruanos ilustres del Instituto Nacional de Cultura.

En este Boletín se publican los discursos señalados.

Centenario del nacimiento de Don Oscar Miró Quesada de la Guerra

La Academia Peruana de la Lengua realizó una Sesión Pública en el Salón de Actos del Instituto Nacional de Cultura, el 28 de agosto de 1984, en homenaje al centenario del nacimiento de Don Oscar Miró Quesada de la Guerra, ex Censor de la Corporación.

Abrió el acto el director Don Augusto Tamayo Vargas, quien hizo una breve semblanza del homenajeado y presentó a los académicos que tuvieron a su cargo los discursos de orden: el Secretario perpetuo Don Estuardo Núñez, quien se refirió a "Oscar Miró Quesada y la dimensión humanista de su obra" y Don José Tola Pasquel sobre "Oscar Miró Quesada y la dimensión científica de su obra". En nombre de la familia habló el académico Don Francisco Miró Quesada Cantuarias.

Los tres discursos se reproducen en este Boletín.

Día del Idioma e incorporación del académico Don José Luis Rivarola

Con la tradicional Misa de sufragio en recuerdo de los académicos fallecidos, oficiada en la iglesia de Santa Rosa de los Padres, y la sesión pública correspondiente realizada en el salón de artes del Instituto Nacional de Cultura, la Academia Peruana de la Lengua conmemoró el 23 de abril el Día del Idioma.

En la sesión pública se incorporó como nuevo Miembro de número el académico Don José Luis Rivarola, quien leyó su discurso de incorporación sobre el tema "Lengua, comunicación e historia del Perú". Contestó al recipiendario el académico Don Luis Jaime Cisneros.

En este Boletín se reproducen ambos discursos.

Incorporación del académico Don Manuel Solari Swayne

En sesión pública realizada el martes 3 de julio del presente año, tuvo lugar la incorporación como Miembro de Número de la Academia Peruana de la Lengua del académico Don Manuel Solari Swayne, quien pronunció su Discurso de Incorporación titulado "El Lenguaje de las formas". El académico Don Aurelio Miró Quesada tuvo a su cargo el discurso de recepción.

Los discursos figuran en el presente Boletín.

Académico brasileño Herberto Sales en la Academia Peruana de la Lengua

En Sesión Pública realizada en el auditorio de la Embajada del Brasil, la Academia Peruana de la Lengua recibió al distinguido escritor Don Herberto Sales, Miembro de la Academia Brasileña de Letras, quien fue saludado por el Director de la Academia Don Augusto Tamayo Vargas en breve alocución que publicamos en este Boletín.

En dicha ceremonia el académico brasileño habló sobre "Literatura brasileña contemporánea" y a continuación fue presentado su libro *La manito negra y otros cuentos* por el académico Don Antonio Cornejo Polar.

ANEXO

RECEPCION DE DON HERBERTO SALES, DE LA ACADEMIA BRASILEÑA DE LETRAS

(4 de setiembre de 1984)

PALABRAS DE DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS, DIRECTOR DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Señor Académico Herberto Sales;
Señor Embajador del Brasil;
Señores Académicos del Perú;
Señoras y Señores:

Una vez más está en Lima Herberto Sales, quien tiene tantísimo afecto por el Perú, su cultura, su pueblo. La Academia Peruana de la Lengua le rinde hoy tributo pleno, en esa su condición de peruanista, de miembro de la Academia Brasileña de Letras y de eximio novelista, bajo el hospedaje de la Embajada del Brasil.

Ayer en casa del Embajador Vasco Mariz se habló de dos hermosos términos brasileños: *saudade* y *luar* y de las posibles traducciones al castellano, como extrañar, añorar, recordar con sentimiento de soledad, en el primer caso; de

luz o claro de luna en el segundo. Y yo sentía saudade de mis viejos tiempos cariocas cuando me confundía con los escritores, los poetas y los académicos brasileños hace cerca de treinta años y cuando componía poemas y artículos en mi casa de Barata Ribeiro, en Copacabana; y a la vez se me abría un lampo de luz lunar con la melancólica imagen del Río de Janeiro de 1955 y 56 y las estampas amigas desaparecidas de Manuel Bandeira, Cecilia Meireles, Portinari, José Lins de Rego, José Condé, Murilo Mendes, Guimaraes Rosa, Vinicius de Moraes, presentes en mi estudio sobre Literatura Peruana y Literatura Brasileña que me publicó "Correio da Manhã", en varias entregas, con la traducción de Bela Jozef. Creció mi entusiasmo por Euclides da Cunha, mi amistad por Silvio Julio y Josué Montello.

Hoy reviven *saudade* y *luar* para acordarme particularmente de la Academia Brasileña de Letras, de su fundador Machado de Assis, por cuyas maestras lecturas me vinculé muy joven al Brasil y particularmente a la Academia Carioca que me hizo su Correspondiente en Lima, antes de ser miembro de la Academia de la Lengua de mi país.

La más alta institución del hermano país, la Academia Brasileña, fue ideada por Alfonso Celso en 1878 y se hizo viva la figura imperecedera de Machado de Assis, en su presidencia, en 1896; para afirmarse con Lucio de Mendonca. Fue un comienzo totalmente libre y después recibió el patrocinio gubernamental. El librero Francisco Alves le legó una fortuna y comenzó su auge desde el punto de vista económico. Su local propio fue conocido como la Casa de Machado de Assis. Tiene su Revista; otorga premios literarios; y la elección o incorporación de sus miembros reviste singular importancia nacional. Actualmente tiene cuarenta sillones, con sus correspondientes patronos. En uno de ellos se sienta Herberto Sales, escritor y periodista, nacido en 1917 en Andaraí, Bahía, en una casa de veinte ventanas. Se inició recolectando *Los bellos cuentos de la eterna infan-*

cia. Su romance *Más allá de los marinbús* mereció los Premios "Paula Brito" y "Coelho Neto". Su novela *Cascajo* fue traducida a diversos idiomas incluídos el checo y el castellano. Buarque de Holanda dijo entonces que su "estilo correcto, directo, es un ejemplo de concisión... que lo sitúa entre los grandes maestros de la prosa brasileña". Jorge Amado dice, en la presentación de su novela *Diamante*, que es uno de los mejores novelistas del continente americano y señala que su drama del "sertão" tiene amplitud universal por la fuerza de su humanismo. Vendrían después novelas y cuentos de permanente éxito.

Antonio Cornejo Polar, académico nuestro, hará el estudio de Herberto Sales con el sentido crítico que lo caracteriza. Nosotros solamente le tendemos la mano con admiración y afecto.





I N D I C E

	Págs.
HOMENAJE A VICTOR ANDRES BELAUNDE EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO	
Discurso de Orden por Augusto Tamayo Vargas	9
Palabras de agradecimiento por Martín Belaúnde Moreyra	23
HOMENAJE A OSCAR MIRO QUESADA DE LA GUERRA EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO	
"Oscar Miró Quesada y la dimensión humanista de su obra" por Estuardo Núñez	27
"Oscar Miró Quesada y la dimensión científica de su obra" por José Tola Pasquel	43
Palabras de agradecimiento por Francisco Miró Quesada	59
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON MIGUEL ANGEL UGARTE	
"El gesto y la expresión corporal en la lengua y la literatura española" por Miguel Angel Ugarte Chamorro	65
Discurso de respuesta por Alberto Escobar	93
	209

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON AN-	
DRES ARAMBURU	
"El periodismo como literatura y como magiste-	
rio" por Andrés Aramburú Menchaca	99
Discurso de respuesta por Luis Jaime Cisneros ..	115
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON JOSE	
LUIS RIVAROLA	
"Lengua, comunicación e historia del Perú" por	
José Luis Rivarola	125
Discurso de respuesta por Luis Jaime Cisneros ..	161
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON MA-	
NUEL SOLARI SWAYNE	
"El lenguaje de las formas" por Manuel Solari	
Swayne	169
Discurso de respuesta de Aurelio Miró Quesa-	
da Sosa	193
INFORMACION ACADEMICA	199
ANEXO	
Discurso de Augusto Tamayo Vargas en la Sesión	
Pública de recepción del académico brasileño	
Herberto Sales	205

Esta obra se terminó de imprimir el
11 de Febrero de 1985 en los Talleres
Gráficos P.L. Villanueva S.A., Reg.
Ind. 9796 - Jirón Yauli 1440-50 -
Chacra Ríos Norte - Telef. 23-2440 -
Lima - Perú.